R. BLANCO-FOMBONA

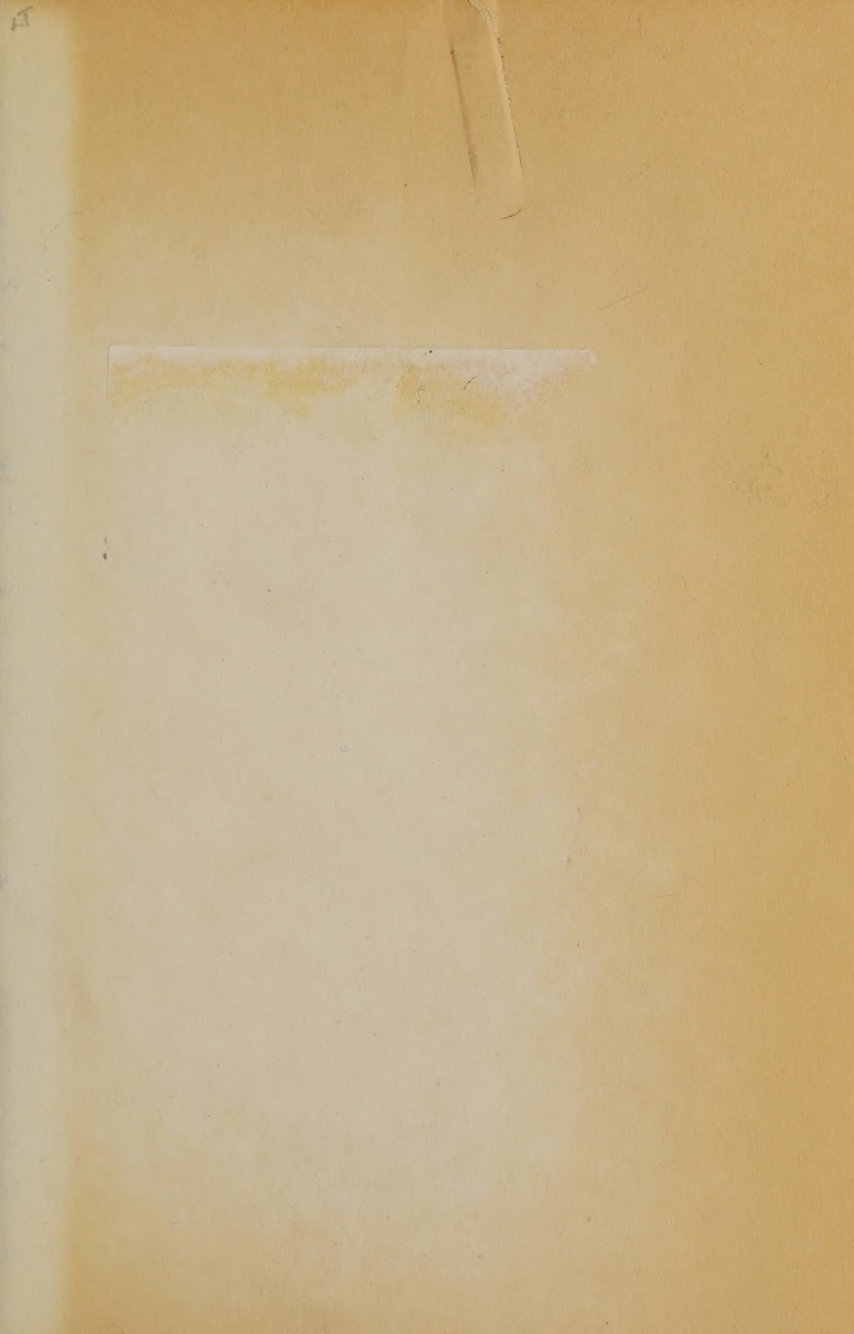
MOTIVOS
Y
LETRAS DE ESPAÑA

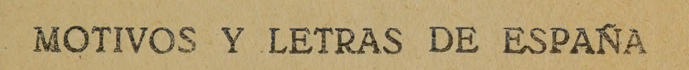


COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

RENACIMIENTO

Puerta del Sol, 15 MADRID — Ronda Universidad, 1 BARCELONA — Florida, 251 BUENOS AIRES




MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA

OBRAS DE R. BLANCO-FOMBONA

I.—*La mitra en la mano.*
II.—*Tragedias grotescas.*
III.—*La bella y la fiera.*
IV.—*La máscara heroica.*
V.—*El hombre de oro.*
VI.—*El hombre de hierro.*
VII.—*Dramas mínimos.*
VIII.—*Cuentos americanos.*
IX.—*Cuentos de poeta.*
X.—*Trovadores y trovas.*
XI.—*Pequeña ópera lírica.*
XII.—*Cantos de la prisión y del destierro.*
XIII.—*Cancionero del amor infeliz.*
XIV.—*El conquistador español del siglo XVI.*
XV.—*La evolución política y social de Hispano-América.*
XVI.—*Notas a las Cartas de Bolívar* (tres tomos).
XVII.—*Bolívar pintado por sí mismo* (dos tomos).
XVIII.—*Vida del Libertador Simón Bolívar,* por Felipe Larrazábal, modernizada por R. Blanco-Fombona (tres tomos).
XIX.—*La espada del Samuray.*
XX.—*Grandes escritores de América.*
XXI.—*Letras y Letrados de Hispano-América.*
XXII.—*La lámpara de Aladino.*
XXIII.—*Más allá de los horizontes.*
XXIV.—*Por los caminos del mundo.*
XXV.—*Judas Capitolino.*
XXVI.—*Patria.*
XXVII.—*La americanización del mundo.*
XXVIII.—*Ignacio Andrade y su gobierno.*
XXIX.—*El negro Benjamín Ruiz.*
XXX.—*Críspulo y su enamorada* (novela corta).
XXXI.—*El triunfo del sexo* (novela corta).
XXXII.—*Amor de conspiradores* (novela corta).
XXXIII.—*Una mujer como hay muchas* (novela corta).
XXXIV.—*Motivos y Letras de España.*

TRADUCIDAS:

Contes américains.—The man of gold.—Il conquistatore espagnuolo del secolo XVI.—Au délà des horizons.—L'uomo d'oro.—Guld mannen.

R. BLANCO-FOMBONA

Motivos y Letras de España



COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO
MADRID
PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44
BUENOS AIRES
CALLE FLORIDA, 251

Compañía General de Artes Gráficas. - Madrid.

AL Sr. D. ENRIQUE FAJARDO, DIRECTOR DE "LA VOZ".

Recojo en este libro algunos trabajos de carácter homogéneo de los publicados por mí en España durante varios años de labor periodística. Sin ser periodista de vocación o de profesión, gustando más de escribir libros que artículos, he sido hombre de mi tiempo, he librado en la Prensa aquellas escaramuzas que creí necesarias, en provecho de ideas buenas o que por buenas tuve. Por la Prensa he procurado llevar a la conciencia popular gérmenes que necesitan para su arraigo y desarrollo la colaboración del pueblo.

Escritor americano, periodista español, por este libro podrá empezarse a ver si he cumplido con lealtad y altura esta doble misión. Tengo la idea de haber servido a América en España y a España en América, desde los diarios de Madrid. De haber contribuído, aunque en modestísimas proporciones—y a pesar de la anacrónica y malvada censura dictatorial de los últimos años españoles—al estado de conciencia actual, favorable en España para América, y en América para España. Lo digo porque así lo siento.

Los trabajos aquí recogidos, con excepción de la Conferencia sobre el Libro español—pronunciada en Barcelona—han visto la luz en La Voz *y en* El Sol, *de Madrid.*

Hoy que los reuno en haz quisiera ofrecérselos a los compañeros y amigos de ambas redacciones; pero me parece muy poco para tanta gente. Así, pongo en manos de usted el hacecillo de buenas intenciones. Usted puede representarlos a todos. Me complace, además, escoger a un diarista que fué de los primeros en hablar de mis libros en España—cuando aquí pocos me conocían, a un hombre a quien debo tantas y tan delicadas atenciones, a quien admiro en cuanto escritor y quiero en cuanto amigo.

R. B.-F.

ENTREVISTA CON
RUFINO BLANCO-FOMBONA

ENTREVISTA CON
RUFINO BLANCO-FOMBONA

Rufino Blanco-Fombona publicó la primavera pasada dos libros: *El modernismo y los poetas modernistas* y *Diario de mi vida*. La segunda edición de esta última obra, *La novela de dos años* (*Diario de mi vida*), acaba de terminarse. Con este motivo hemos ido a visitarlo en compañía de Puyol, el gran dibujante. Fombona ha esculpido en el *Diario,* sin proponérselo, su propia escultura humana. ¡Qué libro de sinceridad, de veracidad! ¡De imprudencia, dirán los timoratos! El libro expone una naturaleza emotiva, combativa. En Fombona no hay contradicción alguna entre su manera de ser y su manera de escribir, entre su palabra hablada y su palabra escrita, entre él y su estilo. Raro privilegio es éste, raro y envidiable, que arguye, sobre otras cosas, lealtad consigo mismo, fuerza, talento.

Hemos querido traer a *La Gaceta Literaria* algunas opiniones de Blanco-Fombona sobre literatura y sobre política. Hemos querido asimismo inquirir algo de la génesis de ese *Diario de*

mi vida, de Fombona, ya que este libro, por su naturaleza, está llamado—como se va viendo—a una difusión inmensa.

—.....

—*Mi* Diario *no está escrito con ninguna intención determinada. Lo comprenderá usted cuando le diga que lo empecé en Holanda, con el siglo, y las razones por que lo emprendí. Allí no era posible asomarse al público, y la necesidad de escribir, innata en todo escritor, me llevó a la idea de anotar los hechos más importantes de mi vida, día por día.*

—.....

—*He seguido el* Diario *hasta hoy, sin interrupción.*

—.....

—*En ese libro* (El modernismo y los poetas modernistas) *la figura literaria cumbre es Rubén Darío. Ello no obsta para que otros, inferiores como literatos a Darío, lo superasen en interés personalmente: Gómez Carrillo, por ejemplo. Rubén era un hombre sin mayor brillo personal, algo silencioso, algo opaco. Carrillo, por el contrario, ofrecía una superficie alegre e ingeniosa. Su atractivo mayor estaba en su charla. Rubén Darío culminaba sólo cuando escribía, verso o prosa. Carrillo, repito, era travieso y amenísimo hablando. Y muy lisonjero, sin melosidad.*

—.....

—*Eso de los Estados Unidos de Europa no es*

sino un juego de palabras que se le ocurrió, el primero, a Víctor Hugo. En Europa los Estados pueden unirse, aunque quizá no en cuerpo de nación, como en América. Los Estados Unidos de Norteamérica se formaron con provincias, no con naciones. Provincias que no podían ser naciones y que cedieron parte de su independencia en provecho de una Unión federal. Pero aquí, en Europa, es otra cosa. Aquí se trata de naciones tradicionales y tradicionalistas, con una historia imborrable, longeva, con una personalidad acusada, vigorosa. Además, de diferentes razas, lenguas e intereses. Aunque su mayor interés consista ahora en unirse contra los Estados Unidos, y en ese sentido se unirán. Lo que no significa que vayan a formar un Estado, una Unión Federal.

—.....

—¡Ah! No me interesa lo que opine Lugones sobre la indología. Lugones es un viejo farsante con verborrea. Argentina über alles...

—.....

—El grande hombre español del 98 es, sin duda, Unamuno. Valle-Inclán interesa particularmente por su barroquismo. Tirano Banderas *me parece una de sus obras más curiosas. Algunos han creído ver en ella una diatriba contra América. Nada más absurdo. Pero, aunque así fuera, no importaría. Yo la aplaudo como obra de arte, como una enorme caricatura muy lograda. Valle-Inclán es un romántico que lo ve todo con ojos de aumento.*

—.....

—*"Azorín". Pero en esa generación se olvida a menudo a un escritor y pensador muy interesante: Gabriel Alomar.*

—.....

—*¿De la generación siguiente? Estimo sobre todo a Ortega y Gasset y a Pérez de Ayala. De Ortega hablan ustedes mucho: no es necesario insistir. Pero no lo creo una flor en un páramo. En cuanto a Pérez de Ayala, es un excelente escritor que carece a menudo de amenidad. Pero es un señor y no se le puede ver por encima del hombro. Algunas de sus últimas páginas, magníficas, despojadas de todo prurito de magíster.*

—.....

—*De ése no puedo decirle nada: no conozco suficientemente el catalán.*

—.....

—*No se ría, malicioso. Puede ser que escriba en español. Pero yo le repito: no conozco el catalán.*

—.....

—*Como poetas, los de siempre: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Dicen que el primero emplea un tono como resentido. Si existe ese tono no me lo explico sino como un exceso de sensibilidad. Creo grande la consideración, merecida, de que disfruta. Es quizá el único poeta de la generación anterior en quien los jóvenes creen. Pero nadie está contento con su suerte; y esa insatisfacción*

es también poesía. De alguno de los poetas de ese tiempo—permítame que no lo nombre—le diré esto: sus prosas, versos malos; sus versos, buena prosa.

—.....

—Me parece la última—o penúltima—juventud literaria española una juventud preparada, apta intelectualmente, ágil. De sus prosistas juzgo excelentes a Giménez Caballero y a Jarnés. De sus poetas, a Federico García Lorca.

—.....

—No me pregunte más: me interesan menos esos poetas de biblioteca, pacientes, inteligentes, diligentes, retóricos, helados. Me interesan poco los refritos de Paul Valery. Unos piensan en Góngora, otros en Mallarmé, otros en Cocteau, otros en la deshumanización del arte. ¿Hay entre ellos futuros maestros? Quizás, pues algunos son artistas bien dotados, aunque no hayan dado todavía con el camino propio. Muchos de los que se creen novadores son todo lo contrario: seguidores sumisos de lo extranjero, más o menos parisino.

—.....

—Políticamente, no sé. Esta juventud puede sentir, no lo dudo, anhelos políticos. Pero como no lo manifestó hasta ahora en ningún acto público—aunque la ocasión no ha faltado—, no hay lugar a enjuiciar. Aunque la abstención ya sea una manera de definirse.

—.....

—Si usted quiere a todo trance que le diga algo de la política española, le diré esto: los reyes austríacos de España no han tenido de notable sino la mandíbula; los Borbones, sino la nariz.

—.....

—Mis preferencias actuales americanas son: como ensayista, Francisco García Calderón; como historiador, Alcides Arguedas; como poeta, Guillermo Valencia o Leopoldo Lugones; como novelista, Ricardo Guiraldes o Rómulo Gallegos o Eduardo Barrios; como comediógrafo, Florencio Sánchez; como cuentista, Horacio Quiroga. De los jóvenes, precisamente los que usted ha nombrado: Borges, Torres Bodet, Villarrutia. Añada usted otro nombre mejicano: Carlos Pellicer, y otro de Colombia: Maya.

—.....

—Sí, hay dos mujeres que valen mucho: Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral.

—.....

—Me coge de sorpresa su pregunta. Pero no se ría..., se la voy a contestar. ¿Cuál prefiero de los dictadores americanos? Desde luego, no al que me toca más de cerca, que es el peor. En esto de los dictadores existe enorme confusión. Los ha habido malos, los ha habido regulares y hasta los ha habido buenos, desde los tiempos de Roma. Hoy, en América, no podemos confundir a un barbarócrata como el nuestro con un civilizador como Leguía,

por ejemplo. Leguía, además, aunque de temperamento cesáreo, es Presidente constitucional.

—.....

—Sí; lo prefiero a los demás. Porque Leguía es un hombre inteligente, un héroe civil y no un carnicero vulgar. La conclusión del pleito de fronteras con Chile es un servicio a la paz, a la civilización y a la América. Acabo de leer algo precisamente sobre el Perú. Los progresos que ha hecho ese país bajo el presidente Leguía son asombrosos. Aunque yo no crea que el progreso pueda reemplazar a la libertad. Pero lo dicho: me quedo con D. Augusto.

—.....

—No; el que diera su nombre para pedir en obsequio mío el premio Nóbel de literatura no es lo que me mueve a decir esto. Lo digo porque lo creo justo.

—.....

—No creo en el agotamiento de los géneros literarios, sino en su evolución. El apogeo o la decadencia de un género está condicionado siempre por el artista o el grupo de artistas que lo cultive. En épocas de grandes novelistas, el género novela asciende. Cuando aparece un gran poeta, la poesía se eleva. Ya usted conoce mi grito, que se han puesto a repetir diferentes cacatúas: personalidades contra escuelas.

—.....

—Me interesa muy poco el teatro español ac-

tual, salvo Benavente, Marquina y algún otro. Mi comediógrafo preferido es Muñoz Seca, que distrae como el espectáculo del circo o como un paseo en el campo. El campo, para distraer, no está ni necesita estar dentro de la literatura. El circo, tampoco. Pero le aseguro a usted que lo peor en el teatro español contemporáneo corre a cargo de los tres hermanos Quintero: Serafín, Joaquín y Manuel Linares Rivas. La culpa es toda del público cursi, que los aplaude y los enriquece. Ya la gente va teniendo vergüenza de decir que gusta de estos comediógrafos. Sin embargo, aun asiste, aunque mucho menos, a las obras que representan o hacen representar.

—.....

—Sí, trabajo siempre. Este invierno publicaré una novela: La bella y la fiera. *Y un libro de ensayos:* Motivos y letras de España.

E. SALAZAR Y CHAPELA

(Tomado de La Gaceta Literaria, *Madrid, 1.° de noviembre de 1929.)*

PRIMERA PARTE

LAS LETRAS Y EL ESTADO

I

RANGO DE LA LITERATURA DE LENGUA ESPAÑOLA

Bajo la presidencia de Eduardo Gómez de Baquero, ecuánime crítico, ponderado ciudadano —no todos somos súbditos—, se asocian los escritores de España, con el objeto de defender su producción. ¡Magnífico! Llegarán, de seguro, a constituir una Sociedad de eficacia tan evidenté como la Sociedad de Comediógrafos, llamada Sociedad de Autores.

No basta que se agremien o sindiquen, que pongan por obra la leyenda del escudo de armas de Bélgica, para que crezcan en mérito individual; crecerán, sí, en fuerza colectiva, y se defenderán mejor contra editores, contra libreros, contra el público, contra el anonimato, contra la injusticia, contra la inopia.

Paralela a esta iniciativa de dignificación profesional, dentro de límites digamos caseros, exis-

te otra iniciativa de mayor trascendencia y más amplios horizontes, que debemos preconizar, acalorar, cuantos escribimos en lengua española, aunque no seamos exclusivamente españoles ni por la geografía política ni por la raza. La iniciativa a que me refiero cumple ponerla por obra al Estado español, o al Estado español en asocio de los Estados hispano-parlantes de América.

Me refiero a una difusión metódica, diplomática, inteligente, de nuestra lengua en el mundo.

¿Tiene la literatura en lengua española—concretémonos a la literatura—una difusión relativa a su importancia? ¿Qué nombres españoles fulguran entre los nombres hoy universales? Lo más triste es que muchos de esos nombres españoles—y americanos—pudieran alzar la cabeza por encima de innúmeras celebridades extranjeras.

Comediógrafos como Benavente—o el americano Florencio Sánchez—; novelistas como Baroja—o el americano Pedro Prado—; pensadores como Unamuno—o el americano Enrique José Varona—; polígrafos como Alomar—o el americano Eugenio María de Hostos—; críticos como Cansinos-Assens—o el americano Jesús Semprún—; estilistas como Valle-Inclán—o el americano Manuel Díaz Rodríguez—; poetas como Antonio Machado—o el americano Salvador Díaz Mirón—, son desconocidos en Europa.

Algún erudito, en algún país, sabe que existe

alguno de ellos. A tal o cual se le vierte tal o cual libro. Eso es todo, y eso es mezquino.

A Unamuno se le ha empezado a traducir y se le conoce hoy más que a ningún otro pensador de lengua castellana, por razones totalmente ajenas a sus méritos y a la literatura.

Y la confusión que reina en la valorización de algunos autores resulta otra forma de desconocimiento, tal vez más ofensiva que el desconocimiento absoluto.

Blasco Ibáñez, cuyo nombre en literatura es Vulgaridad, se hace pasar con el mayor desparpajo, en Francia y Estados Unidos, como "el primer novelista de España". Antonio de Hoyos hace traducir aquello de Heliogábalo o Sardanápalo, y pone, o permite que se ponga en la cubierta: "A. de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent, el primer novelista de España". A Carrillo también se le considera, o se le consideró en París, como el primer escritor de España. Creo que al justamente olvidado Eusebio Blasco, también.

Tenemos, pues, en brevísimo tiempo cuatro primeros prosadores de España, tres de ellos vivos. ¡Y siendo alguno de esos cuatro maestros, no ya escritor de segundo orden, sino de tercero!

¿Sería esto posible si la actual literatura española fuera conocida?

* * *

No existe pueblo cuyo espíritu literario carezca de fuerza irradiante, fuera de los pueblos de su idioma, al punto de España. Creo que ello se debe, no sólo a deficiencias simpáticas del carácter nacional, sino a que España nunca hizo nada por difundir, inteligentemente, su idioma.

No se arguya que la difusión de una literatura corre siempre parejas con la influencia política internacional del país que la produce. Esa influencia es importante factor, pero no factor exclusivo.

Vale la pena estudiar el caso.

Para que una literatura se difunda por el orbe necesítase, antes que potencia política, dos cosas. Lo primero, que esa literatura exista; es decir, que merezca ser conocida, que pueda despertar la curiosidad intelectual del Extranjero. Lo segundo, que la lengua que en esa literatura se ha producido no sea un arcano, sino un vehículo de fácil acceso, y por su misma difusión, de evidente utilidad.

La potencia política y la lengua favorable pueden coincidir, sin que exista la influencia literaria: es el caso de los Estados Unidos. Fuera de unos pocos nombres de primer orden—Poe, Emerson, Longfellow, Whitman, etc.—, esa literatura no existe. ¿Quién la conoce? ¿Quién la aprecia? No influye ni en las islas Hawai.

Pueden coincidir la potencia política y la literaria y faltar la lengua propicia: es el caso de Rusia. En cuanto los rusos, por obra de la alian-

za con Francia, y como prueba de buena camaradería, fueron traducidos en idioma de tan vigorosa fuerza difusiva como el francés, nos maravillamos de aquel Dostoiewsky, de aquel Tolstoy, de aquel Andreiew, de toda la formidable novela rusa y del espíritu místico, alucinado, trágico, de aquella Moscovia potente y desconcertante.

Puede carecerse de influencia política y de lengua, y poseer, en cambio, la materia prima, la literatura: es el caso de los pequeños países escandinavos. Basta que un idioma difusivo le preste sus alas al espíritu encadenado, para que ese espíritu, rotas las argollas de hierro, vuele por todos los cielos. El idioma alemán le ha prestado sus alas al espíritu escandinavo. En alas alemanas se levantan los Bjorson y los Jacobsen. Y, gracias al idioma alemán, sabemos que los pequeños países escandinavos poseen el primer dramaturgo contemporáneo: Ibsen; uno de los más raros espíritus: Stridenberg; uno de los mejores críticos: Brandés; uno de los más ilustres novelistas: Hamsum. Y todos estos nombres—y aun algunos mucho menores, como el de las señoras S. Undset y Selma Lagerloff—son populares, no ya entre la *élite* intelectual del mundo, sino entre todas las personas que en el mundo leen.

Con otros pueblos de lengua inaccesible y de escasa influencia internacional ocurre algo semejante. Hasta un mediocre novelador como aquel Sienkiewicz polaco se impone cuando un editor

rico le lanza a bombo y platillo en lengua inglesa. Al mismo Blasco Ibáñez—repetición del caso de Sienkiewicz—le han saboreado en inglés millones de lectores. A Rabindranath Tagore, ¿quién lo apreció hasta que el poeta bengalí anduvo en inglés?

¿En cuál de estos grupos podremos vincular a España y a los países hispánicos de América?

Su puesto parece estar entre los pueblos de escasa influencia internacional y de lengua poco difundida que atesoran, por el contrario, un rico acervo de literatura. ¿Nos resignaremos a escribir en lenguas extrañas o a mendigar el apoyo de extranjeros idiomas?

La influencia internacional—relativa, pero evidente—pueden adquirirla nuestros pueblos como por golpe de varilla mágica: desde el punto y hora en que se resuelvan a realizar el pensamiento de Bolívar; a constituir, para efectos internacionales, una Federación de Estados soberanos e independientes, un bloque político imponente, sin hegemonía de nadie. Pero no es la ocasión de tratar de ese extremo, sino de pensar en el otro, más accesible y para el caso tal vez más eficaz: el de la difusión, con método y diplomacia, de nuestra maravillosa lengua.

II

LA CIUDADANÍA LITERARIA DE ESPAÑA

El crítico español D. Eduardo Gómez de Baquero, cuya autoridad todos reconocemos, y a quien no se concede nada que no merezca, llamándolo ilustre—al revés de lo que ocurre con tantos otros—plantea en *La Voz* un problema interesante a las letras, a la crítica y aun a la psicología del pueblo español.

El problema es éste:

"¿Sigue a la unidad de la lengua la unidad de la literatura, o la independencia política produce la independencia literaria?"

A la doble interrogación hay que dar doble respuesta.

Vamos a ceñirnos a comentar la primera parte de la cuestión, y dejemos la segunda parte pendiente para tratarla más adelante.

* * *

A la primera parte de la pregunta, respondemos:

Parece que la misma lengua puede expresar espíritus diversos, ya personales, ya nacionales. Y si puede expresar espíritus nacionales diversos, significa que literaturas diferentes entre sí pueden coexistir en la misma lengua.

El caso no es común. Se han dado muchos ejemplos de un pueblo que transmita su lengua a otros pueblos: todo conquistador lo primero que trata de imponer son su fe y su idioma. De lo que no se han dado muchos ejemplos es de todo un continente que desarrolle su espíritu y la cultura diferenciada que va creando en una lengua hereditaria y vaya adaptando esa lengua a las necesidades de su mente, sin adulterarla en lo esencial.

Vamos a prescindir de abstracciones. Concretando la pregunta de Baquero a España y a las Repúblicas americanas, recordemos que, antes de ser formulada la interrogación, los españoles mismos ya la habían contestado prácticamente. Y la habían contestado de varias maneras.

A saber:

Primero unos, los más conservadores y de espíritu más impermeable:

a) No existe literatura americana, porque la lengua es nuestra.

Otros, más generosos, conceden:

b) Sus literaturas son ramas de la literatura española.

Otros proponen meridianos madrileños; es decir, dependencias... Y se extrañan de las respuestas, en ocasiones, muy poco amenas, pero que traducen un sentimiento de independencia herido.

Los que opinan que la lengua es propiedad suya, olvidan que los herederos de una fortuna son también propietarios y pueden hacer muy buenos negocios y aumentar el capital que heredan.

Los que se van por las ramas desconocen que ciertas plantas—el bananero, por ejemplo—producen en su torno plantas nuevas, independientes de la antigua, y que éstas dan su fruto propio, sin debérselo sino a la tierra, al aire, a la lluvia y a su íntima virtud fructificadora.

Ahora Gómez de Baquero, con su proceridad de pensamiento, eleva la cuestión; pero, desgraciadamente, la deja pender. No veamos cómo cae y se aplasta.

* * *

Contemplemos otro espectáculo de menos tragedia que nos presenta el crítico insigne. Se trata del escritor nacido en América y que produce en Europa. Tras largo vivir en España y en contacto con el alma viva de España, se impregna

de españolidad y la rezuma de sí, aun sin proponérselo. ¿Qué puesto le toca en la historia de las letras españolas a ese escritor?

Gómez de Baquero cita a varios escritores a quienes considera en tal caso, y pregunta:

"*¿A qué república literaria pertenecen? ¿A la nuestra o a la de origen?*"

Podemos responder sin vacilar: a la de origen, como no hayan renunciado a su americanidad. Pero agreguemos: que no puede la crítica española considerarlos con la misma indiferencia que si se tratase de un chino, por poco que ese escritor haya influído directa o indirectamente en su nuevo medio literario, o por poco que su nuevo medio social haya influído en él.

Pero dejemos la teoría y vamos a los ejemplos: antes a los extranjeros y luego a los españoles.

Maeterlinck es belga; no ha querido pertenecer a la Academia francesa para no renunciar a su modesta nacionalidad. La crítica literaria de Francia, ¿silencia su nombre? ¿Lo considera como extranjero?

Eduardo Rod fué suizo. La historia literaria de Francia, ¿no lo toma en cuenta?

Se dirá que ambos vivieron mucho en Francia, y de casos de convivencia es que trata Baquero. Podría, sin embargo, presentarse ejemplo como el de Amiel, que no sólo vivió en su país casi toda la vida, sino que, educado en las Uni-

versidades alemanas y empapado del pensamiento filosófico de Alemania, careció de algunas virtudes literarias de las más cotizadas en Francia. Sin embargo, la crítica francesa lo estudia al estudiar los mejores espíritus de Francia.

Entre los casos de adopción por convivencia, podría citarse en Londres el caso del novelista saxoamericano Henry James, hermano del filósofo del pragmatismo; y sin necesidad de convivencia, el de algunos austríacos, como Schnitzler, en Alemania, y el de algunos brasileños, como Machado de Asís, en Portugal.

En cambio—y aquí de la psicología española—¿quién conoce en España a Juan Vicente González, a Cecilio Acosta, a Miguel Antonio Caro, escritores de veras insignes, hispanos de prosapia, de cultura y de tendencias que ardieron en amor a España? ¿No negó la Academia Española—por impío—a Juan Montalvo, presentado por Castelar, Campoamor, Núñez de Arce y creo que Valera, el modesto honor de correspondiente extranjero? ¿Y qué crítico español habló de Montalvo en vida de este maestro de la lengua española? Valera habló de Montalvo ya podrido en la sepultura. Antes, no.

Volviendo a los casos de convivencia con el pensamiento español, en el seno de la sociedad española que menciona nuestro compañero Gómez de Baquero, para conceder trato de excepción a los que se encuentran en semejantes cir-

cunstancias, permítasenos recordar un ejemplo, no de hogaño, sino de antaño.

El ejemplo es el de Baralt. Baralt, que fué uno de los buenos—y aun nos atrevemos a decir uno de los mejores prosistas castellanos del siglo pasado—se vino a vivir en España, desiluso de la América recién emancipada, de la inestabilidad política, del atraso literario, de la barbarie fratricida.

Brilló en las letras, en España; tomó parte en la política, redactó periódicos de combate, hasta concluyó por nacionalizarse español.

¿Quién lo recuerda? ¿Quién lo menciona? La historia literaria española del siglo XIX casi ignora su nombre. Ni siquiera se sabe dónde reposan sus restos. En vano ha preguntado el que esto escribe a los madrileñistas más madrileñistas en dónde fueron a deshacerse los huesos de Baralt: ni Castrovido, ni Répide, ni nadie lo sabe.

La Academia Española ofreció publicar las obras del escritor: no ha publicado nada. Y no es que fuese un escritor secundario a quien se trate artificiosamente de galvanizar; un crítico de los quilates y de la buena fe—sobre todo en los últimos años—de Menéndez Pelayo, opina que entre los muchos buenos discursos de recepción que se han pronunciado en la Academia Española ninguno supera al de Baralt, ni por el pensamiento ni por la expresión.

Agreguemos que España le causó dos males: lo estimuló a hacer versos—como poeta valía poco—y lo convirtió en purista, arrebatándole espontaneidad y secando el espíritu creador. Hoy se le menciona apenas por el *Diccionario de galicismos.*

Oigamos a Gómez de Baquero: "Un literato oriundo de la América española y formado en ella que se establece en España durante largo tiempo y se avecinda, por decirlo así, en nuestra república de las letras..., se incorpora al ambiente literario español..."

La teoría es buena y aun podría ser mejor, ampliándola a escritores que, aun sin vivir en España, puedan ejercer influencia sobre escritores españoles. Es el caso de Darío, que vivió poco aquí.

* * *

Querido Baquero: vamos a responder a la segunda parte de su pregunta, que ha quedado pendiente.

Un pueblo que tenga conciencia nacional debe saber que no existe independencia política sin independencia económica y sin independencia literaria.

Cuando un pueblo se emancipa políticamente, es que ya su pensamiento se ha hecho libre.

III

HACIA UN ANFICTIONADO DE LOS PUEBLOS HISPÁNICOS [1]

Un joven escritor español, D. Pablo Inestal, que con tanto acierto ha traducido a algunos de los buenos autores ingleses contemporáneos, echa ahora su cuarto a espadas en punto a política internacional.

El autor propone audaz innovación en las relaciones entre España y las Repúblicas hispánicas de América. Esta innovación consistiría en que España nombrase un diputado a cada uno de los Parlamentos nacionales de América y cada República de América mandase un diputado al Congreso español.

La idea que inspira a Inestal no puede ser más

(1) Ha vuelto a circular por los periódicos, impulsado por plumas y nombres respetables, este anhelo del Anfictionado de pueblos hispánicos que yo, recogiendo una de las grandes ideas de Bolívar, divulgué el primero en la prensa española.

generosa ni su proposición más absurda. ¿Qué harían esas cotorras españolas en las Cámaras de América? ¿Qué harían esos loros ultramarinos en el Congreso de España? Hasta quedarían subvertidos el sentido democrático de las elecciones y el sentido jurídico del Gobierno propio.

El Sr. Inestal dedica su trabajo a cuatro escritores—entre los cuales me ha hecho el honor de incluirme—. Dos de ellos, el Sr. Gómez de Baquero y el Sr. Araquistain, le han contestado.

Araquistain aboga por la representación en el Parlamento nacional de las colectividades españolas de América. Este problema es secundario. Como tal, de menos difícil solución que otros. Conviene recordar, sin embargo, que esas colectividades o colonias tienen—además de los cónsules—un representante en el país donde residen: el ministro de España; y una voz en el Gobierno de Madrid: la del ministro de Estado. ¿No basta?

El artículo de Gómez de Baquero no tiene desperdicio. Lo suscribo en todas sus partes; tanto creo ceñidas a la lógica y a la previsión políticas las objeciones de Gómez de Baquero al proyecto del Sr. Inestal.

Gómez de Baquero propone la creación de "una comisión permanente hispano-americana, formada por representantes de los diferentes pueblos, que examinara las aspiraciones comunes y los métodos para su realización".

Esto equivale a resucitar, un poco tímidamente, y ahora incluyendo a España, el proyecto de Sociedad de Naciones, el Superestado propuesto por Bolívar desde 1815 y que luego, dictador de media América, y con influjo en toda ella, realizó en parte en el Congreso internacional de Panamá, el año 1826.

Gran acierto el de esta resurrección. La salud está, en parte, ahí; en una Liga internacional del mundo hispánico, en donde los miembros sean absolutamente iguales en derechos. Esta Liga debe formarse por todos los pueblos americanos y europeos de nuestra habla, sin que pueda ser supeditada a ninguno de ellos. La asamblea de anfictiones que represente a la Liga debe ser una entidad, elegible y sostenida por todos los Estados, pero superior a cada uno de ellos en particular. Su estatuto debe ser una obra maestra de sabiduría política. Debe disponer de gran fuerza para sus sanciones.

Esta fuerza—la económica y la militar—será integrada por elementos militares y económicos de los Estados componentes, en proporción a los medios de que disponga cada uno. Las funciones del Cuerpo anfictiónico que represente la Liga de pueblos hispánicos deben ser las que indicó el Libertador en su proyecto de Anfictionía y algunas más que nuestra época y circunstancias presentes impongan.

* * *

Debemos comenzar—repito una vez más—por establecer una superciudadanía.

Cuando las Repúblicas americanas se independizaron, se instituyó en las primeras Constituciones de varias de aquellas Repúblicas que, con ciertas prudentes limitaciones, sería considerado como ciudadano nacional el nativo de las demás Repúblicas. Se olvidó esta prescripción de la prudencia, andando los años, no por impracticable, sino por abandono incomprensible e incomprensible exceso de nacionalismo. Pero en el hecho impera. Todo americano goza en cualquiera de las Repúblicas hermanas cierto vago derecho de ciudadanía. Es hasta elegible por elección popular y, gubernamentalmente, nominable. No hay un ejemplo, sino mil: Diógenes Arrieta, tribuno y poeta colombiano, fué diputado en Venezuela; Antonio José de Irrisari, guatemalteco, fué representante diplomático de Chile en Europa; el mismo Chile llamó ayer a D. Andrés Bello y le confió su Hacienda, su Educación, sus Relaciones Exteriores, como Méjico llama hoy a la chilena "Gabriela Mistral" para que la ayude a redimir al indio por la instrucción. Rubén Darío, nicaragüense, ha sido cónsul de Colombia en Buenos Aires; Gómez Carrillo, de Guatemala, cónsul de la República Argentina en París; Manuel Ugarte, argentino, cónsul de Bolivia en Niza; yo, venezolano, cónsul de la República Dominicana

en Boston, del Perú en Filadelfia y del Paraguay en Toulouse.

A cualquiera de los escritores americanos lo tenemos los demás escritores americanos por un compatriota. El profesor peruano L. A. Sánchez ha escrito, como historia vernácula, la historia literaria de Hispano-América. De hecho, la ciudadanía común existe, hasta cierto punto, entre los hispano-americanos. Existe en las costumbres y sentimentalmente. Bolívar, precursor en todo, extendió esta ciudadanía a los mismos españoles con quienes había estado combatiendo. El diplomático que fué recibido como primer ministro de la Gran Colombia en Wáshington fué el Sr. Torres, un español.

Faltan dos cosas: resucitar ese derecho de ciudadanía en las leyes, y hacerlo, en las leyes, extensivo a los españoles.

En España, país conservador y, por ende, enemigo de novedades, se encabritarán algunos obispos, algunos académicos, algunos generales y algunos vizcondes a la idea de establecer la recíproca. Pero a ello hay que llegar, a pesar de los vizcondes, de los generales, de los académicos y de los obispos. A nadie beneficia esto como a España.

No es posible que a mí, que me he criado en mi tierra bajo los colores de la bandera española, en la casa española de mi abuelo español; que aprendí a leer en nuestros clásicos castellanos y

que me nutrí de amor de España, se me considere extranjero en el mismo grado que a un chino. No es posible. No es posible que bajo el Gobierno civil de Maura se haya desterrado de España al socialista argentino Alberto Ghiraldo con la misma brutal indiferencia como si se tratase de un nihilista ruso.

Hay que crear para los hombres nacidos en los pueblos hispánicos una supernacionalidad. Esto tiene sus quiebras, pero tiene sus ventajas, mayormente para el país que más repugnará esta medida: España. Por cada americano que haya en la Península habrá cien mil españoles en América.

* * *

Un excelente escritor, "Sancho Quijano", trata en *El Sol* del 11 de diciembre sobre *El mundo hispano-americano*. "Sancho Quijano" no es tan sólo excelente escritor, sino también excelente diplomático. El horizonte en este vasto mundo lo limita "Sancho Quijano" adrede. Quiere lo indispensable, en punto a relaciones hispánicas, para que las Repúblicas de América den su voto, en las Asambleas internacionales, a los representantes diplomáticos de España.

Es el punto de vista de un diplomático de viso y de talento que goza de 33.000 francos suizos de sueldo y quiere algunos indios a su servicio.

IV

LAS LETRAS Y EL ESTADO

Trataba D. Luis Araquistain, con la agudeza de espíritu, la certeza de juicio y la fuerza de raciocinio, características de tan vigoroso escritor, sobre la organización literaria en Francia, contraponiéndola a la desorganización literaria en España.

La almendra, digamos, del trabajo de Araquistain se puede encerrar en esta pregunta: ¿Por qué se divulga la literatura francesa con tanta facilidad y no se divulga de igual modo, por ejemplo, la española? La respuesta no cabría en trescientas páginas. El articulista de *El Sol* no agota la materia, ni lo pretende. A sus muchas y excelentes razones habría que añadir otras.

Detrás de la literatura francesa está toda Francia, y detrás de la literatura española no está toda España. O, en otros términos: Francia es un país literario y España no lo es. Entiéndase ahora por país literario, no el que produce una literatura mejor o peor, numerosa o escasa, sino el que lee su literatura, se ocupa en ella, la

considera cosa viva, tangible, fuente de orgullo y de satisfacciones espirituales.

¿A quién le interesa la literatura española en España? ¿Quién la lee? Salvo excepciones, sólo el ocho o diez por ciento de lo que se edita en España se vende en la Península. Lo demás va todo a América. ¿Qué se lee? Los autores más populares son los más nulos. Si Alomar, Ortega Gasset y Unamuno no escribiesen en los periódicos, ¿quién los conocería?

¿Qué político en España es, como Gladstone, cabeza del Gobierno y traductor de Homero? ¿Qué jefe de partido publica obras sobre un poeta, como Barthou sobre Lamartine? ¿Qué parlamentario, preocupado por los grandes problemas universales, produce una obra tan profunda y amena como la *Europa sin paz*, de Francisco Nitti?

En España, fuera de los literatos, a nadie interesa la literatura. En este sentido, no es un país literario. El mimo, el agasajo que rodean en Francia, por ejemplo, a los escritores que sobresalen, ¿quién los disfruta en España? Y el aplauso y la consideración sociales son para el artista atmósfera vital.

¡Qué más! Hasta en los mismos centros de cultura suele desconsiderarse a los escritores. Lo ocurrido con *Azorín* en el Ateneo noches pasadas sirve de triste dechado. A este escritor se le interrumpió una conferencia—en aquella sesión en que se ventilaba nada menos que la mejora eco-

nómica de los escritores—para escuchar al señor Burgos Mazo, político de los de ciento en libra, que no ha tenido ni tendrá, tal vez, nunca nada nuevo, ni bello, ni útil que decir.

El talento de *Azorín* podrá discutirse; su carácter podrá ser más o menos simpático; pero *Azorín,* en la literatura española de nuestros días, representa mucho más de lo que representa en la política española de nuestros días el señor Burgos Mazo. El Burgos Mazo, en España, se da silvestre. El *Azorín,* no. Sin embargo, a *Azorín*—y a los demás caballeros que debían tomar parte en el acto público de la Sociedad de Escritores—se les echó a gritos de la cátedra del Ateneo. ¡Iba a hablar Burgos Mazo! ¡Fuera!

Los literatos mismos tienen en mucha parte la culpa de la desconsideración con que se les trata. Jamás se apoyan unos en otros, jamás se aplauden unos a otros, jamás se hacen justicia unos a otros. El caso de *La Pluma,* consagrando un número íntegro en loanza de Valle-Inclán, que ni siquiera se ha muerto, es único, y debemos señalarlo con una estela conmemorativa. Lo común es que ningún literato cite a otro, ni lo celebre, ni lo respete. Esa misma prodigalidad del *ilustre,* del *insigne,* del *maestro,* a los mediocres más mediocres, es irreverencia, en otra forma, a los hombres superiores dignos de tales dictados.

No puede haber vida literaria sin crítica literaria. Y en España la crítica literaria no exis-

te. La crítica es algo como la justicia. Faltar a la literatura la sanción de los mejores, la sanción intelectual, equivale a que falte la sanción moral en las sociedades. Crítico es *Azorín*, y bien merecido se tiene, hasta cierto punto, el desaire de que fué víctima.

El ha remontado con paso firme y ojo sagaz épocas pretéritas de las letras españolas. Jamás ha tenido, que yo sepa, una palabra cordial ni un movimiento de entusiasmo para ninguno de sus contemporáneos. Ha vivido *Azorín* en una época propicia de la producción española, a caballo sobre dos épocas: la que representaron Galdós, Pardo Bazán, etc., y la que él mismo, Baroja y otros representan. Ha visto vivos y actuando a todos esos hombres. ¿Qué opina de ellos el crítico? Ha presenciado la renovación de la lírica castellana. ¿Cómo juzga a Rubén? Ha sido testigo del triunfo inmerecido de Blasco Ibáñez. ¿Qué piensa el crítico de ese triunfo? Ha visto galardonar con el premio Nóbel a Jacinto Benavente. ¿Cómo aprecia el crítico la obra de este dramaturgo? Nada sabemos. Cuando *Azorín* ha querido hablar de un contemporáneo, ¿a quién escoge? A un anónimo, a un novelista insignificante, a un hombre muerto en vida, a ese Matheu, que es, según me informan, la caricatura microscópica y gris de Galdós (1). .

---

(1) Posteriormente, *Azorín* se ha ocupado en algunos escritores vivos. *(Nota de 1930.)*

Estas cosas no ocurrirían jamás en Francia, porque en Francia existen crítica y vida literarias. Amigos y enemigos gritan en torno de cada nombre que se singulariza o destaca. Han descubierto que, arrojándose unos a otros la sombra y el silencio a la cabeza, como piedras mortales, caerían todos, a la postre, bajo aquella recíproca lluvia de lápidas silentes y parecería el campo de las letras una vasta necrópolis.

Hasta el Estado, en Francia, toma partido por sus valores literarios, y los aúpa y organiza inteligentemente, como fuerzas nacionales.

Tiene razón Araquistain cuando observa, en su artículo de *El Sol*:

"En Francia, es el Estado y los grupos particulares los que tienen constantemente despierta la atención del mundo acerca de un hombre o una tendencia colectiva... En medio de la lucha, se advierte como una especie de armonía común, como si cada quién estuviese representando su papel convenido y todos no tuvieran otro fin que trabajar por la gloria genérica de Francia y por la individual de los franceses."

Sí, existe en Francia, como lo advierte Araquistain, una organización literaria presidida por el Estado, organización de mayor eficacia que en España, donde también existe.

Pero lo admirable allí entre los literatos es el espíritu de grupo. Ese espíritu es aquí todo lo contrario de un aglutinante y de un exaltador.

V

EL PRESTIGIO INTERNACIONAL DE ESPAÑA

El mundo—todos lo hemos observado—parece empequeñecerse a medida que el hombre crece. A medida que descubre o emplea más eficaces agentes de locomoción.

Voltaire recuerda como brillante página del reinado de Luis XIV que el prestigio de ese Borbón aparatoso hubiera alcanzado a Siam, y que el Monarca siamés le enviara un embajador.

Hoy, en nuestros modestos días republicanos, media Asia es cosa europea, y aun yanqui; y se cruzan, en vuelo alciónico, los mares y los continentes. Al Rey de Siam, en persona, le hemos visto, años atrás, en París, trayendo en el equipaje cuarenta o cincuenta esposas.

Estas cuarenta o cincuenta mujercitas, que debían de ser encantadoras en Siam, venían consagradas al uso particular, y tal vez exclusivo, de aquel buen señor, que se llamaba Sisowath, o algo así.

De modo que este Sisowath, antes de llegar a París, era un parisiense. ¿No podía disponer de un gran número de mujercitas?

Pero hay pueblos que, si no alejados en el espacio, lo están, sin embargo, por otras causas. De este número es Holanda. A Holanda la aísla su lengua. Innúmeros viajeros la recorren todos los años, desde que empiezan a pimpollecer los tulipanes de Harlem. Pero los viajeros que no conocen la lengua sólo perciben lo pintoresco, lo exterior. ¿Quién sabe algo del alma de Holanda? Pues bien; este pueblecito de grandes virtudes: paciente, enérgico, tolerante; cultivador de tulipanes y libertades; amante de la igualdad y la justicia; laborioso, taciturno, ictiófago y ginebrino, es el país más rencoroso del mundo. Como le falta imaginación y la sangre corre por sus venas con lentitud germánica y acuosa, conserva sus rencores durante eternidades. Porque es tolerante con las ideas, no con las ofensas. Carece de nervios, de impresionabilidad: es monótono hasta en sus odios.

El odio a España parece la más vigorosa y juvenil de sus pasiones históricas. El duque de Alba es, en los Países Bajos, un personaje de perpetua contemporaneidad. Tener conciencia histórica: máxima virtud; pero virtud que deja de serlo, como casi todas las virtudes, cuando se la extrema. España, para Holanda, no evoluciona; es el pueblo de catolicismo feroz y combativo; enemigo de toda independencia, lo más abominable de la

tierra. En España, la raza es perezosa; el espíritu, intransigente; la tiranía, consustancial; la soberbia, anacrónica... ¿Será ésta la única exageración de pueblo tan comedido?

Lo malo es que tal doctrina se enseñe todavía en el año de gracia de 1922 a los niños holandeses en los colegios de Holanda. Y se enseña. He podido comprobarlo de modo único e irrefutable: tengo sobrinos nacidos en Holanda, hijos de holandés, educandos holandeses. Los he visto en el verano de 1922. Los he oído. Y se me han caído las alas del corazón cuando he escuchado en lengua española, y en niños de mi sangre, ciertos juicios reflejos sobre España y sobre la América de origen español. Y esto mismo se enseñaba hace veinte años, cuando yo vivía en Holanda. ¡Y esto mismo se enseñaría hace un siglo, hace dos siglos! Y esto mismo se enseñará, de seguro, en los siglos por venir. ¿Qué prestigio, qué vitalidad resistirían a la instilación en los espíritus de esta gota de odio hereditario, secular? (1). ¿Pero de qué se ocupa la diplomacia española? ¡Ah, sí: de unirse a esos mismos holandeses y a otros europeos contra los pueblos de Hispano-América!

* * *

Y no son los niños de los colegios holandeses exclusivamente los que se envenenan con ese odio:

(1) Parece que en los últimos años las cosas han cambiado. No sé: no aseguro nada. En apariencia, sí, todo va mejor. *(Nota de 1930.)*

los periódicos lo cultivan, y los ciudadanos particulares, incapaces de reaccionar contra la escuela y contra el diario, lo mantienen en los hogares como tema, llegado el caso, de conversación. Comerciantes, marinos, militares, gente de sociedad..., ¡qué juicios, qué errores, qué estupidez, qué rencor!

Y América, con la única excepción de Chile, no sale mejor librada que España: los hijos pagan por los padres, como en el Antiguo Testamento. Por algo es Holanda un país de mercaderes: sabe cobrarse. Y a Chile se le exceptúa porque Chile lucha contra el mar, como ellos; es, como ellos, un pueblo marino, y tiene puertos construídos por ingenieros de Holanda. Pero no es todo: ello revelaría en el carácter holandés ausencia de carnerismo, originalidad en sus afectos y en sus juicios... La excepción en favor de Chile se debe, principalmente, a que Chile contaba, en tiempos de la Alemania kaiserina, con la benevolencia y aun el aplauso alemanes. Eso le basta a Holanda para ella también aplaudir.

* * *

¿Pero es España el único país contra quien pueda tener quejas históricas Holanda? No. La Francia de Luis XIV invadió sus ciudades y conquistó sus tierras. La Francia de la Revolución también la invadió; y barcos de guerra bátavos sufrieron la humillación de ser vencidos y apresados por es-

cuadrones franceses: por la caballería de Pichegru. La Francia de Napoleón hizo más: Napoleón subyugó a Holanda a sombrerazos, a gritos, sin efusión de sangre, sin heroísmo, oscuramente, sin darle importancia al asunto; y la entregó en feudo a Luis Bonaparte, a quien decretó Rey de Holanda.

Inglaterra, después del heroico holandés Ruyter, que la supo asustar, ha hecho sentir a menudo el peso de su potencia sobre el cuello neerlandés, y Bélgica no se separó de su vecina norteña sin el apoyo extranjero. En cuanto a Alemania, ha sido la espada de Dionisio sobre la cabeza aterrorizada de la pobre Holanda. Holanda ha sido para Alemania lo que las colonias holandesas para el Japón: la fruta jugosa al alcance del apetito.

Sin embargo, a Alemania no se la nombra sin respeto. A Inglaterra se la acata. A Francia se la admira.

¿Por qué se reserva exclusivamente el odio para España? ¿Por qué se olvidan las frescas injurias o amenazas de otros pueblos y se mantiene vivo el recuerdo de antiguos errores de España? Porque España tiranizó lo que nadie perdona que le subyuguen: el pensamiento. Y menos Holanda, cuyo más claro timbre histórico es el haber servido de escudo y hogar al pensamiento humano.

* * *

En Bélgica ocurre poco menos que en Holanda. La Prensa belga es de una deliberada y per-

sistente injusticia para todo cuanto se refiere a España. *Le Soir*, de Bruselas, contaba hace poco ridículas y mentirosas patrañas, en detrimento del nombre español. *L'Indépendance Belge*, a pesar de su nombre, no es completamente belga ni completamente independiente: como que inspiraciones y otras cosas suelen llegarle, desde hace muchos años, de París. Este diario, muy leído y muy conservador, no dejó de cerrar contra España, a propósito de Marruecos, cuando se creyó, meses atrás, que una Conferencia entre Inglaterra, Francia y España iba a decidir de la suerte de Tánger.

La estatua de Ferrer, erigida en Bruselas, no significa exclusivamente un acto de idealismo, de protesta internacional. Esa estatua significa algo más: una oportunidad en bronce duradero, para probar al mundo que España no cambia y que en España existen hoy políticos como el duque de Alba y consejeros como Torquemada.

En el fondo, Holanda y Bélgica tienen razón. Países de libertad, abominan el país que, además de haberles hecho sufrir, representa aún en cierto modo, por sus hábitos políticos, su monarquía austro-borbónica y su clero intransigente, el sentido opuesto a la libertad del espíritu y a la libertad civil.

* * *

España muestra desdén absurdo de todo lo que no sea ella misma o el cielo, premio gordo de la

lotería divina. Es hoy el único país del mundo que no se cura, o se cura poco, de lo que se piense de él, o no se piense, más allá de las patrias fronteras. Y esto fué siempre así: en tiempos de Carlos, el de Yuste, o Felipe, el de El Escorial, o Felipe III, o Carlos II, ¿cuál podía ser el objeto frecuente de la conversación entre dos burgueses de Valladolid, de Sevilla, de Zaragoza? Lo que sucedía en Milán, que producía al Erario 800.000 ducados; en Nápoles, donde es virrey Osuna y personaje Quevedo; en Inglaterra, contra quien se apresta la Invencible; en los Países Bajos, desgobernados; en América, descubierta; en Alemania, donde eleva Lutero su Protesta; en Turquía, para cerrarle el paso en Lepanto; en los archipiélagos del Asia, sometidos; en el Norte de Africa, conquistado; en el Perú y en Méjico, de donde vienen los galeones cargados con el metal precioso de Potosí y de Zacatecas, indispensable para sostener las guerras victoriosas contra Francia, o las guarniciones españolas que allí se mantienen.

¿Y sabían a ciencia cierta aquellos burgueses de Zaragoza, de Sevilla o de Valladolid lo que eran Alemania, Italia, Inglaterra, las Américas o los Países Bajos? El mismo Gobierno, ¿tenía una clara noción de las negras nubes de diatriba y de odio que se adensaban contra España? ¿Supo paliarlas? ¿Lo quiso? ¿Lo intentó? La simple respuesta a estas preguntas equivaldría a comentar la psicología de España.

Hoy mismo, ¿tiene España conciencia de lo que de la España actual se piensa en el mundo? ¿Le interesa? ¿Hace algo en pro de su prestigio? Que respondan los diaristas, los estadistas "iberos".

Los demás pueblos obran de otra suerte: tienen más respeto por la opinión pública del mundo. Hemos visto, durante la última gran guerra, cómo derramaban el oro a chorros ambos bandos de pueblos contendientes, para granjearse la voluntad y propiciarse la opinión, aun de los pueblos más ínfimos. Durante todo el siglo XIX hicieron los Estados Unidos lo que en el siglo XX hacen Brasil y la Argentina: difundir oro sin tasa en obsequio de su prestigio.

Al presente no existe país, chico ni grande, entre los pueblos de larga vista, que no señale en su presupuesto, más o menos desembozadamente, buena suma para "la propaganda". En Francia, por ejemplo, el *budget de la propagande* ascendía en el año económico 1921-1922 a 20.541.000 francos. Ha parecido poco. Para el año 1922-1923 esa ya bonita suma se hermosea y asciende a francos 32.088.000. Sólo a captarse la buena voluntad de nuestras Américas se destina más de un millón. Y además de los millones, entran en juego la cinta roja de la Legión de Honor y otras hábiles seducciones de una política previsora.

¿Hace España algo semejante? Yo no conozco sino las pobres pesetas que se distribuyen a los or-

ganismos más nulos, o risibles o anacrónicos, en obsequio de la fraternidad con América; o bien —lo que es aún peor—a sobrinos de sus tíos, o a audaces grafómanos que escriben que Valparaíso es la capital de Chile y colocan a Bolivia en la América Central.

Y yo pregunto: ¿sería inútil organizar una propaganda inteligente, eficaz, en obsequio del prestigio y de la influencia internacionales de España? ¿No es posible evitar lo que ocurre en Holanda y Bélgica?

No es necesario genio creador. Basta con abrir los ojos y mirar lo que hacen los demás países. Los pueblos todos viven copiándose unos a otros. La civilización, dentro de lo que se llama la cristiandad, es una misma. La diferencia es de grados. Pero ni la religión, ni el concepto de Estado, ni nada en lo fundamental de una civilización difiere radicalmente... Por eso las iniciativas de cada pueblo pueden ser aprovechadas por los otros. Formas de gobierno, costumbres, modas nacidas en un país cristiano, se imponen fácilmente en casi todos, con sólo aquellas limitaciones que factores especiales impongan. Por eso infunde tanto miedo el sovietismo de Moscovia. Por eso el triunfo del fascismo agitará fuera de Italia muchas cabezas (1).

(1) Un año después de publicado esto aparecía una caricatura de Mussolini en la misma España. Lo primero que hizo fué atacar la libertad de enseñanza y de expresión; en suma, de pensamiento. *(Nota de 1929.)*

VI

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, ¿NUTRE A SU OBRERO?

I

La bohemia, de capa caída

Se acabaron, o casi casi, aquellas bohemias de toda la vida: alcohol malo, cuello sucio, melenas de selva virgen, intrincadas y pobladas; comidas de ilusión, lechos de banco, sablazos a diestra y siniestra, vacío de deberes, obras que mueren en botón, proyectos que no se realizan, existencias fracasadas e inverosímiles. Con esas bohemias alcohólicas, deudoras y harapientas, no concluyen el entusiasmo, la juventud, la rebeldía, el talento.

En la mocedad que se abre paso a pecho limpio contra los prejuicios, contra la indiferencia, solicitando el sol, esa bohemia, que no es sino una forma transitoria de lucha, puede lucir y aun seducir como el penacho sobre el casco. Pero "¡viva

la juventud, con tal de que no dure toda la vida!", dijo un tal Lamartine, que también era algo romántico y algo poeta.

La idea del deber—no del deber sin pagar, sino la de solidarizarnos con los demás de quienes recibimos y a los cuales debemos dar—ha subido un punto. Y la idea de la dignificación profesional ha subido entre los escritores otro punto.

Todo escritor aspira a realizar su obra con el mayor decoro mental y vital posibles. Nadie quiere empeñar sus coronas de laurel, como Zorrilla, ni vender por cuatro cuartos a sórdidos editores, como vendió el pobre Bécquer, los derechos de propiedad de su obra. Los mismos editores han salido de sus lúgubres y pestilentes cuevas de antaño y erigen palacios para el libro. Hasta el rostro de los libros ha subido la vergüenza: ya no se trajean de mal papel amarillo ni de menguada tipografía, sino que salen a la calle vistosos, elegantes, y campean como un adorno en los salones, sobre las mesitas de laca y en los gineceos, en manos de las doncellas más empingorotadas.

Las comidas del P. E. N. Club, en los mejores restaurantes de Madrid, bajo la presidencia de un hombre tan correcto como *Azorín*, entre gente cortés—y cuando puede cordial—, parecen banquetes de diplomáticos. Estamos lejos de Carrère y de Buscarini.

Pero todo esto es lo externo y decorativo. Se quiere llegar a más. Los editores, con apoyo oficial, se unen y constituyen la Cámara del Libro. Los escritores también se asocian para mejorar económicamente y defender mejor sus derechos. Los criterios, en este punto, respecto a medios, pueden variar, no en esencia.

Ante editores y escritores se yergue, lo primero, esta interrogación: ¿puede el libro español difundirse, venderse y producir más? La respuesta, razonándola, no parece tan sencilla como la pregunta. Espesas olas de tinta han pasado sobre el problema, atezándolo aún más, naturalmente. Sin embargo, algunas luces brillan de cuando en cuando sobre las negras olas, como el intermitente relámpago que ilumina las oscuras aguas del Catatumbo, en la región del Zulia.

Hay el problema del libro español en España, que se vende poco, y el problema del libro español en América, que también se vende poco. ¿Deficiencia de cultura en los públicos? ¿Deficiencia de autores? Tal vez la principal deficiencia consista en la manera de trabajar el libro en los distintos centros en que se consume. Por eso los autores, que no conocen la cuestión, y los editores, que no han podido resolverla prácticamente, suelen embrollarla cuando la comentan. Por eso quizás algo de lo observado con más precisión y de lo dicho con más acierto se debe

a un hombre de negocios, a un capitán de industria—¿por qué no hemos de nombrarlo?—: a Urgoiti. Reléanse los folletones de *El Sol* donde tocó el asunto después de un viaje somero.

Agreguemos a las observaciones de los demás nuestras propias observaciones.

Veamos cómo se expende el libro español en los mercados ultramarinos y alguna de las causas por que no se vende más.

II

Condiciones en que se vende el libro español en América

¿En qué condiciones se expende el libro español en Ultramar?

De España se envía la obra nueva a los libreros de ultra Atlántico. Ya el librero de América, que cree conocer a su público y a los autores, ha hecho previamente sus encargos en esta forma: "de cada libro nuevo que salga de don Fulano de Tal, mándeme 5, ó 10, ó 50, o más ejemplares".

Así, todo autor apreciado en aquellos públicos tiene asegurada, de un modo fulminante, la venta de un número fijo de ejemplares.

Este número es grande con relación a la cifra de la edición; pero es pequeño en sí y con rela-

ción a la capacidad de compra de aquellos públicos.

Este número de ejemplares que así compra el librero de por allá es de 1.000, 1.200, a veces 1.500, 2.000 en algunos casos, y por excepción, como ocurre en el caso del novelista Palacio Valdés, o de Pedro Mata, o de Insúa, o de Fernández Flórez, un mayor número.

Esto equivale a consumir de golpe la mitad más o menos de las ediciones corrientes en Madrid y Barcelona. Las ediciones en Barcelona y Madrid, en efecto, varían de 2.000 a 5.000 ejemplares. Lo corriente es 3.000. Lo que salga de tales cifras parece extraordinario. Pero empieza a salirse.

La otra mitad de la edición se consume entre España y la misma América española con lentitud.

Como tenga interés en la obra, España puede consumir ella sola casi toda la edición. Si no, no. Lo normal es que bastante más de la mitad de la edición se venda en América, en la forma que se indica: una parte, de golpe; lo demás, lentamente, en uno, dos, tres, cinco o más años.

Resultado mezquino. La culpa debemos repartirla por igual entre el librero de América y el editor de España. Ninguno de los dos inventó la pólvora. Hay excepciones, claro. A nadie extrañará. Ya sabemos que lo único absoluto es que no hay nada absoluto.

III

Ediciones, editores y libreros

En los últimos años hemos visto que algunos novelistas, y no de los más fuertes precisamente, han alcanzado en España tirajes de 7.000, 8.000, 10.000 ejemplares. Y hemos visto que esas obras de gran tiraje se reeditan. Las casas editoras, como las pelanduscas, se pelean por estos favoritos. Parecen no sospechar que en manos de ellas está, y sólo en manos de ellas, elevar la venta de cualquier autor estimable, ya que la capacidad del público en lengua castellana, para consumir ediciones grandes, es conocida. Casi puede asegurarse que ese favor del público, independiente del mérito o demérito de los autores, se debe en mucha parte a la propaganda. Uno de los novelistas que se vende tanto disponía de la publicidad de *A B C*; otro, de la publicidad de Prensa Gráfica.

Y ocurre un fenómeno.

El editor español vende para España y para todos los públicos de lengua española, desde Méjico hasta Chile. Sin embargo, no tira mucho mayor número de ejemplares que el que pueda

tirar y tira en alguna pequeña República un editorcillo de tres al cuarto, que sólo va a vender a público muy reducido.

¡Ocurre algo más raro! El editor peninsular puede difundir a sus autores por las decenas de pueblos que hablan castellano. Esto no sucede al editor americano, por múltiples razones, hasta geográficas.

Pues bien: jamás el buen autor español, el autor de primer orden ha conocido los tirajes de un novelista hispano-americano de valer relativo, como el argentino Hugo Wast. De este autor se consumen, por ejemplo, ediciones hasta de 40.000 y 50.000 ejemplares. Y se vende sólo en tres o cuatro Repúblicas. Vargas Vila, novelista de Colombia, vende también millares y millares de cada edición.

El autor aislado nada puede contra la incuria del editor de España, y contra la inepcia de los libreros de América.

La Sociedad de Escritores Españoles va a hacer a los autores un gran beneficio. Defenderá, mejor que el autor aislado, los intereses de éste. Y puede contribuir a impulsar hasta la propaganda. Puede ver por que se logre de los editores—y yo lo propongo desde este momento—el que dediquen forzosamente una cantidad en numerario para propaganda. ¿Qué cantidad?

Eso se acordará después de discutirlo, pero por cuanto para propaganda, independientemente de

los derechos del autor. ¡Ah, y debe inculcársele al librero español de América que pierda su prejuicio patriotero contra el libro americano! Y ello, antes de que los autores americanos se percaten de la inquina y tomen medidas que pueden ser fatales para el librero y para el libro de España en América. El trabajador de nuestra lengua, sea nacido a un lado del mar o al otro, tiene derecho a vivir de su trabajo.

Hay que tender, por todos los medios, a que el pensamiento expresado en lengua de Castilla alimente con decoro a sus obreros.

SEGUNDA PARTE

VARIACIONES DE UN MISMO TEMA

I

¿PERSISTIRÁ EL ESPÍRITU DE ESPAÑA EN EL NUEVO TIPO DE CULTURA QUE SE ESTÁ CREANDO EN AMÉRICA?

I

Ha publicado *El Sol* tres artículos que no deben caer en el vacío. Merecen que un coro de buenas intenciones lo voceen. El voceo, en este caso, equivale a comentar.

Los tres versan sobre el problema de las relaciones culturales entre España y América. Los suscribe don Avelino Gutiérrez, patriota y médico español residente en Buenos Aires. El señor Gutiérrez sólo conoce dos o tres Repúblicas americanas. Eso basta. Lo importante es que conozca, como conoce, las capacidades y deficiencias de España; la mentalidad y posibilidades del bloque de Repúblicas.

Su trabajo, pues, sobre relaciones entre España y América—mayormente las que lo pre-

ocupan, las de carácter cultural—resulta algo digno de tomarse en cuenta. Desde luego no tiene nada en común con esos discursos vacuos y dulzarrones como el titulado *Optimismo hispanoamericano, "leído por el doctor D. Valentín Gutiérrez-Solana, ante la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, en sesión presidida por el Excmo. Sr. Ministro del Salvador, D. Ismael G. Fuentes, por invitación cortés y merecida del Presidente de la misma, Excelentísimo Sr. D. Manuel Molina, quien con el Excmo. Sr. Conde del Cedillo, ocupaban el estrado, etc., etc..."*

El trabajo de D. Avelino Gutiérrez, en donde se embiste dura y osadamente contra la famosa *Unión Iberoamericana,* anda tan lejos de los excelentísimos discursos del excelentísimo don Valentín, pronunciados ante media docena de excelentísimos señores, como de las improvisaciones palabreras y contraproducentes del indocumentado granuja—a veces este granuja puede ser un personaje—que pronuncia o escribe algunos disparates para justificar la pitanza que recibe del Estado español, con cargo a un ramo del Presupuesto, todavía innominado, que podría titularse: "Gastos de propaganda en América."

Con razón y amargura expone el Sr. Gutiérrez: "En España no me parece que comprendan bien el problema de las relaciones hispanoamericanas, si hemos de juzgar por lo que se dice,

por lo que se hace y por lo que se deja de hacer".

El pensamiento básico del Sr. Gutiérrez es el siguiente: España ha de cumplir su destino en América. "Ese destino ha de ser espiritual, más que material, y debemos percatarnos de ello para favorecerlo e impulsarlo."

Como se advierte, el autor es un idealista ambicioso. No quiere que España se contente con vender aceitunas o vinos o bujerías en América y embolsarse unos cuantos pesos; quiere que la misión de España en América sea cultural, en primer término.

Es decir, que equivalga a una prolongación del espíritu de España, al través de aquellos pueblos, en el espacio y en el tiempo. Aspira, en suma, a que España sea para América lo que ha sido Roma para Europa, mayormente para los pueblos latinos del Mediterráneo.

El vehículo del pensamiento es el idioma; y la flor del pensamiento, el libro. Ya es mucho que América hable la lengua de España. El señor Gutiérrez lo aprecia; pero no se ilusiona en este punto.

A los que manifiestan—como el crítico don Julio Casares—que América debe vasallaje espiritual a España porque habla su idioma, olvidando que a ambos pueblos pertenece por igual, que de abuelos comunes lo heredamos y que es, en suma, común vehículo de un pensamiento bifurcado, les enseña: "El idioma español, como

que se habla y escribe en España y en América, tiene, por así decir, una centración doble y un doble crisol de formación y de vida; y tanto influyen en su conservación y depuración, en su estatismo y corrupción, España como América".

Y, en cuanto a los libros, opina con muy buena lógica el doctor Gutiérrez que si se aspira a que influyan allá parece indispensable que se produzcan aquí. "Es necesario, pues, hacer el libro, el buen libro, nutrido de ciencia y de saber; sobrio en palabras, repleto de ideas."

Al llegar a este punto descubrimos la clave patriótica del profesor Gutiérrez: su *desiderátum* consiste en que resplandezca en España una gran cultura moderna, científica y literaria, para que esa luminaria se refleje en América. Por eso dice: "el problema hispano-americano es un problema, ante todo, de progreso interno de España".

Como el autor vuelve sobre este pensamiento, lo repetiremos, en el curso de este comentario, para que resalte.

II

América es todavía, y lo será por mucho tiempo, un ancho campo de experimentación. ¿Dominará allí tal o cual cultura europea, con exclusión de todas las demás, o se formará un tipo nuevo de cultura humana?

Al Sr. Gutiérrez no se le ocurre pensar en esto; o si algo piensa, lo calla: se contenta con laborar por que la huella de España no se borre sino que perdure y ahonde en el espíritu de América.

Para ejercer en América exclusiva influencia cultural, en pugna con los demás pueblos de Europa que tienen allí campo abierto a su actividad, sería necesario poseer una sólida y global cultura moderna, descollando por igual en las varias especializaciones en que otras potencias culminan. Sería necesario contrarrestar a Alemania en química, en industrias de guerra, en filosofía; a Inglaterra, en transportes, en maquinaria, en organización económica, en capital; a Francia, en fuerza pública, en ahorro, en perfumería, en modas, en literatura, en libertad política; a Italia, en derecho, en criminología, en bellas artes, en natalidad; a los Estados Unidos —que también luchan en la misma palestra—, en aplicaciones industriales de la ciencia: teléfonos, cines, locomotoras, automóviles, útiles de agricultura, máquinas de coser, de escribir, de calcular; a todos en Universidades, laboratorios, Bancos, Bibliotecas, periódicos, libros; en higiene, en legislación, en literatura, en ciencias, en moralidad política, en disciplina social, en espíritu libre, en audacia mercantil, en prosperidad.

Y aquí es donde el Sr. Gutiérrez se pone un poco pesimista. "En América, dice, tendrán fácil

colocación el sabio, el libro y la ciencia española" (*sic*).

Y agrega, con muy buen sentido de las realidades: "Es necesario que tengamos el libro, el sabio y la ciencia, pues no se podrá colocar lo que no se tenga".

El Sr. Gutiérrez concluye repitiéndose adrede: "El problema de las relaciones hispanoamericanas no está centrado en América sino en España..." Y para resolverlo, el patriota aconseja otra vez: "Si España quiere influir en América debe empezar por saber... que necesita hacerse dentro de sí misma, mejorarse y perfeccionarse".

Esto es, en el fondo, lo que nosotros hemos respondido siempre a los que preguntan:

—¿Por qué envían los americanos a sus hijos a estudiar Medicina en Alemania y no a Madrid; a estudiar mecánica y electricidad en los Estados Unidos y no a Barcelona; marina en Inglaterra y no a El Ferrol?

Refiriéndose a la literatura eso mismo fué lo que significó el argentino Sarmiento, cuando comentaba, irónico y malévolo, el que no se leyese más en América a los autores de la Península:

—Ellos traducen y nosotros también.

III

Por fortuna España posee una vieja cultura secular. Esa vieja cultura es la raíz de la nueva cultura que se empieza a crear en América.

Don Avelino Gutiérrez, advierte un fenómeno: la pugna de culturas europeas que tratan de prevalecer en América; y, patriota, propugna por que venza a las ajenas la cultura de España. Olvida, sin embargo, que la acción de esas culturas se ejerce sobre seres inteligentes, sobre hombres, sobre pueblos que aspiran a crear y crean, con la indispensable colaboración del tiempo, un tipo de cultura humana.

En América la conciencia de este caso parece bien despierta. Acaba de lanzar el doctor Alfredo L. Palacios, decano de la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales de la Universidad de la Plata, un documento "*A la Juventud Universitaria de la América Latina.*"

¿Qué dice el documento? Entre otras cosas, lo que sigue:

"Nuestra América, hasta hoy, ha vivido de Europa, teniéndola por guía. Su cultura nos ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio

de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre..."

"¿...Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que arrastran a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norteamérica que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la más odiosa plutocracia?"

"Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores."

El documento concluye así:

"Nuestro programa de acción y de idealismo puede concretarse en los siguientes puntos: *renovación educativa; solidaridad con el alma del pueblo; elaboración de una cultura nueva; federación de los pueblos hispano-americanos.*"

Más claro, agua.

Ambicioso programa, con todo. Una cultura ni se elabora por una generación, ni menos se improvisa como un discurso. Es la obra del tiempo y de la acción inteligente de una raza.

Pero, ¿no ha hecho nada en beneficio propio y de la humanidad nuestra América?

IV

Tenemos, entre los elementos esenciales de la cultura que heredamos de España, la lengua. Que ella misma nos sirva para saber cómo hemos usado el maravilloso instrumento y si su empleo descubre o no el aporte de un espíritu nuevo. Baste, en vez de entrar en disquisiciones enojosas, repetir las palabras de un prócer pensador: "Nuestra lengua—observa Unamuno—nos dice desde allende el Atlántico cosas que aquí no dijo nunca".

¿Es poco? Ayer sirvió de ejemplo al mundo la América de habla española echando nuevas bases a la sociedad, estableciendo de facto, por boca y obra de Bolívar, el principio de las Nacionalidades, creando el arbitraje para dirimir diferencias entre pueblos, propiciando una Sociedad de Naciones y consolidando en el mundo la democracia y la República, precisamente cuando la reacción levantaba la cabeza en toda Europa, resucitaba el derecho divino y los tronos se unían contra los pueblos en Alianza llamada Santa.

Hoy mismo una nueva y más justa forma de sociedad se ha ensayado en nuestra América, mientras Europa se debatía en los trances de la

barbarie guerrera. Porque no debemos olvidar que el ensayo de nueva organización social se llevó a término en Méjico mucho antes que en Rusia, cuando aun yacía Rusia bajo el tacón de los zares, la pernada de los latifundistas, los iconos y excomuniones del Santo Sínodo, la ignominia de una nobleza corrompida y la férula de una administración holgazana, depredadora, sin escrúpulos, al servicio de los capitalistas.

Méjico, insultado, calumniado, perseguido por los yanquis, arruinándose y desangrándose en los trances de formidable revolución social, que nadie en el Extranjero comprendía, y se tomaba por rebatiña de bajos intereses u oscura zambra de caníbales... Méjico ha sido el primero que ha impuesto en el mundo, no el concepto sino la realidad de un nuevo derecho igualitario, de una economía más equitativa, de una justicia superior, de una vida social más generosa.

—Eso no basta para representar una cultura autóctona, se dirá.

Y tendrá razón quien tal diga. También tendrá razón el que le responda:

—No basta como tipo de cultura diferencial; pero revela ya un espíritu nuevo, que empieza a cuajar en nuevos moldes. Cuando varias generaciones científicas, literarias, filosóficas; cuando varias generaciones de industriales, de campesinos, de obreros, de hacendados, de periodistas, de pobres diablos y de grandes personajes hayan

cumplido con su deber de pensar, de actuar, de vivir socialmente, teniendo el valor de ser ellos mismos y no reflejo de Europa, un nuevo tipo de cultura humana se habrá creado.

V

España tendrá la gloria de que ese nuevo tipo de cultura humana se exprese y se divulgue en lengua de Castilla. La base de esa cultura del porvenir, nutrida con la experiencia y la herencia de toda Europa, será la secular cultura de España. No podría ser de otro modo. Para formar el nuevo tipo de hombre, España dió abundantemente su sangre generosa; para fundar las primeras sociedades del Nuevo Mundo dió su experiencia política; para expresar pensamientos y sensaciones dió su idioma.

El hombre y las sociedades americanas del futuro no podrán dejar de tener, aunque lo quisiesen, una raíz muy hispánica. Su cultura será la cultura española evolucionada.

A ese respecto puede España estar tranquila. La obra de su espíritu y de su brazo, aunque evolucione y se transfigure, por obra de factores complejos, será obra secular. En lo que cabe,

dentro de lo contingente y humano, eterna; máxime si no se interrumpe la colaboración de su sangre y la colaboración de su mente.

Esto, en resumen, es lo que buscan, por diversos caminos, hombres de ciencia acuciosos como el doctor Gutiérrez, avisados diplomáticos como "Sancho Quijano" y aun modestos periodistas como el que esto escribe.

II

A PROPÓSITO DEL PREMIO NÓBEL OTORGADO A ESPAÑA EN LA PERSONA DE BENAVENTE

A Benavente se le ha otorgado el premio Nóbel de Literatura en 1922. En mi concepto lo merece como el que más.

Nuevo motivo para pensar en lo presente y en lo por venir de nuestra lengua.

En la Europa de la postguerra se ha desencadenado una lucha feroz de nacionalismos. Esa guerra asume distintos aspectos. Las respectivas lenguas sirven de bandera a muchos combatientes. Cada quién desea imponer la propia. El inglés y el francés se han venido a las manos, y yanquis e ingleses no aceptan ya la francesa como exclusiva lengua diplomática. Esto no es romanticismo vacuo, sino interés nacionalista de la mejor ley.

Razón tiene Francia, por su parte, en sostener a precio de oro en toda la redondez del planeta esas asociaciones o institutos que—con diferentes nom-

bres, según las circunstancias—obedecen al mismo fin: la divulgación de la lengua francesa, que es abrir el camino para la literatura y, por ende, para el espíritu francés. También es abrirlo indirectamente para la prosperidad y para la política de Francia.

Eso es gobernar. Eso es continuar siendo digno de un gran pasado histórico, enderezar lo presente y preparar con obras de cal y canto lo por venir.

Veamos qué ocurre con el castellano.

Después de bellos días esplendorosos, degeneró hasta lengua, no de segundo, sino de tercero y aun cuarto orden. Nada se hizo por levantarla de su postración.

Hoy empieza una nueva era, una era de más amplios horizontes para el idioma de Castilla. Empieza a divulgarse fuera de los pueblos en que se habla, no por obra del Estado español, sino por obra y gracia casi exclusivas del crecimiento de América y de las grandes perspectivas económicas que América presenta a la actividad y a la ambición extranjeras.

Yo creo que el crecimiento de esta lengua en el mundo no se debe abandonar al acaso y a la incultura de ávidos mercaderes.

España es quien más directamente y en grado más trascendental se beneficia con este movimiento universal hacia nuestra lengua, movimiento, repítase, provocado por América, no adrede, sino

por el hecho de existir y crecer ese almácigo de pueblos. Pero ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede desaparecer o aminorarse: bastaría con que los Estados Unidos—u otra potencia—impusiera su dominación política sobre algunos de aquellos países.

El ejemplo es de ayer: ya en Tejas no se habla castellano; y el castellano en Puerto Rico y en Filipinas está herido en el corazón. Sin llegar a tanto, ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede quedar reducido por muchísimo tiempo al argot complementario del negociante sin curiosidades ni preocupaciones de orden intelectual.

¿No convendría a España organizar en estos momentos propicios una metódica divulgación del castellano en el mundo? Lo que hace Francia por su lengua, ¿no podrá hacerlo España por la suya? Si la empresa parece difícil, bien: es digna de esforzados. Si cuesta caro, mejor: el dinero de la comunidad, en beneficio de la comunidad debe gastarse. Y en este caso se trata de una comunidad de naciones. Que esas naciones, de acuerdo, vean por su interés, que radica más allá de sus estrechos cálculos económicos. Pero aunque España sola debiera arrimar el hombro a la empresa, ¿le convendría esquivarla, so pretexto de dispendiosa?

Cara cuesta la conquista de unos áridos peñones moros y de unas tribus diseminadas en sus

tierras del Africa norteña. ¿Parecerá excesivo lo que se gaste—que será un poco menos—en conquistar en los pueblos más cultos a los espíritus más curiosos y en abrir horizontes magníficos al pensamiento español?

El movimiento ascensional del idioma español es tan espontáneo, que llega hasta esa Holanda, que ha abominado secularmente a España. Pueblo comercial, sigue Holanda la corriente del comercio. Y el comercio, como la luz, describe su parábola de Oriente a Occidente.

En Amsterdam, adonde veinte años atrás apenas iba algún americano o algún peninsular, y en donde sólo existían dos amsterdamenses con rudimentos de nuestro idioma, suelen ahora oírse conversaciones en español por los salones y comedores de los grandes hoteles. Ocurre que los "waiters" de los cafés os digan alguna tontería lisonjera en vuestra lengua materna: han estado en Méjico, en Argentina, en Cuba, en Curazao. Los Bancos que negocian con América como el Hollandsche Bank voor Zuid America, y las casas exportadoras por el estilo del Sindicato Holanda-Colombia necesitan y emplean un personal que conozca la lengua de Castilla. Es corriente que en los periódicos aparezcan anuncios en solicitud de dependientes que lean y escriban español.

Hasta las infinitas marcas de cigarros de Sumatra y Borneo, en ese país de fumadores y bebedores eméritos, suelen llevar ahora—a imitación

de las marcas de la Habana—títulos en nuestra lengua. Sólo que el castellano de Holanda resulta hasta el presente un poco claudicante, y a veces harto ridículo. Así, unos puros de Insulindia se llaman "Petitos bonitos"; otros, "Carolo"; otros, "La havannera"; otros, "Liberatoro"; otros, "Escarmena"; otros, "Es cosa". En la preciosísima avenida Dique del Amstel o Amsteldik, una casa muestra orgullosa, en gordas letras blancas, este escabroso rompecabezas: "Jodi-Debo en gran comercio".

Lo que está ocurriendo con nuestro idioma en los dos grandes pueblos sajones y comerciales es de sobra conocido; tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se van creando cátedras de lengua castellana en muchos centros docentes, no ya particulares, sino aun del Estado.

En Alemania también saca la cabeza. Por las calles de Hamburgo se oye el español a cada vuelta de esquina. Son, principalmente, los millares y millares de comerciantes alemanes de Centro, Sur-América y Méjico—máxime de aquellos países donde su comercio priva, como Venezuela y Colombia—. Casados en aquellas Repúblicas, y ya ricos, habitan luego con su familia americana, de fijo o transitoriamente, en la urbe teutónica, de donde salieron años antes con su lápiz de tenedores de libros y su juventud laboriosa por todo capital. Se da el fenómeno de que en todos los hogares así constituídos, la lengua que impera, aun-

que las mujeres y los niños las sepan ambas, no es la lengua alemana, sino la española. Huysman habla en alguno de sus libros—como se ve, la cosa no es de ayer—de las venezolanas de Hamburgo.

Otros de aquellos transeúntes hamburgueses que van charlando en español son comerciantes americanos en viaje de negocios. Otros son jóvenes que van a estudiar el alemán y el comercio, o, simplemente, de paseo. Entran por Hamburgo a Europa.

En las ciudades de Italia ocurre otro tanto, y aun tal vez en mayor escala con la Argentina. Pero el italiano y el español son afines a tal grado, que el producto de este connubio de lenguas, tanto en Argentina como en Italia, suele tener las deformidades o lacras del hijo de parientes próximos.

En Francia aun se piensa—aunque cada vez se piense menos—que estudiar y conocer las lenguas vivas extranjeras es ceder a influencias extrañas y contribuir a que la lengua francesa decaiga un poco de su rango, hasta ahora único.

Semejante error ha impedido a Francia a menudo poder penetrar la psicología de los demás pueblos, en ciertos íntimos repliegues, o por algunos segmentos de espíritus antagónicos al suyo, aunque sea Francia, como sabemos, pueblo de agudeza extrema, de perspicacia finísima, y aunque posea un numeroso personal adecuado, que la tiene al corriente de hechos y singularidades de cada pueblo Una pluma francesa—M. Jean

d'Orsay—ha escrito estas palabras: "*S'ils* (los franceses) *avaient mieux connu la mentalité anglaise, allemande ou américaine* (quiere decir yanqui) *il n'est pas exageré de dire que le traité de Versailles eut été meilleur pour nous et que toutes les conférences qui l'ont suivi auraient été plus fertiles en resultats.*"

Francia, con todo, en un esfuerzo práctico y vital para conocer a los pueblos que la rodean, reformó desde 1902 su enseñanza secundaria, modernizándola en punto a lenguas: el latín quedó sustituído por lenguas vivas, en unos casos y, en otros, conviviente con ellas. Para obtener el bachillerato francés, según se practica aquí mismo en Madrid, en el Instituto Francés, se estudia el latín y, al mismo tiempo, una lengua viva, por lo menos. Pero de estas lenguas vivas, las que más interesan en Francia, por diferentes pero comprensibles razones, son la inglesa, la alemana, la rusa y la árabe. El castellano queda relegado en sus preocupaciones a término secundario.

Si Francia no partiera sus límites de Occidente con una potencia hoy modesta, sino que sintiera la vecindad del vigoroso bloque de naciones hispánicas, pensaría de otro modo. Pueblo práctico, sabe acomodarse a la realidad.

¿Se sustrae Francia en absoluto, sin embargo, a la ola ascendente de nuestro idioma? Oficialmente, hasta cierto punto, sí; nacionalmente, no. En vano puede creer que nosotros estamos

obligados a conocer su lengua y que nada tiene que aprender de la nuestra. La ola ascendente, invasora, enorme, la arrolla. No hablemos ya del elemento fronterizo que conoce el castellano, porque ese elemento siempre existió. Hablemos del personal enorme que necesita ahora nuestro idioma para servir sus consulados, para acoger nuestro turismo, para vendernos sus industrias, para cultivar nuestro comercio. Hablemos de sus ingenieros que van a América, de sus "commis", de sus contratistas, de los que colocan capitales en aquellas tierras o de los que van a adquirirlo.

Podemos concluir así: el movimiento ascendente del idioma castellano va siguiendo en nuestros días la curva del crecimiento de América. El castellano prospera a medida que América aumenta en población, en bienestar económico, en estabilidad política, en exportación de materias primas, en capacidad de consumir productos extranjeros.

Esa conclusión es de evidencia rigurosa. Pero como nuestra lengua fué bendecida en la cuna por hadas generosas, podemos preguntar y responder:

¿Es eso todo? No. China es un mercado mucho mayor que América y el mundo no aprende chino.

III

EL ESTADO ESPAÑOL, EL PORVENIR DE AMÉRICA Y LA UNIVERSALIDAD DEL IDIOMA CASTELLANO

El mundo no aprende chino, aunque bastante le convendría saberlo. Mucha gente, en cambio, cultiva el idioma español, y parece disponerse a cultivarlo en mayor escala. El averiguar por qué pospone el chino al español nos arrastraría al otro extremo del mundo y de nuestro razonamiento. Declinemos, como el Sol, hacia Occidente.

Aunque el interés material—palanca de Arquímedes para infinitas dificultades—es el que está obrando el milagro de dar alas a este idoma español que durante siglos se arrastró terrero y lento, nuevas y más nobles curiosidades empieza también a despertar, por sí, la antigua lengua de Castilla, la lengua del *Fuero Juzgo* y de las *Leyes de Indias,* del Romancero de oro y de la novela picaresca; la máscula lengua de Mariana, la lengua conceptuosa de Calderón y de Gracián; la lengua elíptica de Quevedo y de Góngora; la lengua

generosa de Garcilaso y de Granada; la lengua para la que legislaron Bello y Cuervo; la lengua en que Sarmiento dijo del gaucho en *Facundo* y en que Andrés Bello cantó *La zona tórrida;* la lengua en que Bolívar habló de la libertad, Pi y Margall de las nacionalidades y Castelar de la democracia.

Se siente hacia nosotros un desperezo de brazos y un refluir de miradas. Se adivinan curiosidades. Se descubren espíritus sedientos de abrevarse en nuestras fuentes literarias.

¿No será llegado el momento de dirigir esas curiosidades que tantean? Lo primero para una lengua es producir obras maestras, que espíritus selectos se derramen en ella y manos de artistas la repujen y afiligranen; pero abrir vías a la comprensión de esas obras maestras y a la admiración de esos grandes pensadores y de esos delicados orfebres es obra útil, aunque modesta, y toca a todos, es decir, al Estado, que a todos representa, realizarla. Hoy, con respecto al castellano, culmina lo oportuno de la empresa. Y no sólo en España y para España. Por eso se preconiza el asocio de todos los pueblos que tienen por suya esta lengua, que con orgullo y con razón se llama lengua de Cervantes, a par de lengua de España, porque en ella se produjo ese hombre tan maravilloso, que él solo vale por toda una literatura, y con cuyo nombre puede sustituirse el nombre de un país.

¿Que por qué interesa también a los americanos la divulgación inteligente del castellano? Puede darse, entre muchas, esta razón: una parte, aun mínima, de la Humanidad advertimos que empieza a abrir los ojos, llenos de graves interrogaciones, para conocer el mensaje espiritual que trae a los hombres la nueva raza que aparece en el Nuevo Mundo, fecundado por el viejo genio latino. Sólo en España no se descubre, hasta ahora, semejante curiosidad. La razón no es que España nos conozca mejor, sino que la curiosidad intelectual y la agudeza psicológica no son españolas.

Y así la curiosidad por nuestra lengua, y por el espíritu al que sirve de vehículo, empieza, aunque muy poco a poco, a pasar del atareado escritorio de los mercaderes al tranquilo gabinete de los pensadores, de los artistas de la pluma: es decir, del hombre desinteresado que busca sólo ideas o nuevas emociones estéticas.

En casi todos los pueblos de Europa empiezan a aparecer hombres que nos miran en los ojos a los americanos, y no sólo en el bolsillo: los hay en Suiza, en Dinamarca, en Suecia, en Holanda, en Bélgica y, en mayor número, en las naciones grandes de Europa: en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Italia. Citarlos sería imposible: son legiones.

En los Estados Unidos los contaríamos por centenas, porque este país de Calibanes no carece

de idealistas. No debemos confudir, aunque se confunden, a los que allí están al servicio del imperialismo—o de una ambición nacionalista—con los que sirven las ideas. No es posible recordar sino a unos pocos; y primero al primero: Waldo Frank, el idealista, de noble y penetrante espíritu. Vendrían después Isaac Goldberg, escritor lleno de enjundia, el mejor crítico y divulgador de nuestras letras en Estados Unidos; Byrne Lockey, un pensador; Coester, que ha historiado nuestra literatura; Stevenson, que ha esculpido en prosa duradera a los héroes máximos de nuestra emancipación; muchos más. Y podría mencionarse entre las mujeres a Cecile Gilmore, a Edna Worthey Underwood, a Alice Blackwell Stone, a tantas otras.

Estamos lejos, por ventura, de aquellos tiempos en que se contaban con los dedos los hispanistas de todo el mundo y sobraban dedos.

Había uno en Inglaterra, uno o dos en Italia, uno o dos en Francia. El más notable era el inglés Mr. James Fitzmaurice-Kelly, que siquiera se ocupaba en su historia, aunque de modo somero, en los escritores contemporáneos. Los demás eran comentaristas de escritores pretéritos, de autores del siglo XVII, como aquel Morel Fatio, a quien he oído años atrás, en el Colegio de Francia, rastreros comentarios sobre el aquilino Quevedo. Esos extranjeros consideraban el español como una

lengua muerta, y la literatura española como una cosa fósil, de arqueología.

Todo esto ha pasado a la Historia, por fortuna.

* * *

Una hora decisiva ha sonado para nuestro idioma. Hoy es, o va llegando a ser, una de las dos grandes lenguas comerciales del mundo. ¿Es bastante? No.

Ello puede satisfacer la vanidad modesta de patrioteros de corrillo, declamadores y limitados; no la esperanza, fundada en la razón, de hombres que miran claro y lejos.

El espíritu de España ha ennoblecido y ennoblece este idioma clásico en que se escribieron *La Celestina, Don Quijote de la Mancha* y el teatro del setecientos; pero la fortuna y el porvenir del idioma español se vincularán, de hoy más, al porvenir y a la fortuna de América. En este sentido: el idioma español perderá en el mundo el puesto que va conquistando, en la medida que las Repúblicas de América pierdan en importancia política y económica, o sean absorbidas por vigorosos Estados extranjeros; se estancará si la evolución de América se estanca; crecerá si América crece.

Conocerlo ya es bastante. La política española tiene delante de sí ese horizonte nuevo. Y como el progreso es obra, en mucha parte, de previsión e inteligencia, vigorícense por la unión los

pueblos hispánicos y avigórese por la difusión el prestigio del idioma.

Difundirlo, difundir el castellano en el mundo, cueste lo que cueste, por medio de institutos y personas competentes: ésa debiera ser empresa constante del Estado español, ya solo, ya en asocio con los Estados de la América de habla hispana. Porque nuestra magnífica lengua, llegado a este recodo de su historia, puede aminorar su influencia en el mundo; pero puede asimismo llegar a ser, no sólo una de las dos grandes lenguas comerciales, sino uno de los primeros vehículos de la civilización, uno de los mayores agentes del pensamiento humano.

IV

INTERESES ECONÓMICOS DE LA ESPAÑA INTELECTUAL

La Sociedad de Escritores Españoles ha discutido en asamblea general ardua cuestión: el proteger la obra intelectual de España en los países ultramarinos de lengua castellana.

El régimen existente es, a todas luces, arbitrario. Se reproducen artículos en toda América, sin que el autor español se beneficie en un céntimo. Es más: algunos países reeditan libros, con detrimento económico del autor y del editor hispanos. Régimen injusto. Debemos acabar con él.

Ahora, ¿cuáles serán los medios más eficientes?

La Sociedad de Escritores Españoles abre su seno a la discusión de este punto. A ella pertenecemos escritores de Euro-Hispania y escritores de Hispano-América.

Si no se hace mención de los Congresos internacionales—por su mismo carácter internacional—puede decirse que es quizás la primera vez,

desde las Cortes de Cádiz, que americanos y españoles discutimos en el seno de un Cuerpo español, de que unos y otros formamos parte, problemas que a unos y a otros atañen. En las Cortes de Cádiz todos eran revolucionarios; pero unos querían la revolución, es decir, el progreso violento en el orden político, aquí, casi exclusivamente aquí; otros la querían aquí y allá: no se entendieron.

Ahora no sucederá lo mismo. Porque si los intereses en juego son menores, la equidad es mayor.

Los americanos comprenden que por el régimen actual se defrauda al autor de España. Los españoles comprenden que Orfeo tenía razón, y que el encanto de la armonía suspende, si no doma, a los animales más feroces. Y todos nos damos cuenta de que en los convenios internacionales, o intergremiales, como en los contratos entre particulares, si alguno se siente lesionado no está a gusto. Entonces ocurren las desavenencias. Y lo que se trata es de avenir.

¿Cuáles serán los mejores medios de avenimiento?

La Sociedad, en su última asamblea general, ha nombrado una Comisión compuesta de los señores Francos Rodríguez, Araquistain y Hernández para que estudie estos medios, de acuerdo con el señor ministro de Estado.

El que esto escribe ha renunciado al honor

de formar parte de dicha Comisión y al placer de servir esta vez a la Sociedad de Escritores Españoles, porque no cree que ese medio sea el más adecuado. Quizás lo sea; pero baste recordar que hace alrededor de cincuenta años el Gobierno español está insistiendo con los Gobiernos de las Repúblicas hispánicas para que se llegue a un acuerdo en este sentido, y poco ha logrado hasta ahora. Es verdad que asesorándose con la Sociedad de Escritores Españoles, de creación reciente, tal vez podría más. Por otra parte, el no creer que ese medio oficial, gubernativo, sea eficiente, no significa que se conozca otro mejor. Pero, ¿no podría buscarse? Encontrado otro medio, ¿no podría ensayarse? Y en caso de fracaso, ¿no habría tiempo de sobra para acudir al método oficial que ha hecho sus pruebas, sin éxito, desde hace medio siglo o algo así?

No debemos olvidar que la situación de recíproca y creciente cordialidad entre España y América no se debe a los Gobiernos de aquí ni a los Gobiernos de allá, sino al instinto de los pueblos y a la previsión y buena voluntad de algunos hombres. Los burócratas, con sus formalismos gélidos; los políticos, con su afán de éxitos inmediatos, no sirven a menudo para encauzar estas grandes corrientes de simpatía o antipatía que se producen por razones muy complejas. Sirven, a la postre, para darles forma adecuada.

¿Será llegado el momento de poner en manos de los Gobiernos, sin buscar ni ensayar otro medio, el arreglo de un asunto en que han fracasado tantas veces?

* * *

Lo más antipático y lesivo, respecto a la propiedad intelectual española en América, es la edición americana, clandestina y fraudulenta de libros españoles. Nada exculpa ni menos justifica, semejante saqueo a obreros de la pluma, que generalmente no viven sino de su trabajo. Pero aunque fueran millonarios, ¿por qué vamos a robarlos?

Recuérdese, a las volandas, cómo se produce el fraude.

Ocurre que el defraudador sea americano. Por algo somos nietos de Monipodio y hermanos de Pablos, el de Segovia, y de Guzmán, el de Alfarache. Casi toda la picardía española emigró a América. El parentesco con España despierta en nosotros escabrosas ideas. ¿De qué España somos hijos?

Pero otras veces el defraudador suele ser algún antiguo marqués italiano, de esos que ejercen todas las industrias, hasta la de caballeros, en nuestra América de aluvión; o algún honrado catalán que

suele olvidar su patriotismo de localidad para desvalijar a sus compatriotas del resto de la Península, o algún laborioso y benemérito gallego. Hasta se dice—no sé con qué fundamento—que casi junto con los libros nuevos de probable éxito llegan a veces ediciones de fraude hechas en Barcelona o Génova, y que figuran como editadas en Méjico, en Bolivia y, más corrientemente, en Uruguay.

Lo que sí es muy americano es el estado de espíritu que permite asestar semejantes puñaladas traicioneras a la honesta industria del libro.

Y esto es peor que aquello. Es peor el estado de espíritu nacional que permite el fraude, que el fraude mismo. Sin embargo, hasta ese estado de espíritu tiene, si no disculpa, explicación.

La mayoría de aquellos países americanos se resisten a celebrar tratados internacionales que garanticen la propiedad intelectual. Los induce a negarse la idea de que no existe paridad entre su producción exigua y la de los pueblos de Europa que nos excitan de tiempo atrás a celebrar tratados o a suscribir el convenio de Berlín.

Los induce a ello la idea de que necesitan evitar trabas a la cultura y su principal agente: el libro: la creencia de que el libro no es mero pasatiempo, sino factor de civilización, y de que todo cuanto sea civilizador debe acogerse y difundirse con el menor expendio.

Gente poco escrupulosa explota semejante es-

tado de espíritu, enemigo de los tratados y de la ingerencia de los Gobiernos respecto a propiedad literaria, y nace a la sombra de una idea protectora, nacionalista, el libro espúreo, la obra de fraude.

Lo relativamente raro de estos fraudes, a pesar de lo propicio del medio y el que lo practique con frecuencia gente de las colectividades extranjeras—principalmente española—, prueba el esfuerzo de los nietos de Monipodio para corregirse y elevarse a mayor jerarquía en el orden moral.

América llegará, no sólo a desear cultura, sino a pagar la que desee. El primer signo de cultura es respetar el pensamiento, y el segundo, respetar lo ajeno.

V

DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

¿SE IRÁ LA AMÉRICA HISPANA?

Por uno u otro motivo varios Estados faltan en la Sociedad de Naciones.

La Sociedad de Naciones ha venido funcionando sin Alemania. Como funciona sin Méjico, y sin los Estados Unidos.

España, Polonia y Brasil se retiraron por cuestiones de amor propio. Se convino a la postre en que todas estas potencias debían entrar o volver al seno de la Sociedad. Méjico se ha negado a ingresar reiteradamente. Tiene razón. Por adularle a los Estados Unidos—que después han dado un puntapié a la Sociedad—, se hizo a Méjico, al iniciarse la Sociedad, una descortesía. Méjico no lo ha olvidado. Tiene demasiada conciencia nacional para perdonar, sin previo desagravio. Alemania exigió entrar sola en el Consejo, sin España, sin Polonia, sin Brasil. Brasil se indignó de las pretensiones y el orgullo germánicos, que tienen mala memoria.

Con motivo de lo ocurrido en Ginebra recientemente—digamos entre Alemania y Brasil—, se han levantado voces en pro y en contra de la actitud de Alemania; voces en pro y en contra de la actitud del Brasil. Hay partidarios y adversarios de todo.

La más curiosa de las voces antibrasílicas es la de míster Amery, conocido, no porque su nombre diga nada por sí a la atención universal, sino por ser, en el momento de emitir su opinión, secretario de Colonias en el Gabinete inglés. Y resulta curiosa la opinión de este funcionario: desborda la cuestión brasilogermánica y se desparrama—inundación de mala voluntad—sobre todas las Repúblicas de América, excepto, naturalmente, los Estados Unidos.

Opina el apreciable Amery—si no lo calumnia el telégrafo—que las Repúblicas de América están de más en la Sociedad de Naciones. Ni por un momento piensa que la idea y la práctica de una Sociedad de Naciones nació precisamente en esa América española que él desearía expulsar de la Sociedad de Naciones actual.

Los sajones—ya lo veis—parecen incorregibles. Todo eso de la igualdad jurídica de los Estados son tortas y pan pintado en cuanto un Estado pequeño, con razón o sin razón, atraviesa su personalidad y estorba con su personalidad y su opinión el paso, la conveniencia y el capricho de los países mayores.

Ello no empece que el día de los apuros, tan grande Imperio como la propia Inglaterra movilice a sus personalidades más conspicuas—como el vizconde lord Bryce—y las envíe a esas microscópicas Repúblicas de la América del Sur... ¿A qué van? Van para prevenir la opinión pública en favor de Inglaterra. ¿Es todo? No. Van para que los barcos enemigos no encuentren, como en Chile, acogida que les permita aterrorizar en mares lejanos a los buques ingleses.

Rule, Britania, rule the waves,
Britons never shall be slaves.

Van también para que la América del Sur consienta en venderle las carnes de Uruguay, el trigo y las lanas de Argentina, los caballos del Brasil, el café de Venezuela, el azúcar de Cuba...

¿Es todo? No. Se aspira a que estos microscópicos pueblos entren también en lucha; y, al fin, se consigue que algunos de ellos, incluso ese mismo Brasil, que sirve ahora de cabeza de turco, declaren la guerra a los Imperios enemigos de Inglaterra y de Francia.

Por lo que se ve, el día de los apuros para Inglaterra—como para Francia—no hay amigo ni enemigo a quien no se tome en cuenta. Pero llega el día de la paz... y ya veis.

Sin embargo, a Inglaterra le hubiera sido fácil descubrir y proclamar qué intención siniestra,

enemiga de Europa, qué mano oculta y engarfiada podía estarse moviendo detrás de los desplantes brasílicos y del innegable derecho que asistía a Brasil de dar o negar su voto en cualquier asunto. ¿Por qué no lo ha hecho? Por excesivo respeto a los pueblos grandes.

Y reverso de la medalla: ¿por qué Alemania no tomó en cuenta el aviso preventivo de ese mismo Brasil, que condicionaba el voto de aquel país a la actitud de Alemania con respecto a la República luso-americana? Por excesivo desdén a los pueblos pequeños.

Ni hombres ni pueblos deben despreciar la opinión de los demás. Ese desprecio de la opinión universal fué uno de los errores psicológicos de Alemania antes de la guerra y uno de los factores de su derrota. Si es un error acordarse de los demás sólo el día trágico del crujir de dientes, error mucho mayor es el de no haber pensado en los demás ni siquiera el día de las decepciones. Alemania abundó en una soberbia que el éxito no iba a justificar. En llanto y en derrota pararon todas aquellas doctrinas de superioridad del dodicocéfalo rubio, y de que fuera de Alemania y otros pueblos de dodicocéfalos rubios todo en el mundo era vicio, decadencia, imitación e inferioridad.

Razas superiores, razas escogidas, razas sagradas, la vanidad las pierde, y la derrota, el descrédito y la humillación las obligan a bajar la

cabeza y a comprenderse, aunque un poco tarde, amasadas del mismo doliente barro humano que todas las otras razas.

En cuanto a ese míster Amery...

* * *

Con un voto de expulsión en Europa, con la espada de Damocles sobre la cabeza en nuestro propio continente, ¿irán a desaparecer las Repúblicas de Hispano-América? ¿Irán a desaparecer sin que el mundo las haya visto el alma? Rusia ha hablado; de los Estados Unidos ya sabemos lo que puede esperarse... Todos los pueblos nuevos han dicho su palabra. ¿No la dirá nuestra América? El mundo empieza a preguntarse quién somos, para qué servimos, si vale la pena de que vivamos.

Tan prócer espíritu como el de Romain Rolland, ante la amenaza que nos agobia por una parte y nuestro mutismo por otra, exclama con arrebato de generosidad:

"*Sería una desgracia enorme que los pueblos de la América latina desaparecieran antes de haber mostrado al mundo lo que son, antes de haber dicho el Mensaje que esas razas trajeron a la Tierra. Es de una urgencia angustiosa que la América hable, pronto, en todos los órdenes del pensamiento y la actividad.*"

¡Noble Romain Rolland, dénos tiempo y apoyo! Queremos y podemos vivir. No haya temor de una desaparición global, absoluta. En cuanto a nuestro silencio... No hemos dicho, es verdad, palabras definitivas. Pero no es eso lo triste; lo triste es que las palabras buenas que hemos dicho no las haya oído el mundo. Lo triste no es la esterilidad de nuestro espíritu, ni de nuestros actos, sino de nuestros medios de divulgación y nuestra ineptitud para ahuecar la voz. No somos razas que sepan despertar ecos simpáticos. Nuestro vehículo espiritual—la lengua española—carece hasta ahora de resonancia.

¿Actos?... Ayacucho creo que es un acto. El patíbulo de Maximiliano creo que es un acto. La revolución actual de Méjico creo que es otro acto ¿Espíritu?... Creo que la actual Constitución del Uruguay revela un alma. Todo nuestro pensamiento, desde el padre Las Casas hasta Bello, desde Bello hasta Rodó, y toda nuestra poesía, desde Netzahualcoyotl hasta Olegario Andrade, y desde Olegario Andrade hasta Rubén Darío, ¿no revelan un alma colectiva orientada hacia los sueños más generosos del Derecho, de la Justicia y de la hermosura moral y física?

¿Mensaje? Somos aún de ayer. No hemos dicho todavía nuestra última palabra a la humanidad... Ahora mismo está viviendo Europa, sin casi saberlo en sus Congresos Internacionales —Congresos de pueblos, no de meros Gobiernos—

y en sus sueños de cooperación internacional, de las utopías y obras del mayor de los hijos de las tres Américas. Una de estas utopías de Bolívar—la Sociedad de Naciones—la remoza y realza, cien años después, con el prestigio de un gran pueblo y la oportunidad del momento, el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson.

Al revés de la América sajona, la América latina representa en su sociedad y en su legislación el abrazo, sin exclusivismos, de todas las razas de la Tierra. Al revés de la América sajona, a quien toca en suerte, como en la obra de Renán, sacrificar al iniciador y sustituir una civilización muy compleja y muy refinada—la civilización de Europa—con una cultura basta y muy inferior—la cultura yanquilandesa—, la América latina es la heredera y será la salvadora de la cultura latina de Europa.

Hemos tenido atroces Gobiernos y ferocísimos tiranos. ¿Qué pueblo de Europa no los tuvo? En nuestro caso ello no significa sino transitoria sobreposición de la parte peor y retardataria de nuestras sociedades en fusión sobre la parte pura y mejor, que al fin se impone. Aun en los momentos de más efectivo eclipse, no dejaron de brillar en nuestras prédicas los más generosos sueños de igualdad ciudadana, de igualdad entre Estados, de justicia en las leyes, de magnanimidad en la justicia. Y después del eclipse, estos

ideales han vuelto siempre a ser norma y único altar perenne de nuestra fe política.

* * *

No nos iremos de Ginebra, míster Amery. Tenemos que representar allí el espíritu liberal del mundo contra la Europa más reaccionaria, a la cual se agrega, desde fuera, una Yanquilandia hoy reaccionaria también.

Tenemos que representar el espíritu y las reservas del porvenir como lo hicimos ya, un siglo atrás, cuando a la obra tenebrosa de la Santa Alianza de Tronos y de Altares respondimos consagrando nuestro continente a la Libertad y a la República.

VI

EL LIBRO ESPAÑOL

Los señores que me han precedido en este ciclo de conferencias organizadas por la Cámara Oficial del Libro han realizado obra amena, instructiva y práctica. Con el mayor acierto han discurrido, profesionales doctos, sobre la fabricación del papel (don Nicolás Urgoiti), sobre la confección técnica del libro, sobre la industria editorial, sobre autores españoles (don Ramón Pérez de Ayala), sobre las bibliotecas del Estado (el conde de Vallellano), sobre las bibliotecas de Cataluña y, por último, sobre las relaciones de la Prensa y el libro (don J. M. Salaverría).

Ya está el libro español en la calle. Sabemos cómo nació, cómo se desarrolló, cómo se hermoseó. Ha entrado en contacto con el público. ¿Cuál será su destino? ¿Por lo menos su destino inmediato? El libro español, encontrando estrechos los límites de su patria nativa, pasa el mar, glorioso emigrante, y llega a América. Mi tema será, pues, el libro español en América.

Olvidaré, mientras hablo, que mi profesión es la de escribir libros propios; pensaré sólo que también me ocupo en publicar los ajenos. Editor de libros, os hablaré como editor; es decir, como industrial.

Honrado inesperadamente con la invitación a hablaros, expondré mis ideas, sin entrometerme a inquirir, y menos a lisonjear, las del auditorio. A espíritus libres, se les debe hablar libremente. Esa, además, es la manera más digna de corresponder al honor que me hacéis invitándome a vuestra magnífica ciudad, a esta gran Barcelona, emporio del Mediterráneo, que sorprende a cada visita con nuevo encanto sugestivo y que, más feliz que las mujeres, embellece madurando.

* * *

El libro, en cuanto negocio, es un producto comerciable como cualquier otro producto. Su desarrollo y decadencia, en cuanto objeto de comercio, obedecen a las mismas razones que cualquier otro efecto de la industria humana.

El libro español va a América porque en América, en la América de lengua castellana, tiene su mercado más extenso. Más feliz que el libro ruso o que el libro holandés, se produce en una de las más gloriosas—y cada vez más difundida—lenguas de la civilización. Más feliz que el

libro alemán, o que el libro italiano, o que el libro escandinavo, aguardan al libro español, apenas sale a luz, no cierto número de capitales de provincia dentro de los estrechos límites de un Estado, sino vasto conjunto de capitales de Pueblos. El libro español posee un público de Naciones. Una comarca árida, seca, pobre, de genio bronco y áspero, perdida en alta meseta lejos del mar civilizador e itinerante, en el extremo suroeste de Europa, ha producido la maravilla de difundir por mares y continentes su oscura lengua, hoy claro vehículo espiritual de razas y subrazas distintas.

Cien millones de lectores corresponden ya al libro español en lengua de Castilla. Dentro de medio siglo, dentro de un siglo, dentro de mayor tiempo, ¿qué ocurrirá?

La mayoría de los pueblos de idioma castellano son pueblos que nacen apenas y que crecen "quemando etapas." Sólo a la lengua de Shakespeare sonríe porvenir tan espléndido.

Si el libro es, por uno de sus aspectos, mera mercancía como el bacalao seco o el tabaco en rama, o los tejidos de seda, es, por otros aspectos, algo más complicado. De estos otros aspectos no puede prescindirse, ni siquiera cuando se considere el libro exclusivamente como objeto comerciable.

* * *

Al fabricar un efecto industrial, o cuando se propone fabricarlo, ¿en qué piensa, lo primero, el fabricante? Lo primero que piensa es en la utilidad de aquel objeto con relación al público a que se le destina. Si el productor se preocupa de relacionar sus productos con el público que los va a consumir, los vende; y si no, no.

Permítaseme una digresión pertinente.

Existen en Europa y en los Estados Unidos muchas industrias de objetos destinados, en modo exclusivo, para la exportación a América. Los machetes—anchas hojas de acero, largas de casi un metro—, inseparables del campesino de mi país, los fabrica expresamente Inglaterra para aquellos campesinos. Lo propio ocurre con otros útiles agrícolas, desde el arado triptolémico, ya sólo en uso en algunas regiones atrasadas del trópico americano, hasta los rudimentarios trapiches de cilíndricas muelas de hierro.

Recuerdo que un muchacho pueblerino, compatriota mío, se presentó en Nueva York, donde yo, también mozuelo, acababa de llegar. Hicimos migas. Una tarde, andando por Broadway, nos dirigimos a vistosa perfumería. Mi amigo pidió una botella de Agua Florida, un agua de tocador—suerte de Agua de Colonia yanqui—muy mala y muy popular entre la gente pueblerina de los más atrasados pueblucos nuestros.

No sabíamos expresarnos en la lengua extranjera: vino un intérprete. Y el intérprete nos ex-

plicó que aquello no existía en el comercio al menudeo de Nueva York: era un producto de exportación. La oleomargarina nociva que enlatan y nos expenden como manteca de cerdo, tampoco la consumen ellos: ahí estamos nosotros para esos y otros productos que nos exportan.

Un tiempo, quizás, comieron ellos oleomargarina hasta que intervino probablemente la higiene oficial; tal vez en alguna época los elegantes de Nueva York se lavaban con Agua de Florida, hasta que se refinó el gusto o progresó la industria de la perfumería. ¿Cesaron de producirse aquellas mercancías, ya en desuetud en el país de origen? No. Aquellas mercancías obsoletas eran nuestro encanto; y los yanquis continuaban, laboriosamente—¡aun recuerdo aquellos prospectos en el tocador de las criadas!—cultivando nuestro mal gusto, apestándonos con su Florida y envenenándonos con su oleomargarina. Eran comerciantes, no filósofos ni moralistas; hacían bien.

En ciertas Repúblicas de tierras cálidas americanas, acostumbran las mujeres pobres—que son la inmensa mayoría de villorrios y campos—vestirse con una tela muy ligera que nombran, no sé por qué, *zaraza*. Hacíase y hácese gran comercio de esos géneros sutiles y vistosos.

Mientras no fueron de fabricación nacional, Inglaterra los surtía. Pero Alemania se interpuso. Los viajantes alemanes recorrían los más de-

siertos y ásperos territorios andinos; iban hasta los más remotos pueblos orinocenses, y con la sonrisa en los labios y en muy comprensible español, enterábanse no sólo del consumo corriente, sino de las preferencias del consumidor. Pertrechados de conocimientos prácticos, encamínábanse a Hamburgo los viajantes y encargaban lo que habían menester. ¿Qué sucedía luego? Sucedía que de retorno en América, ya podían esos viajantes ofrecer—y ofrecían a ínfimo precio—la tela con que soñaran las aldeanas para seducir a los hombres en las vueltas y compases del *joropo*, para enganchar al novio vacilante, o para rivalizar, en las mañanas del domingo, al salir de la iglesia, con las burguesas de otro burgo o las campesinas de otro campo.

El reverso de esta medalla lo ofrece el francés.

Los franceses, con su aguda manía eterna e incorregible de sindicar de mal gusto lo que no es del gusto francés, y víctimas del empeño anticomercial de imponer lo suyo a todo trance, sin consultar la conveniencia ajena, operan de otro modo y, naturalmente, con éxito a veces mediocre, a veces nulo. Preséntase el *commis voyageur*, hablando en su pulcro y delicioso idioma que nadie le entiende a derechas en aquellos ignorados e ignorantes pueblecitos de la cordillera andina, o de la costa del Pacífico, o de los Llanos tórridos o de los cauchales bárbaros; y pueblecitos de los cuales se burla porque

no tienen cafés cantantes, ni Opera Cómica, ni grandes almacenes, ni grandes bulevares—*pas même de grands boulevards*—, ni casas de muchos pisos, ni se parecen a París. ¿Qué quiere vender? Perfumería de marca, sedas de Lyon, cuando no pieles de marta y abrigos de Astrakán. Quiere vender, en suma, artículos por allí inútiles.

Y este proceder comercial, llamado al fracaso en la competencia con más sagaces agentes de expendición, me recuerda el caso de algunos vendedores españoles en el siglo XVIII.

Entonces no existía, en lo que toca a América, la concurrencia. El colono debía comprar por fuerza lo que ofrecía la metrópoli. Y ¿adónde se llegó? Se llegó, por una parte, a vivir del contrabando; y, por otra, se llegó a la revuelta primero y, más tarde, a la revolución. Tan se vivía del contrabando en América durante el siglo XVIII y hasta la época de nuestra emancipación en 1810, que los buques españoles que llegaban no eran suficientes para abastecer aquellas poblaciones. La flota salida de Cádiz en 1720 sólo alcanzó a 6.000 toneladas. Necesitábanse y consumíanse muchísimas más. Cuando se permitió que otras naciones pudiesen enviar sus buques a los puertos de América, ¿qué ocurrió? Mientras la metrópoli nos mandaba cuarenta y menos buques por año, los de otras naciones pasaban de trescientos.

¿Cómo se pudo tocar a semejantes extremos? Vais a verlo con un ejemplo. Y este ejemplo os servirá asimismo para haceros ver cómo la ineficacia y la tiranía comerciales, económicas, pudieron conducir, aliándose con factores de orden político, a la revuelta.

En 1780 se levantó en armas contra los dirigentes españoles del virreinato peruano un descendiente de los Incas, llamado Tupac Amarú. Este indio y su revuelta de aborígenes fueron fácilmente vencidos, y luego castigados con extremo rigor. ¿Qué razones aduce el nieto de los Incas, ya preso y procesado, para explicar su rebelión?

Aduce, entre otras razones de mucha cuenta —de tanta cuenta como la esclavitud política y social de su raza india—, la tiranía comercial que los encorva y arruina. Se les obliga a los indígenas a comprar al mercader y al encomendero—oíd—"*terciopelos, medias de seda, encajes, hebillas, ruan, como si nosotros los indios usáramos estas modas españolas.*"

Ya conocéis, pues, uno de los motivos de aquella inorgánica revuelta.

En nuestros días, aunque se conquisten a cañonazos los mercados, nadie impone a cañonazos la compra de tales o cuales mercancías.

La concurrencia, por lo menos con respecto a la América de lengua castellana, queda abierta a todas las actividades.

Y ahora volvamos al libro español.

¿Ha sido extemporánea esta larga digresión? Quizá no. Hemos querido ver y hemos visto con ejemplos—y no con razonamientos—que si el productor se preocupa de relacionar sus productos con el público que los va a consumir, los vende; y si no, no. O sólo los vende, cuando puede, a palos, y ésta es pésima política comercial que, al fin, arruina.

* * *

Estamos considerando el libro como una mercancía, como objeto comerciable. Conviene preguntar: ¿ha pensado alguna vez el autor español en los gustos y preferencias del público que va a leerlo en América, del mercado en donde vende en mayor escala su producto, su libro?

Debemos adelantarnos a contestar que no.

Y ahora preguntamos de nuevo: ¿un autor español o de donde sea, debe, puede, al sentarse a escribir, pensar en el público o los públicos que van a leerlo y escribir, en consecuencia, de tal o cual manera?

Debemos adelantarnos a contestar rotundamente: no. Y agregaremos que si tal hiciera no sería un escritor digno, sino un canalla con la pluma en la mano.

Y hemos llegado a otro aspecto de la industria

del libro: al aspecto psicológico de la producción.

El libro es una mercancía en cuanto negocio, un objeto comerciable; pero es algo más, como vehículo directo del espíritu de un hombre —el autor—y de una raza: la raza a que ese autor pertenece.

El fabricante alemán puede pintar la *zaraza* y enrarecer el tejido o adensarlo, según exija el remoto comprador tropical; pero el autor de una obra no puede consultar el espíritu de otros pueblos, sino obedecer a su propio temperamento de autor y dejarse llevar—siempre se deja llevar subconscientemente—por los oscuros y eficaces impulsos de su alma y del alma de su raza.

En el negocio de exportación de libros debemos, pues, contar, como en todo negocio de exportación, con el público que va a consumir lo que exportamos. Debemos asimismo darnos cuenta de que la mayoría de los productos de la industria puede amoldarse y se amolda al capricho del cliente: este producto libro, no. El champaña—insístase—podemos dulcificarlo o convertirlo en *extra dry;* los tejidos podemos asombrarlos o pintarlos de colorines; pero el producto libro no puede encargarse al gusto del consumidor.

Para vender libros es necesario que entre el autor y el público existan simpatías de orden psicológico. Estas simpatías me parece que pueden

existir entre un pueblo de tal o cual idioma y autores de lengua diferente; y que pueden no existir entre autores y pueblos de la misma lengua.

Si los hispano-americanos tenemos y demostramos profunda simpatía por la cultura—y en especial por las letras de Francia—, y si esta simpatía perdura al través de los tiempos y las vicisitudes de la vida de relación internacional, no será por capricho ni por moda—que cambiarían de una generación a otra—, sino porque esa simpatía corresponde a ciertas necesidades psicológicas.

En este sentido creo, y lo expongo con lealtad, que toda aquella producción intelectual española que tiende a continuar la tradición de la España negra—de la peor España: católica, monárquica, académica—, está llamada a ir mermando cada vez más su influencia y su negocio en los países hispánicos del Nuevo Mundo. Porque la escisión entre ese espíritu y el espíritu de América es evidente; y la comunidad de lengua no sirve sino para demostrarlo mejor.

Por el contrario, la España nueva, la España que anda, la España del porvenir, la España socialista, la España de grandes valores intelectuales vivos y activos, el espíritu rejuvenecido de España se encuentra en fraterna alianza con el espíritu de América. Por sus instituciones, por sus costumbres y por su ideología, América es, quiere

ser, un continente de vanguardia revolucionaria. Un país de la Edad Media no podría interesarle.

* * *

Resumamos, pues, antes de exponer algunas cifras que pueden enseñarnos con su elocuencia escueta, si antes las vivifica y les da sentido el comentario.

Para la venta de libros, como para la venta de cualquier objeto, debe existir relación de inteligencia, de tácita inteligencia, entre el productor y el consumidor. Esta relación de inteligencia, ligerísima cuando se trata, pongo por caso, de botones de búfalo o de cestos de mimbre, llega a ser profunda, llega a estrecha simpatía psicológica, cuando se trata de libros. El productor de libros, el autor, no puede, si es hombre de valer y de sinceridad, producirlos de esencia diferente de como los produce, porque no está en manos de nadie cambiar lo más sincero y hondo en el espíritu de las razas.

Los hijos de América compran y comprarán tanto más las obras españolas cuanto más cerca esté el espíritu de los americanos del espíritu español que las inspira y crea.

Esto lo sienten, hasta por mero instinto, todos los hombres libres y cultos de España. Esto lo sienten con vehemencia aquellos patrioteros es-

pañoles que, considerando el libro sólo por su aspecto cultural, desearían imponernos a los americanos el libro español por los mismos procedimientos que imponía el encomendero de antaño las medias de seda fina y los jubones de terciopelo a los indios de Tupac Amarú.

El camino es otro. El camino es descubrir el fenómeno psicológico para estudiar luego y comprender mejor el fenómeno económico.

El camino es acercar al pueblo fundador y a los pueblos que de él nacieron. Y ver hasta qué momento del futuro, hasta qué recodo del destino podemos andar juntos. Para mí el problema es claro. España penetrará en la nueva América en la medida en que se modernice tanto en instituciones políticas, como en estética, en ciencias, en filosofía, en economía y en procedimientos industriales (1).

El acercamiento moral de dos pueblos, de los cuales uno es hijo del otro, existe siempre en mayor o menor grado. Se parece al de ciertos árboles alejados en el espacio, a la vista del hombre; pero que entrelazan y confunden sus raíces bajo la misma tierra que los nutre de la misma sustancia. Este acercamiento de España y sus hijas, las Repúblicas de América, tiene, como el subterráneo contacto de los árboles, ocultas raíces firmes que se estrechan en los silos de donde nacen.

---

(1) Esto es precisamente lo que repitió, años más tarde, el médico español de Buenos Aires don Avelino Gutiérrez.

Pero el américo-hispano ya no es el euro-hispano, por el cruce con distintas razas americanas y europeas y, aun en ciertas zonas, con elementos del Africa. Aunque se hubiera conservado puro, sin injertos, el español sería hoy en América muy otro de como es en Europa: lo habría transformado la acción, durante cuatrocientos años, de influencias mesológicas, telúricas, diferentes de las de la España originaria.

Este español de América, este hombre nuevo, el hispano-americano, carece hasta ahora de una vernácula cultura nacional. Su cultura es refleja. Pero queremos crearnos una cultura propia, empezamos a creárnosla y—estad seguros—la crearemos. Esa cultura tendrá como factor principalísimo la cultura de la Europa latina, y por fundamento indestructible la secular, la gloriosa, la enérgica, la magnífica cultura del pueblo que nos dió la mejor de nosotros mismos, que nos transmitió su sangre, su lengua, su fe, de ese gran pueblo con el cual convivimos por espacio de siglos y del cual no podemos ni queremos hablar sino con afecto y veneración.

* * *

Veamos lo que está ocurriendo al presente en el orden económico.

España vende libros a América—todos los edi-

tores lo sabéis—por valor de ocho a diez millones de pesetas al año.

Esta cifra sería mucho mayor si España centralizase todo el comercio de libros españoles—o mejor dicho, en lengua española—con la América latina; y si Francia, Estados Unidos, Alemania—y ahora Inglaterra e Italia—no le estuvieran disputando el terreno. Para que se alcance la importancia de esta concurrencia, diré que una sola de las casas extranjeras competentes, la casa Garnier, de París, realizaba hasta hace poco—y digo hace poco porque no tengo informes de la reciente postguerra—un comercio americano que ascendía a dos millones de francos oro por año.

La mayoría de las casas españolas anda muy lejos de tales cifras.

La librería extranjera de lengua castellana perjudica, pues, enormemente, en el mercado de América, a la edición española. En España gritan, sin enterarse a derechas del asunto, y dicen que la cultura española padece, que los extranjeros venden malas traducciones, llenas de erratas, etc. No hay tal. Las traducciones extranjeras que preparan esos rivales de la edición española no son, con raras excepciones, mejores ni peores que las de aquí; y, en cuanto a presentación, puede afirmarse otro tanto. Las ediciones de Garnier son generalmente buenas; y las de Ollendorff, aún mejores.

No será por las erratas que venden sus libros,

ni porque salgan en guirigay. ¿Por qué los venden? ¿Qué facilidades dan para la venta? ¿Cómo divulgan sus obras? Y, principalmente, ¿qué venden? Eso es lo que debe inquirirse. Fijémonos de preferencia en esto último. ¿Qué venden? Se dice que libros españoles. En esto se comete una anfibología. No venden, por lo común, obras españolas, aunque vendan obras en lengua española. Yo invitaría a que se repasase, con el lápiz en la mano, el catálogo de Garnier o el de Bouret o el de Ollendorff, para no salir de Francia, que es, hasta ahora, la mayor concurrente de España en punto a libros. Se verá que venden, relativamente, muy pocos libros de autores españoles. Garnier vende clásicos castellanos y algunos autores modernos, pocos buenos, la mayor parte de segundo y tercer orden; Ollendorff no tiene escritores españoles, viejos ni nuevos; Bouret muy pocos. ¿Qué venden, pues? Venden traducciones del francés y venden libros americanos.

Nadie en España supo ver que se podía explotar con provecho al autor en América... por lo menos en América. Se creía y se cree, se decía y se dice, que allí no existe nada que valga. Y yo respondo que el editor español, por lo general, carece de sentido de adivinación; y, a veces, de sentido común. Y el librero español en América—inmigrante ignaro o patriotero vulgar—, es peor aún. Para él un libro de Montalvo, o de

Martí, o de Sarmiento, o de Baralt, o de Caro, maestros del idioma español, es y debe ser inferior a una novela asquerosa y mal escrita de cualquier oscuro pornógrafo peninsular. Con un criterio absurdo desdeña el libro americano—que honra la lengua materna—y exalta el del pornógrafo o mediocre productor europeo que deprime esa lengua y deshonra el espíritu nacional. Así obra el estrecho patriotismo de algunos bárbaros.

Yo mismo, que os hablo en este momento, y que estoy lejos de imaginarme un águila, pero que tengo dos ojos en la cara—y acostumbro emplearlos para ver—, advertí, apenas llegué a España en 1914, que en España había un filón por explotar con el libro de América. Y me convertí en editor. He publicado, sólo de libros americanos, cientos de volúmenes de 1915 a la fecha; y he podido comprobar que el libro americano se vende tan bien como el de otra nacionalidad y, en muchos casos, mejor.

Diréis que esto no es hablaros del libro español en América, y yo me permito responderos que sí, y que hay que relacionar las cosas para comprenderlas a cabalidad.

* * *

La guerra lo trastornó todo en Europa y América, unas cosas en bien, otras en mal. El co-

mercio de libros en lengua española entra en el número de los trastornos beneficiosos para España y para la misma América.

Antes de la guerra existía en París un centro poderoso de irradiación del libro en idioma castellano hacia la América de ese idioma. Revuelta y ensangrentada Europa, los yanquis aprovecharon las circunstancias y centuplicaron su producción de libros en lengua de Castilla. Pero el centro de irradiación no pasó de París a Nueva York, sino de París a Madrid. Madrid y Barcelona tendieron a ser las metrópolis únicas del libro en castellano. El comercio de libros se intensificó, nuevas y poderosas casas nacieron—algunas con capital extranjero, pues el capital extranjero supo ver claro—, las obras se presentaron con más lujo y más gusto, fueron más dignamente remunerados los autores y salieron a la luz más y mejores libros. Asistimos a un renacimiento de las artes mecánicas del libro, que ha coincidido, por fortuna, con un renacimiento del espíritu hispano.

España había abierto los ojos. Pero también los abrió América. Y si en España se fundaron casas editoras, en América también se fundaron. Aunque sólo citáramos una de cada país, pudiéramos contar una larga lista: la Cultura Argentina, Ediciones de México Moderno, Ediciones de Cuba Contemporánea, la Cultura Venezolana, Arboleda y Valencia, de Bogotá; y otras ca-

sas en Lima, Montevideo, San José de Costa Rica, Santiago de Chile, etc.

Estas Empresas publican obras de autores nacionales y libros europeos favoritos de aquellos públicos. Esas Empresas que cito mantienen su actividad dentro dè los límites del decoro profesional, hacen concurrencia al libro de España. Las ediciones fraudulentas, práctica abusiva, también compiten y compiten alevosamente con el editor de la Península. De las ediciones fraudulentas hablaré dentro de un instante.

Las circunstancias en que se desenvuelve la reciente industria del libro americano no le son del todo propicias todavía; y favorecen, en consecuencia, la industria y propaganda del libro español en América y del libro extranjero traducido y divulgado por el editor de España.

La mano de obra, que es cara en América; el alto precio del papel importado, mientras no se reduzcan en su obsequio, como elemento de cultura, las tarifas aduaneras, y siempre subido aun cuando el papel se produzca en el país que lo consume; el permanecer localizado en ciertos centros el hábito, el amor de la lectura, la geografía de aquel enorme continente, la carencia de vías múltiples y rápidas de comunicación y el no abundar países lo bastante populosos para consumir ellos solos y en corto tiempo la mayor parte de las ediciones, son causas—unidas a otras concausas—de que no haya prosperado en Amé-

rica, hasta ahora, en la debida proporción, la industria editora.

Como semejantes dificultades no pueden removerse de la noche a la mañana, la industria española del libro no tiene por qué alarmarse. Más tarde, quizá tampoco tenga por qué dar en la inquietud: si cambiasen las condiciones del mercado en América—que sí cambiarán—a la industria española del libro le bastaría con cambiar ella también de procedimientos, con mudar de sede, o bifurcar su actividad, convirtiéndose en industria del libro español en España y del libro americano en América; o con más latitud, convirtiéndose en industria del libro español y americano en España y del libro americano y español en América.

Esta mera suposición repugnará en España—estoy seguro—a los espíritus pétreos y conservadores, enemigos de revoluciones y aun de evoluciones. Las evoluciones y aun las revoluciones, sin embargo, se cumplen automáticamente, a despecho de aquellos que las repugnan, las niegan y hasta las combaten.

La industria americana del libro tropieza con serias y persistentes dificultades: los obstáculos geográficos parecen los más difíciles de dejarse vencer. Pero lo difícil no es lo imposible. La palabra imposible tiende a desaparecer del lenguaje humano. La voluntad del hombre es más granítica que el granito, más honda que los mares,

más leve que la atmósfera, y puede salvar las distancias y colmar el vacío. Lo ha hecho; ¿por qué no seguirá haciéndolo? Ya el avión, en pocos años, acerca a los países americanos entre sí, más que el caballo de vapor durante un siglo.

El libro español se difunde por todas las Repúblicas: abraza un área inmensa; y esa área inmensa le es necesaria para abarcar toda la población lectora esparcida y dispersa por aquel continente. El libro producido en América no puede competir, todavía, en difusión extensiva, con el libro español.

Vamos a explicar por qué.

* * *

Las Repúblicas americanas, como sabéis, forman distintos grupos. Los pueblos que integran cada uno de estos grupos sostienen entre sí relaciones más o menos estrechas; pero ya las relaciones de un grupo a otro grupo son, por las distancias, más dificultosas, y en algunos casos, nulas.

Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, por la vecindad y medios de comunicación, forman un grupo.

La América del Centro, que no es lo que suele llamarse aquí anfibológica y tudescamente "Centroamérica"—*Mittelamerika*—, confundiendo la

geografía física con la geografía política de nuestras Repúblicas, la América del Centro y Méjico forman otro grupo.

Venezuela, Cuba, Colombia, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, otro. Ecuador se vincula por el Norte con Colombia, por el Sur con Perú. Bolivia y Perú constituyen bloque. No hablo—entiéndase—de vinculaciones políticas.

Los países que integran cada grupo comunícanse entre sí con facilidad, por lo menos relativa: ya se expuso; pero es menos corriente la comunicación entre los distintos bloques de pueblos, o mejor dicho, entre los pueblos que integran uno de estos bloques con los pueblos que integran otro. Las relaciones del grupo argentino-chileno, etc., con el grupo colombo-cubano-venezolano o del grupo Méjico-centroamericano con el bolivio-perulero, son hasta ahora, por la naturaleza del continente y por escasez de vías de comunicación, bastante dificultosas. No trato desde luego de relaciones políticas ni de relaciones afectivas, relaciones que en América, mientras más distan unos pueblos de otros, mejor se conservan.

Y la razón de esas dificultades de comunicación a que me refiero estriba en lo siguiente: produciendo casi todos aquellos pueblos materias semejantes, tienen poco que traficar entre sí, mientras que todos encuentran en la Europa industrial lo que les falta y quien les compre lo que ellos cultivan o crían.

Pero las producciones, si semejantes a veces, no resultan siempre idénticas: algo tienen que venderse unos a otros. Unase a éstos, motivos de más complicado orden económico y de trascendental orden político, y se comprenderá por qué esos pueblos hermanos tienden más y más a unirse y comunicarse. No es raro leer en la Prensa de esas Repúblicas avisos por el estilo: *Los señores X. X., exportadores* (de tal casa) *solicitan relaciones en la República* (otro país) *con casas importadoras.*

Las comunicaciones materiales entre las distintas Repúblicas de América tienden a mejorar; y vosotros, editores de España, debéis abrir los ojos por lo que os importa. Ya existen—y seguirán en aumento—comunicaciones aéreas entre países muy distantes uno de otro. Al ferrocarril interamericano, que atraviesa el continente de Norte a Sur, le faltan pocos entronques de unos con otros caminos de hierro nacionales, en países limítrofes, para convertirse en viviente realidad. Una Compañía chilena de navegación comunica a casi todas las Repúblicas del Pacífico: Chile, Perú, Ecuador, Colombia; ya toca en Panamá, y pronto arribará hasta Méjico.

Todo esto influye e influirá decisivamente en el negocio de libros españoles en América y amenguará la venta de esos libros, si continúa haciéndose como hasta ahora. Pero no hay mal

que por bien no venga. Si la industria española del libro, negándose a adaptarse a nuevas circunstancias, resultase perjudicada, España, con la más íntima y cohesiva unidad de América, sale a la postre gananciosa, no sólo por razones de economía sino por razones más trascendentales, de que no es aquí oportuno tratar.

El editor español no debe desesperar. Aun en las peores hipótesis, siempre quedará mercado inmenso para el libro español, para el libro español selecto, que pueda competir no sólo con el libro americano, sino con el libro francés, italiano, inglés, alemán, por América muy difundidos, máxime el primero. Los demás, por el orden en que se citan.

Pero desde ahora conviene abrir los ojos a la evidencia y hacerse cargo de las circunstancias. América, hasta ahora consumidora de libros, está cambiándose de país consumidor en país productor.

Llegará un día, lejano aún, en que la situación de España con respecto a nosotros y en punto a libros sea igual a la de Inglaterra con respecto a los Estados Unidos. En los Estados Unidos se publican más libros y más revistas que en Inglaterra; sin embargo, el libro inglés sigue vendiéndose, cuando es bueno, en la América sajona.

* * *

¿Os parece que exagero? Lo veremos con números. A pesar de las dificultades ya expuestas: mano de obra cara; enormidad de las distancias, aun dentro de cada República; deficientes comunicaciones nacionales e internacionales, ¿no se nota hoy mismo en España la incipiente actividad editora de aquellas Repúblicas? ¿No se percibe esa actividad de reflejo en el negocio español del libro? Contestaré con las cifras que os he prometido.

Y para no fatigaros consideremos el caso en sólo dos países: uno del Sur, Argentina, y otro del Centro, Cuba, aun descartando voluntariamente a tan gran comprador de libros como Méjico. Las cifras que aduciré y que hablarán por sí, las creo inéditas, y proceden—debo decirlo desde ahora para que les deis crédito—de fuentes oficiales: del Consulado de España en Buenos Aires, unas; del Consulado de España en la Habana, otras.

En Argentina se importaban de España, en 1916, 724.424 kilogramos de papel impreso. En el primer trimestre de 1920 se importaron sólo 85.107 kilogramos. Lo que daría, para los cuatro trimestres, 340.428; es decir, menos de la mitad que en 1916. Pero como estos dos años, tomados aisladamente, no dicen todo lo que pueden decir, os formaré un cuadrito donde se palpe, año por año, la disminución.

1916	724.424	kilogramos de papel impreso
1917	606.877	» » » »
1918	548.028	» » » »
1919	447.662	» » » »
1920	340.428	» » » »

Por lo que respecta a Cuba, las cifras no son menos decidoras.

En Cuba se importó de España en el año 1917-1918 papel impreso por valor de medio millón de pesetas; con exactitud, 94.961 dólares. Al año siguiente, 1918-1919, el valor de esa importación disminuye: sólo llega a 93.706 dólares.

En la Habana, además—y lo digo para que se percate el público de los adelantos editoriales que hacen concurrencia a los envíos de España—, se publican revistas en las cuales se emplea, por el pintor cubano Massaguer, un procedimiento patentado para fotograbar, cuyos resultados superan a los que usan las mejores revistas de los Estados Unidos. La revista ilustrada *Plus Ultra,* de Buenos Aires no envidia a las mejores de la Península. Los magazines de Santiago de Chile son excelentes; las revistas, y en general los libros de Méjico, compiten o pueden competir en presentación con lo más selecto, dentro de lo corriente, de la librería en Europa.

* * *

Otro enemigo, y enemigo el más desleal y odioso de la industria española de libros, es el libro fraudulento, el libro español o de publicación española reeditado clandestinamente en América. Todos hemos sido víctimas de semejante felonía. ¿Cómo combatirla?

Tratados internacionales para garantizar la propiedad intelectual no quieren celebrar la mayoría de aquellas Repúblicas. Las induce a negarse, la idea de que no existe paridad entre su producción exigua y la de cualquier país europeo; y la creencia de que necesitan evitar trabas a la cultura y su principal agente, el libro; la creencia de que el libro no es mero pasatiempo sino factor de civilización, y de que todo cuanto sea civilizador debe acogerse y difundirse con el menor expendio. Gente poco escrupulosa, explota semejante estado de espíritu oficial—enemigo de los tratados respecto a propiedad literaria—; y nace, a la sombra de una idea protectora, nacionalista, el libro espúreo, la obra de fraude.

Ya sabemos cuál es el origen de que el fraude se produzca. Veamos cómo se produce.

El editor de Madrid o de Barcelona envía a un librero, digamos de Santiago de Chile, cinco, o diez o veinte o cien ejemplares de los títulos que publica. Por cualquier circunstancia, alguno de aquellos libros corre con fortuna. El libre-

ro vende sus cinco, o diez, o veinte, o cien ejemplares. El público continúa solicitando el libro. El librero no pide a España nueva remesa de aquella obra. Sabe que pasarán uno, quizá dos meses, antes de que llegue, y ya el entusiasmo del público puede haberse localizado en otro objeto. Entonces aparece el defraudador, saca a luz una edición y realiza negocito bastante innoble, pero bastante productivo. Otras veces el libro de fraude va de la misma Europa.

¿Qué hacer para evitar a la industria honesta semejantes puñaladas traicioneras?

Establecer en los grandes centros depósitos bien surtidos, es lo primero que se ocurre. Después recapacitamos y advertimos la ineficacia del procedimiento, máxime para los editores modestos, que son desvalijados al igual de los más opulentos. Mantener grandes almacenes de libros en varias capitales de Ultramar para aprovecharse de la venta eventual de un título que corra con fortuna, parece desproporcionado, por cuanto equivale a inmovilizar mucho dinero.

Queda el medio más económico de amparar la producción española con las respectivas legislaciones nacionales, inscribiendo los libros que se pongan a la venta, según las leyes de propiedad intelectual en cada República. El tiempo dirá si todos los editores de España acuden a este proce-

dimiento y si este procedimiento, en la práctica, produce alguna eficacia.

* * *

Debo terminar. El deseo de enfocar algunos de los múltiples aspectos del asunto, el libro español en América, me ha hecho ser poco lacónico. Temo haberos fatigado. Os pido perdón (1).

---

(1) Ulteriormente ha estudiado con sumo acierto el problema del libro español el secretario de la Cámara madrileña del Libro, don Leopoldo Calvo Sotelo. También el publicista don Pedro Sáinz Rodríguez ha tratado el asunto.

TERCERA PARTE

AUTORES ESPAÑOLES

I

EN TORNO A DOS NOVELISTAS

PÍO BAROJA Y PÉREZ DE AYALA

Don Pío Baroja ha publicado una novela corta. Don Ramón Pérez de Ayala, una novela larga.

La bueno, si breve, dos veces bueno, dirá el autor de la novela lacónica, recordando a Gracián. Y el autor de la novela prolija, sirviéndose del refranero, como excelente paremiólogo, dirá: las bromas, pesadas o no darlas.

Que las palabras no nos ofusquen con su claridad a flor de piel y nos impidan percibir la claridad, más profunda, de los conceptos. Lo breve puede ser farragoso; lo prolijo puede no ser impertinente, fatigante, sino sólo esmerado en exceso.

Admirador de ambos noveladores, reflexionaré sobre la naturaleza del arte que en ellos admiro.

Se trata de autores discutidos. No querría compartir ni la mala voluntad de otros ni su adhesión incondicional. Además, ¿cómo emitir parecer sin

vacilaciones, con la seguridad de la omnisciencia... o de la inconsciencia?

¡Difícil tarea enjuiciar a los contemporáneos! Su obra vive creciendo mientras el autor produce: ¿cómo fijarle medida? No podemos sustraernos a influencias del ambiente social, ajenas a menudo a la esencia del arte: ¿cómo aparecer justos? Y aparecer justos con los injustos, ¿no es ya otra injusticia?

Cabe apreciar la calidad de la materia en que el artista labora, y la destreza y los medios, ya naturales, ya adquiridos, con que cumple su obra. ¿Es oro, es bronce el metal en que se funde la estatua? ¿Es de madera la figura creada? ¿De simple y fundente cera? ¿Existe desnivel entre el sueño ambicioso del creador literario y los medios mezquinos que la naturaleza, o la educación, o ambas, pusieron en sus manos? Poseyendo el autor abundantes medios expresivos, ¿flaquea por deficiencias de concepción?

Esto equivale, con todo, a enjuiciar. Con rarísimas e ilustres excepciones, ningún contemporáneo en España ni en los pueblos de España derivados tolera o acepta impertérrito la opinión ajena en cuanto lime y amengüe, por poco que sea, la opinión propia. Ayala me parece uno de estos quisquillosos.

Este es un hombre que a los dioses clama
porque una pulga le picó en la cama.

La mayoría de los autores en España y América posee de sí juicio demasiado unilateral y lisonjero. Nadie es crítico imparcial de sí propio. Nadie practica ni aprecia el viejo *nosce te ipsum*. Se lucraría quien comprase a los autores españoles por lo que valen y los vendiese por lo que imaginan valer. Así, la crítica suele ser, si viven los criticados, altisonante y mentirosa, o reticente y llena de envidia; ya muertos, gélida y despectiva. En suma: a exceso de vanidad, carencia de crítica.

Y peor cuando en España se mezcla el patriotismo para deslumbrar o catequizar a los jóvenes e intonsos pueblos de Hispano-América. Hace poco aplaudía una españolísima revista de Cuba, que jamás toma a broma los asuntos, sino encendida en patriótico fuego literario, el castellano de un pensador catalán, hoy a la moda. Citaba párrafos elocuentes... ¿En perfecto castellano? No sé. Ambas lenguas se asemejan bastante. A mí me parecía aquello perfecto catalán.

Queda un medio, indirecto y cobarde, para sugerir el mérito o demérito de algún autor. Apreciarlo por alusiones o por sustracciones. Opínase por alusión de varios modos: cuando se aplaude a alguien, por ejemplo, para que rabie un tercero; por sustracción, cuando se indican y alaban las virtudes que no tiene un autor, para que se aislen y luzcan los defectos que posea.

Desecho semejantes artimañas. Tratándose de

hombres serios, de escritores que pueden resistir aun a la crítica más corrosiva o demoledora, ¿por qué no honrarme y honrarlos con una franca opinión?

* * *

Baroja y Ayala, entre los novelistas notorios de la España de hoy, pueden ser colocados entre los mejores, cada uno en su género y en su escala. Son ambos de carácter literario inconfundible; ambos, antípodas entre sí.

El drama de Baroja consiste en que, siendo un novelista para pueblo, aspira a pasar por novelista para gente de espíritu selecto. El de Ayala es precisamente lo contrario: siendo un novelista académico, aspira a pasar por novelista para todo el mundo. En Baroja existe una preocupación literaria; en Ayala, una preocupación económica. No se crea que este paralelo por oposición es caprichoso o debido a ocurrencias adventicias de la palabra escrita. No. Lo creo evidente. Me extraña que no se hubiese ya observado.

Baroja, en cuanto novelista para divertir a las muchedumbres, no encuentra rival entre sus contemporáneos españoles: es el primero. Hasta sus defectos literarios, truculencia en los tipos, desgarbo en la prosa, le conceden la primacía. De sus virtudes, no se diga: posee dinamismo, la frase

despeinada, suelta, correlona; dispone de personajes mil, dibujados a la loca, que entran y salen por sus novelas sin más objeto que una actividad como la del pueblo: por amor del movimiento. Sus héroes acumulan energías que gastan en actividades sin trascendencia. Luego desaparecen, dejando el campo y la acción a otros personajes, sin más razón de ser ni más finalidad que sus predecesores.

El hombre y la mujer del pueblo, en los barrios bajos de Madrid, se sientan en la acera, al sol, a chismorrear en corrillo y a ver pasar a la gente... Y con ello gozan. El lector de la misma clase debe de divertirse con la obra de Baroja, presenciando escenas múltiples e incoherentes, mirando el desfile de personajes que, como los de la calle, pasan y desaparecen, llevando cada uno su drama personal, sin que podamos conocer a menudo ni el principio ni el fin del drama o la comedia de aquel personaje que cruza. El desfile de tipos, como en la calle, es la principal distracción.

El lector de otra categoría, máxime si letrado, es más exigente. Hay que proporcionarle otros espectáculos para satisfacerlo. En Baroja no los encuentra.

Posee Baroja, para su fortuna, la chispa de romanticismo sin la cual no se enciende el entusiasmo popular ni se llega al corazón de las multitudes. Agotado ya el repertorio de tipos del pueblo, ha introducido últimamente en sus libros de ar-

queología literaria personajes históricos y, en el fondo, románticos. Personajes de acción romántica siempre fueron caros al pueblo. El autor los crea por instinto de artista popular.

Veamos los defectos que corresponden a sus virtudes. Concibe mal, escribe peor. Incapaz de crear, no ya arquetipos, como Shakespeare o Cervantes, sino aun seres de enraizada humanidad, como Balzac o Galdós, ¿qué personajes nos presenta en muchas de sus obras?

Nos presenta vanas sombras cambiantes que concluyen por desvanecerse en la pluma del novelista y en la memoria del lector antes de que el libro se termine. Sucesión de escenas inconexas, pesadilla de tonto, vulgaridades de todo el mundo, ¿forman obra cuando una trabazón metódica, psicológica, no las conduce a un fin?

Suponeos en el taller de un escultor. ¿Creéis que un brazo aquí, una cabeza allá, unas piernas debajo de la mesa, un tronco encima del taburete, constituyen la estatua de Apolo? No. Es menester el genio o el arte que combine todo aquello y le infunda vitalidad. Las novelas de Baroja son el taller desordenado de ese escultor del ejemplo. Hay en ellas elementos dispersos para obras, no siempre obras vivas, en pie. Además, casi todo aquel material es burdo, de calidad inferior, "bric-à-brac". Estamos en pleno Rastro.

La ideología—indisciplina, arbitrariedad, anarquismo—no resulta menos indigente que el len-

guaje. El estilo del autor consiste en no tener ninguno. Su prosa carece de sello personal, como la noticia del reportero. No que sea el pensador disgracioso o pesado. Pesada es la arquitectura de los egipcios, y tiene estilo.

La clase media de lectores se va poniendo más y más conocedora y exigente en punto a letras. Se le va descascarillando la incultura, y ya prefiere el "palace" literario al figón antiguo. Queda a Baroja la multitud, el pueblo soberano, el público de las novelitas cortas de treinta céntimos, dirigidas a menudo por lúgubres buhoneros, público que ha sustituído en parte a los devoradores de entregas espeluznantes. Baroja—todos lo sabemos—se vende poco. ¿Por qué? Porque su público natural, casi analfabeto, lee poquísimo y casi no compra libros.

Baroja posee el mérito de la sinceridad personal, y esto se transparenta en algunos de sus trabajos, avalorándolos. Hay en la obra de Baroja una perla, un volumen delicioso: *Juventud, Egolatría*. No se trata de otra novela, sino de sensaciones volanderas, biliosas, locas, de mucha sinceridad. Lo que prueba que si el autor alternase la novela con obras de la índole de *Juventud, Egolatría* saldría ganando. Los lectores también. Se ha dicho que *Juventud, Egolatría,* tiene un antecedente: *La lámpara de Aladino*. No me toca insistir.

Para juzgar con detenimiento a Baroja, escri-

tor fecundísimo, y en tal sentido digno de admiración por su capacidad productora, sería necesario conocer mejor su obra. Estos párrafos descosidos no son sino impresión de conjunto, no bien aquilatada y tal vez rectificable cuando Baroja haya pasado definitivamente a la historia. Entonces será la hora de la justicia y de Campoamor:

> Y después de una autopsia inoportuna
> que se le hizo a Ginés, el sevillano,
> declaró el cirujano
> que se murió sin novedad alguna.

* * *

Si Baroja escribe para el arroyo, Ayala escribe para la Academia. Ni la Academia comprenderá nunca a Baroja, ni el arroyo comprenderá nunca a Pérez de Ayala.

A Baroja parece que lo arrastra, no el asunto, sino cuanto le sale al paso, bordeando el asunto. A Ayala, no. A Ayala parece que lo arrastra el estilo, la preocupación académica del purismo. Parece que al escribir y al corregir lo escrito lo va trufando, trufando, y en trufarlo se le pasan la hora de guisar y la de comer.

Antípoda de Baroja, su drama es igual al de este autor—por cuanto ambiciona lo que no logra

alcanzar—; igual, pero lo contrario, como la media vuelta a la derecha y la media vuelta a la izquierda. Si Baroja aspira a las palmas de los letrados, Ayala aspira a la popularidad.

Aunque anhele este novelador por las grandes travesías de la popularidad, parece que navegará, como Ulises, por mares circunscritos. El pueblo no resulta asaz capacitado para gustarlo. Abundante en gracias de lenguaje y en galas de erudición, denso de frase, intelectualista en grado sumo, interrumpe a veces la acción para jugar con las ideas. Sus personajes, aun los más humildes, suelen discurrir como doctores de Salamanca. Excelente escritor, carece de amenidad... Entendámonos: carece mayormente de las cualidades inferiores que amenizan los ocios del vulgo lector. Puede colegirse que el público que lo prefiera será minoría selecta, amiga de la espiritualidad y de las bellas frases.

En cuanto novelista, falta al autor, en cierto modo, medida, o su medida es, como la de Miguel Angel, excesiva. Las obras de Ayala nacen descomunales. Las piernas alcanzan el tamaño de las figuras corrientes. Belarmino y Apolonio, Tigre Juan, los héroes casi adolescentes de *Luna de miel*, necesitan, al erguirse, que se les alce el techo de la casa. Las novelas a menudo han menester dos tomos. Y dos tomos, en nuestros días sintéticos, atareados, pesan mucho, máxime cuando el autor los exorna de follaje plateresco y los

lastra—galeones repletos de tesoro—con próvidas ideologías.

Ambicioso en la concepción—por cuanto a veces plantea asuntos de carácter ecuménico y presenta figuras que aspiran a servir de arquetipos—, no parece menos ambicioso en cuanto a técnica: como que ambiciona una prosa de hablista. Para mi gusto, le falta a veces naturalidad. Su prosa, recargada de incisos y de adornos, resulta a ocasiones tan barroca, pomposa y afectada como la de Juan Montalvo, no transparente y sobria como la de Anatole France. Es un alejandrino, no un ateniense. Su arquitectura no es de orden dórico.

Cuando encauza su vena, Ayala gana. *El ombligo del mundo* sirva de ejemplo. Se trata de tres o cuatro narraciones cortas, bastante intensas en cuanto a la acción y de muy noble agilidad en cuanto a factura. Ese libro nos enseña que el autor de *Tigre Juan* puede condensar sus amplios frescos en apretadas y gráciles miniaturas.

Las obras de este autor pueden gustar o no gustar; a menudo no gustan. El juicio que más ambicionamos, el de los técnicos, el de los especialistas, el de los compañeros, suele no serle favorable. Descartemos lo que exista de rivalidad y aun de malquerencia en tales pareceres: Ayala anda lejos de ser un corazón de oro. Creamos que los censores abundan en razón. Siempre quedará vigente una cosa. En medio de la balumba de novelitas pornográficas y de novelones imbéciles

que aparecen con precisión astronómica todos los años en Madrid; en medio de tantos ensayitos sietemesinos y tantas coplas hebenes y tanta comedia mendicante, una obra de Ayala cae como lingote de plata sobre piso encharcado.

De *Tigre Juan*, su última producción, puede decirse, parodiando a Bonaparte: éste es un libro.

II

"TIRANO BANDERAS"

I

¿Quién inventó la España de pandereta? Me parece que el romanticismo francés. A inventarla contribuyeron muchos y fuertes ingenios, desde Merimée hasta Gautier.

A los escritores siguieron los caballeros de tela y pinceles. No se debió el invento a mala fe, ni a antipatía, ni a ignorancia, sino a dos de las características del romanticismo: el excesivo amor de lo pintoresco y el excesivo despego de la precisión.

Es decir: la deformación de la realidad, vista por el ojo romántico, y expuesta por la pluma o el pincel de 1830, contribuyó a la creación del cuadro, no destituído de verdad; pero de malísima verdad: la verdad de poco más o menos, ladiná y horrenda forma de la mentira.

Estereotipado ya el cuadro en la conciencia francesa, no hubo pobre diablo de gabacho que,

incapaz para más, cegarrita y loro, no se creyera en la obligación de untar sobre la tela policroma su poquito de negro, de rojo, de amarillo y de estupidez.

Todos en él pusisteis vuestras manos.

Ramón del Valle-Inclán ha cumplido con respecto a América la obra de todo el romanticismo francés con respecto a España.

El sólo—tanta es su fuerza—ha creado, en *Tirano Banderas*, una América de pandereta. ¡Muera el tirano!

No lo movió afán vil ni caricaturesco. Al contrario: rezuma simpatía por todos sus poros la América de Valle-Inclán. Entre los pleitos de la colonia española, partidaria del tirano, a cuya sombra pelecha, y el triste pueblo de léperos, la pluma del escritor—cuarzo de cincuenta kilos de oro—inclina la balanza del lado adonde cae... ¿Y adónde cae? Del lado popular; en el platillo opuesto al platillo que agobian el tirano y su corte estrafalaria y cruenta: esa corte donde culminan un rapabarba, como en la de Luis XI; gente soez y chocarrera, como en la de Fernando VII y prohombres de la colonia española, como en la de Porfirio Díaz.

La pintura del ministro español, en su ambigüedad grotesca, y la de algunos ases hispanos como Don Celes, necio rico, abotargado gachupín, no puede ser ni más lograda ni más cruel.

Me alegro de tal pintura y daré la razón de mi alegría. Parece que a Valle-Inclán en alguno de sus recientes viajes a la República de América que se asemeja más a la fantástica Santa Fe de Tierra Firme, ni el ministro de España ni los paisanos del gran manco de Galicia lo acogieron con palmas que merece embajador de tal proceratura. ¿Por qué? Porque este hombre de conciencia pulcra y visión lontana, porvenirista, llevó a mal, como un día el general Prim, el que España sirviera de comparsa en América, contra sus propios vástagos de aquel continente y en favor de potencias que allí sestean, agazapadas a la orilla de los grandes ríos, en espera de presa, caimanes de ávida mandíbula asesina.

El interés inmediato ciega los ojos que más lejos debían mirar. La agudeza diplomática es a menudo roma. Y las sutilidades que el vulgo aplaude en los hombres de la carrera, ¿qué son muy a menudo sino lugares comunes de maquiavelismo, vulgar repetición de lo aprendido? También hace corvetas el caballo de circo, gracias el perro amaestrado. Para cambiar de ademanes y actitudes precisa cambio de conciencia. Dejemos a los diplomáticos tranquilos. No pidamos peras al olmo. Pero sin pedir peras al olmo, bien pueden saber todos, incluso los fantoches de casacón y espadín, que cuando alguien dispone de una pluma como la de Valle-Inclán, debemos tener con tan peligrosa criatura mucho comedimiento y cor-

tesía. De lo contrario... ¿Cómo no hemos de alegrarnos con *Tirano Banderas?*

Quedamos, pues, en que Valle-Inclán ha creado una América de pandereta, no por desamor a América, sino por obedecer a su espíritu dramático. Aquí no se aduce la simpatía de Valle-Inclán hacia el Nuevo Mundo hispánico sino para insistir en que su creación de una América de pandereta nada tiene que hacer con propósitos hostiles. Ni con las conocidas petulancias, ignorancias y estupideces madrileñas. Muy al contrario. La suya es simpatía de precursor, simpatía de larga vista, aun en contra de los intereses aparentes y próximos de España. Por lo demás, puede una obra chorrear odio contra un país o una raza y ser, en los dominios del arte puro, excelsa.

II

Habrá quien no dispute el bronco *Tirano Banderas* por una de las mejores obras de Valle-Inclán. Siempre será una de las más curiosas. El autor—buen romántico—fantaseó tiranos, revoluciones y países de camelo, por encima y por fuera de la modesta realidad de todos los días. Con todo, ¡qué libro! *Tirano Banderas* ha sido estadio donde el poeta halló terreno propicio a su aptitud, como el potro en la pampa.

El arte de Valle-Inclán, todo suntuosidades verbales, sensualidad, lirismo, superstición y tragedia, se encuentra a su amor en un medio trágico, sensual, supersticioso, con asunto a propósito para derrochar verbo y color.

Los ciegos, los mendigos, los hampones, las prostitutas de antaño, reaparecen. Fatalidades sombrías; escandidas pasiones; lujuria y sangre; la coca del indio boliviano, la sugestión biomagnética de farandul iniciado "en la ciencia secreta de los Brahamanes de Bengala"; lo más sibilino y confuso de una conciencia universal obliterada, flota sobre la novela y la ciudad. Por la ciudad y la novela discurren en revueltos tropeles la indiada cubierta de zarapes y sabaniles, los caballos de la asonada revolucionaria, los fusileros y sicarios de un déspota...

El estilo barroco y apasionado de Valle-Inclán, opulento de léxico, la sintaxis fluente y varia, destituído en absoluto de cuanto agrave el período, pudiera servir como espécimen de lo que llamaron los Goncourt escritura artística. El autor anda lejos de sus juveniles concomitancias con Barbey d'Aurevilly, Casanova, D'Annunzio, Darío. Conserva lo temperamental. Pero su escritura artística, con ser tan suya, disimula apenas el entronque con el D'Annunzio de *La figlia de Jorio*. En cambio, nada debe al mosaísmo de Goncourt. Debe, sí, mucho a los poetas de América.

En *Tirano Banderas* fosforecen cuadros en fon-

do negro: tumultos callejeros en noches de fiesta popular, conventos de monjas ultrajadas, congales de daifas en cabello; cárceles, cuarteles, Montes de Piedad; la poblada pintoresca y sañuda que desafía al monstruo, los balcones del Casino español que lo aclaman; una criatura comida de cerdos, como en *Canaan*, de Graça Aranha, y una mazmorra, trágico hormigueo de sombras rebeldes, como en otras novelas americanas, a cuyo autor no debo mencionar.

¡Y los tipos! ¡El paso de los tipos!

Personajes señeros: un hombre que arrastra a la cola de su caballo a un prestamista; indios borrachos de pulque y tribunos borrachos de retórica; el diplomático con mimos de odalisca y el porfirócrata con suavidades de felino.

¡Qué arte tan pulcro!

Ya el toque del detalle psicológico, donde cabe toda la ideología del blanco acaparador: "el indio dueño de la tierra es una utopía de universitarios"; ya, en dos rasgos, toda la fisonomía física de un monstruo: Tirano Banderas, "una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo", rumia la coca y "en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla verde".

Sitúa Valle-Inclán la república de Tirano Banderas en los trópicos del Pacífico; y desarrolla el terror de su cobrizo Tiberio en la primera mitad del siglo XIX. Inútiles precauciones. Ni barbarócratas ni barbarocracias han desaparecido

por completo en América. Las ondas del mar Caribe bañan, al mediodía, el antro de Tiberio Banderas y ahogan con furor blanco y azul, sollozos de un pueblo emasculado.

Si pudiéramos asignar nombre propio a esa caricatura de Tirano, yo insinuaría el de Huertas, el azteca, aquel a quien llamaban sus condiscípulos "la oveja", por lo manso.

Del Tirano Banderas específico, llámese como se llame, pudiera exclamarse con el viejo y olvidado Rodrigo de Cota:

Donde mora este maldito
no jamás reina alegría,
ni amor, ni cortesanía,
ni ningún buen apetito.

III

¿Qué pensarán los puristas españoles de *Tirano Banderas?* Se llevarán las manos a la cabeza y pedirán misericordia. Jamás en libro español tan opulenta catarata de americanismos, modismos, barbarismos, se volcó con tal estruendo y tan cegador cabrilleo.

Evidente, resulta Méjico la patria de Tirano Banderas. Evidente, aunque no se trasluciera sino por aquellos corteses diminutivos en la expresión, compatibles con aquellos aumentativos despiadados en la crueldad; y coincidentes ambos con una

falsía de carácter a prueba de bombas, muy de mejicano. *Empeñitos de Quintín Pereda,* dice el rótulo de un Montepío peor que el patio de Monipodio.

Pero Valle-Inclán no habla de Méjico, sino de la inexistente y simbólica Santa Fe de Tierra Firme. En su calidad de narrador santafecino, terrafirmeño, no se limita a los provincialismos y modismos de tal o cual República, sino acapara en su lírico zurrón cuantos americanismos hubo a mano y los esparce a voleo, con amplio y curvo ademán de sembrador.

Zopilote, lépero, briago, chingado, gachupín, chamaco, guajolote, jarocho, guaco, son de Méjico; *mucama, tilingo, atorrante,* de Argentina; *pendejo, bochinche,* de Venezuela; *choteo,* de Cuba; *concho,* del Perú; *roto,* de Chile.

Valle-Inclán emplea todos esos provincialismos como de Santa Fe de Tierra Firme. Esos y ciento más. A veces marida provincialismos de un país con los de otro y forma expresiones inusitadas, que serían barbarolexis si se tratase de pueblos de idiomas diferentes. Así, *platicar* por conversar, es de Méjico, y *recién* por recientemente, de Argentina. Pues bien: Valle-Inclán, los une y dice: "*Recién lo platicaba*" (pág. 244). *Desde ya,* modismo de Bolivia y el Plata, lo alía también, si no recuerdo mal, con expresiones ajenas a esa región de América.

En Santa Fe de Tierra Firme o no existe cuño

nacional o corre moneda de otros países: *soles* del Perú, *bolivianos* de Bolivia, *bolívares* de Venezuela, *sucres* del Ecuador, *balboas* de Panamá.

La racha de americanismos no cesa hasta la muerte de Tirano Banderas—que se parece a la muerte histórica del Tirano Aguirre—, en la última página del libro. Abran ojos y orejas los gramáticos.

Con la *mangana*, el *chozo*, la *chapulla*, la *guayabera*, el *no me chingues*, *los pagos tropicales*, los *tamales*, la *moluca* y el *mitote* ya Tirano Banderas tiene de sobra para espeluznar a los más espeluznantes puristas. Y los puristas le darán al autor con frase queveduna, de bordonero y de gentecilla del Rastro. Pero el autor podrá responderles:

Una calentura osada
me trae con grande inquietud.
Como vos tengáis salud
lo demás no importa nada.

III

UN POETA PRETERIDO

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Hace muchos años—allá por 1908—un día, en París, en casa de Ollendorf, en el despacho de Gibbs, me presentaron a un joven español, delgado, rubio, miope, coloradito.

Lucía bigotazos, que iban pidiendo por Dios aquella aleznadora pomada húngara, tan cara a la mostachuda Policía parisiense de entonces. Tampoco les hubiera sentado mal probablemente la banda tudesca de los agresivos mostachones del ex Káiser y ex insolente don Guillermo Hohenzollern.

Pero aquellos mostachos, modestos y pesimistas, caían con cierto desgarbo chinesco, superiores a toda vanidad del mundo policíaco o kaiserino.

Era poseedor de aquellos notables y resignados bigotazos el rostro, entonces de magrura franciscana, hoy alunado y lampiño, de un hombre a

quien se podía y se puede saludar con esta magna palabra desvalorada por el abuso: poeta. Puede además adicionarse al nombre de este poeta, a quien conocemos por don Enrique Díez-Canedo, otra palabra bastante inútil o desueta en el mundillo de las letras. Esta palabra es la que aplicaríamos a Don Quijote, aunque no tuviese *Rocinante;* y a Díez-Canedo, aunque no tuviese *Pegaso*: caballero.

Caballero, porque al tender la mano no entrega una máquina babosa de cinco pinchos; porque no aprovecha el abrazo para introducir en la ajena y confiada espalda un traidor puñal; porque ni su labio ni su pluma gustan mentir; porque trata de ser justo en sus opiniones, aunque a veces, como en el caso de Araquistain, no lo consiga; porque aprecia la pulcritud corporal y de espíritu; porque su ironía destila vinagre, que sazona, y no corrosivo ácido prúsico.

* * *

Don Enrique Díez-Canedo, hoy en candelero en cuanto crítico—principalmente en cuanto crítico de comediógrafos, dramaturgos, líricos y como comentarista de pintores—, lo parece mucho menos en cuanto poeta.

La moda le es adversa. Le es adversa hoy, cuando al poeta empiezan a teñírsele de prema-

tura plata los cabellos. Ayer, cuando los lucía dorados al sol juvenil, la moda de entonces tampoco le fué por extremo propicia.

El modernismo, en efecto, moda correspondiente a la juventud de este escritor, no le sedujo por entero, aunque prestó a los versos del poeta peculiares e inconfundibles encantos y enriqueció su sensibilidad. Pero Díez-Canedo—y esto no se ha dicho hasta ahora—es uno de los pocos, uno de los poquísimos poetas de su generación en España y en América a quien no cubrió por entero la inundación modernista. Sacó afuera la cabeza, como esos peñascos enormes que se yerguen en el centro de la corriente en los grandes ríos del Trópico.

Insuperable juez de poetas, ¿qué poeta es él mismo? ¿Qué representa en la actual lírica española? Representa la vieja poesía.

Díez-Canedo viene de las entrañas literarias de su país. Espíritu revolucionario, abierto a novedades ideológicas, gustador y exaltador de novedades formales, conocedor y catador de la poesía moderna en las cuatro o cinco grandes lenguas de Europa, es, sin embargo, y en el sentido que va a explicarse, un poeta del siglo XVII español. Un poeta a la antigua española que ha venido después del romanticismo, al que nada debe, del simbolismo, y los ha conocido bien. Su caso no es el de Gabriel y Galán, campesino ignorantón, de lectura y obra rudimentarias, para quien toda

modernidad empezó y se detuvo en Núñez de Arce. Enrique Díez-Canedo es doctor en gaya ciencia. Armado de lenguas vivas, la poesía contemporánea le ha rendido sus más ríspidas almenas.

Autor de tan copiosa y varia lectura moderna, resulta poeta castellano a la antigua. Posee y ha sabido conservar cualidades (y deficiencias) que caracterizan, a pesar de personales excepciones, a la literatura española del siglo XVII. Lo primero, la claridad; lo segundo, el realismo; lo tercero, el empaque; lo cuarto, la pobreza de sustancia sentimental. Aunque en Díez-Canedo el sentimiento no falta, sino corre soterrado, como el Guadiana. Ya lo veremos aparecer. Tiene además, como los poetas castellanos del Siglo de Oro, la preferencia del endecasílabo, acentuado siempre en las mismas sílabas y sin intercalación de metro quebrado. Ello, naturalmente, produce monotonía rítmica.

* * *

Su ideología, por el contrario, es muy poco Siglo de Oro. Su ideología, de hombre contemporáneo, libérrimo, parece siempre auroral; es decir: fresca, luminosa, de mucha generosidad. Anhelante de porvenir, no mira hacia el Pasado, ni a los sepulcros, ni a los altares, ni siquiera al cielo negro y azul de los creyentes, ni menos al

negro y rojo infierno. El poeta anhela porvenir, suspira para sí, para los suyos, por la terrestre felicidad y con muy hondo y sincero sentido humanitario ve en todos los hombres hermanos y para todos desea el bien de la tierra: la libertad, el amor, las comodidades; en suma, la dicha.

El estudio de su breve obra lírica sería una glosa a las dos observaciones precedentes: la que se refiere a la forma de sus versos y la que se refiere al fondo de su pensamiento.

* * *

El realismo del poeta, tan de abolengo castellano, salta a la vista.

Comprovinciano de Cortés y de Pizarro—y por eso, acaso, mira con tan hondo y comprensivo afecto hacia nuestra América—, este extremeño canta a Madrid. ¿Y qué lo seduce? ¿Qué canta? Canta, buen realista, los paseos, las calles, las callejas, los arrabales, los merenderos y sus bailes, los cafetines y sus farras, el Retiro, la Cibeles, las tardes de la Moncloa, las orillas urbanas del Manzanares, la boda goyesca en San Antonio de la Florida.

Ved este "Anochecer de domingo" en la barriada madrileña:

> De las parejas el retorno lento
> llenando va las calles...

Son muchachas cogidas por los talles;
novios que van buscando lo escondido...

Pícaros novios, siempre buscan lo escondido. Lo escondido en el corpiño y aun debajo de las faldas. Otras veces, como en este poema, lo que buscan son los sitios solitarios.

De algún grupo han salido
palabras precursoras de refriega...

Tan preciso aparece su descripcionismo realista, que cien minucias lo esmaltan y enriquecen. Así en la gollesca *Boda en la ermita,* como en la *Ronda de noche,* de Rembrandt, no falta—detalle juguetón—algún perrillo.

Un avispado perrillo lanudo,
brinca, da vueltas, agítase y ladra.

¡Con qué fortuna en la *Oda a la Cibeles*, tan de sabor latino, emparenta con Roma por medio de Carducci!

No eres aquella matrona olímpica
madre de dioses, numen telúrico.
Los hados clementes te hicieron
Soberana de un pueblo que vive.
Tú, madrileña, miles de súbditos
tienes, y un alma goyesca, indómita,
que sabe de amores, de rezos,
de motines, de fiestas, de toros.

Cuando sangrientos y patrióticos
aniversarios bullen magníficos
con sus pintorescos desfiles
y con sus fanfarronas charangas,
tú, coronada de torres, rígida,
desde tu carro, que los ibéricos
leones arrastran, pareces
animada visión de la patria.

Y cuando llegan, en abril, las tardes de toros y pasan por la avenida, junto a la diosa pétrea coronada de torres, las victorias con los diestros de oro, las calesas con mujeres de mantilla blanca, toda la muchedumbre ruidosa,

tú, madrileña, de sangre cálida,
romper ansías tu calma pétrea,
trocar tus leones en potros
y en calesa tu carro de triunfo,
y una mantilla, y en el ubérrimo
pecho nutricio, llamas purpúreas
de ardientes claveles, ardientes
como tu corazón de manola.

Después, preocupado por el porvenir de su pueblo, el poeta interroga a la diosa tutelar de Madrid:

¿Cuentas historias? ¿Dices pronósticos?
¡Oh si anunciaras gloriosas épocas!
¿Quién puede saber lo que dices
a la noche, señora de un pueblo?

Esta *Oda a la Cibeles*, hito feliz en las obras del poeta, puede parangonarse sin desdoro con

la *Oda a Popayan,* de Guillermo Valencia, y algunas odas ciudadanas de D'Annunzio.

Ya estoy oyendo las carcajadas y las voces de la crítica de corrillo:

—Este hombre absurdo compara al desgraciado Díez-Canedo con Valencia, con D'Annunzio, con Carducci.

Ni Díez-Canedo merece adjetivos que no sean de respeto ni yo lo comparo con nadie. Digo y repito que la *Oda a la Cibeles,* momento muy feliz de su inspiración y su técnica, soporta el parangón con obras similares de culminantes poetas.

El sentimiento, hemos convenido, no se trasparenta en sus versos. Sin embargo, allí está: se adivina por detalles, como se adivina la seducción del rostro de una mujer bajo inexpresivo antifaz.

Así en *La vida clara,* que no debemos confundir con la vida cara. *La vida clara* es la del hogar: eco lírico, delicioso, de poetas familiares, caseros, hogareños, desde Wordworth hasta Francis Jammes. Estos versos definen también la generosa ideología del hombre. Ve al hijo entretenido con sus soldaditos de plomo, se queda meditabundo y piensa: Sí, hijo; sé soldado en la vida, pero de las buenas batallas.

¡Soldado!
Firme sin juramento
y sin hazañas, bravo.

¡Soldado!
Contra el odio y la guerra,
contra todo lo falso,
contra todo lo impuro...
¡Soldado!

Ternura varonil, présaga de futuros amargores filiales; índice que señala bien el deber y el sacrificio. Las antologías recogerán ese poemín.

El hijo deletrea y el poeta comenta:

...Sabrás cuando la vida
te lleve por los áridos caminos,
que unas letras, AMOR, lo inician todo,
y todo para en unas letras: MUERTE.

* * *

En sus poemas, como en la pintura holandesa, no suele haber desnudos ni mitologías. Su musa es casta. Cuando aparece en Díez-Canedo algún ente mitológico es un pagano de veras. Es decir, visto a la manera realista, como puede admirarse en *Lucha de faunos* o en *Fauno dormido*. Lejos de él infundir preocupaciones cristianas a los seres del paganismo como algunos poetas modernos: Valencia, por ejemplo, que evoca al fauno cristianizado, vale decir vencido.

El conferencista del Museo del Prado se delata en algunas predilecciones: soneto *Fra Angélico*, alejandrinos *Claudio de Lorena* y en esa

monería que titula *Watteau* y que recuerda a Verlaine, a quien ha traducido.

También se revela el comentarista de pintores en algún adjetivo rico, como "whistleriano", aplicado al suave rosa y al blanco delicado de un rostro de mujer. Quizás los pintores lo han enseñado a pintar:

Se durmió como la marmota,
entre la colilla y el jarro:
ya no tiene lumbre el cigarro,
ya el jarro no tiene ni gota.

Son raros en él los ripios, pero no faltan. No todo es oro en las onzas.

En felicísimo soneto en honor del poeta siglo dieciochesco, Meléndez Valdés, dice:

Como lago calmoso, no se encrespa ni exalta;
como sol de la tarde, no ciega con su brillo.
Limpia su faz; su gesto, dulce; su frente, alta.
En el vestir, pulquérrimo, sin tacha...

O sobra "pulquérrimo", o sobra "sin tacha". Hay que decidirse. Y no es el único relleno perceptible. Aquel lanudo perrillo de marras se "agita" y "brinca": es demasiado. Otras veces, en lugar de condensar para que la expresión gane en intensidad, aparece prolijo. Un soneto, *Busto de monje*, empieza así:

La calva rebruñida por el beso
del raudal de los años...

Mejor hubiera sido:

La calva rebruñida por el beso
de los años.

Y mejor aún:

La calva rebruñida por los años.

* * *

Las observaciones primeras—sobre técnica del poeta y sobre el espíritu que lo anima—me parecen esenciales para explicarnos la obra de Díez-Canedo, aunque no sean necesarias para gustar su poesía. Para gustar el arte sobran teorías; no así para comprenderlo. Y esto no perjudica aquello. Al contrario.

Ahora baste copiar cierto precioso poemita de Canedo, en donde se descubrirán las características de su temperamento y de su técnica. Leed el poemín encantador:

LA HERMOSA LIBRERA

¡Libro de poesía! ¡Poesía
de la mano que el bello libro entrega!
¡Mano gentil que suavemente llega
púdica, leve y alba, hasta la mía!

¡Ojos color de mar, la fantasía
por vuestra zarca placidez navega!

¡Tez en que el rosa con el blanco juega
en una whistleriana sinfonía!

Sobre los libros de tu tienda oscura
se destaca, graciosa, tu figura,
ríen tus actitudes elegantes.

¡Oh, cuando la pasión, en sus divinas
horas, te iguale con las heroínas
de esas novelas que hay en los estantes!

¿Existe nada más sencillo y jornalero que comprar un libro? De esa trivialidad cotidiana un poeta, un día, saca el poema seductor.

En cualquier bloque de mármol duerme, como sabemos, la obra maestra: espera el mágico cincel que la despierte y desencante. La poesía fluye en torno de nosotros. Sólo faltan ojos y nervios que la capten, sensibilidad que la exprese. En suma: no falta poesía en el mundo; lo que no abundan son poetas. Esos cazadores de novedades que ahorcan un mosquito con un rayo de luna no son poetas, sino majaderos ociosos. Para curarlos, más fútbol, buenas caminatas y frecuentes fricciones de mujer. Eso basta. Pero no estaría de más algún deber imperioso: la necesidad de sostener una familia.

De la obra de este laborioso Canedo, ¿qué irá a conservar el tiempo, si algo conserva? ¿Serán las sesudas críticas que hoy le producen dinero y autoridad, o tal vez algún poemín de cuatro serventesios?

Se perdura a veces por lo que menos pensamos.

Varones importantes, de buenas letras y mucha teología, como Quevedo o el padre Isla; personajes solemnes, atareados en negocios de la República, como Hurtado de Mendoza, diplomático, traductor y comentarista de Aristóteles, escriben un día, por pasatiempo, breve cuento de pícaros. Tal vez se avergüence el prócer de haber incurrido en semejante flaqueza, indigna de su saber y gravedad. Pero corren los años, las centurias. Del farolón social, del teólogo, del político, del diplomático, nadie hace memoria; en cambio, flota en la corriente de los siglos la humilde historieta de pillos, y con esa historieta se salva del naufragio secular, y de chiripa, un nombre.

El caso de Díez-Canedo no parece con exactitud ése. El, muy probablemente, en lo íntimo de su conciencia, coloca su obra de artista por encima de su esfuerzo crítico. Y si algo lo aleja del gusto corriente en punto a lírica, no será de seguro su gravedad de teólogo ni su importancia de hombre político.

IV

"DON JUAN TENORIO"

Me incorporé en el lecho, entre gallos y media noche, y todavía sin despertar del todo me pregunté:

—¿Pero cómo es posible que Don Juan Tenorio, hombre sin miedo, aunque no sin tachas, haya cedido precisa y únicamente al pavor? Porque es cuando la mano de piedra del comendador aprieta la diestra del burlador y lo intenta llevar consigo al Infierno cuando aquel hombre de vida aborrascada, valiente a prueba de ocasiones, que desafió a los vivos y a los muertos y menospreció a la divinidad, en quien no creía, se sobrecoge, se pavoriza e invoca al Dios de la clemencia.

Noches atrás había asistido a la representación del *Don Juan*. De paso en un puebluco de la costa mediterránea, sin libros, sin ocupaciones, el primero de noviembre, ¿qué hacer? Ir al teatro. Representaba a Don Juan un actor muy bien apersonado, excelente en cuanto al físico para el

papel; pero, ¡caramba!, jamás he visto un bárbaro más incomprensivo. Todo era gritos desaforados y movimientos estrafalarios. Hasta la declaración de Don Juan a Doña Inés aquella clara noche de luna, en la quinta del galán, orillas del Guadalquivir, la recitaba con una energía extemporánea, como si se dirigiese a una cuadrilla de bandoleros y no a una pobre niña inocente, de apenas diecisiete años, que tiembla de sorpresa y de amor.

La serenidad que precisamente nos infunde el valor faltaba en aquel actor desmedido. Jamás cómico alguno estuvo menos espiritualmente dentro de un tipo. Llegó el vándalo hasta a descerrajar un tiro al austero Don Gonzalo, no frente a frente, como cumple al camorrista y bravo sevillano, sino a mansalva, escondiéndose la pistola tras la espalda. El tiro no va al pecho, sino a los pies de Don Gonzalo, como si se tratase de una operación de quiropedista. La bala de mejor voluntad no hubiera matado al buen viejo; pero Don Gonzalo, apenas herido en un callo, debe morir, y muere aparatosamente, llevándose las manos, no al pie herido, sino a la peluca blanca, en medio de las risotadas de la concurrencia.

Pero es tan encantadora aquella cascada de poesía, nos envuelve con tanta frescura aquella atmósfera que, a pesar de los actores grotescos, a pesar de los ripios del metrificador, a pesar de la truculencia del acto último, la sala reacciona

y todos quedamos subyugados por aquella fluidez, por aquel lirismo, por tanta poesía. Zorrilla nos vence a todos: a los actores, a los espectadores, a todos.

Pero Zorrilla es uno y Don Juan es otro. ¿Necesita Don Juan aparecer tan fanfarrón cuando sus hechos lo abonan como bravo? No le basta al burlador de Zorrilla que las mujeres, en la realidad, se mueran de amor por él y los hombres caigan heridos; necesita, además—tal vez inútilmente—, exclamar, jactancioso, a cada paso: "Yo soy valiente", "Mi valor es notorio" (y ripioso, ¡oh Tenorio!). No es todo. Sus amigos, el capitán Centellas, verbigracia, confirman con frecuencia: "Este Don Juan es un demonio." Hasta su rival, Don Luis Mejía, lo asegura. Quizá el poeta no encaró el tipo como bravo solamente, sino como jactancioso, para mayor andalucismo. Sólo que Don Juan, en los sucesivos avatares de su maravillosa fortuna literaria, ha dejado de ser andaluz para ser español, y ha dejado de ser español para ser de todas las tierras. Aquí creyente, allá descreído; en unas partes, fanfarrón a no poder más; en otras, de osadía más discreta.

Es el *Don Juan*, de Zorrilla; y no Don Juan, arquetipo, el que nos interesa ahora. Extraña que en este burlador zorrillesco—zorrillesco en más de un sentido—todas las conquistas femeninas se hagan como por encantamiento, por trampa y

con ayuda de terceras personas. En suma, no lo vemos en la escena seducir a ninguna mujer. La novia de Don Luis aparece conquistada entre dos actos, por cohecho de una dueña y malas artes de un paje. Doña Inés sale del convento desmayada, no conquistada, y cuando Tenorio arriba a su presencia, en la quinta del Guadalquivir, está envenenada el alma inocente con la dulce ponzoña de amor; pero ¿a quién ama? Ama a un joven caballero de quien ha leído una carta, de quien le han hablado desde la niñez como de un futuro esposo, y de quien la dueña, vendida al galán, no cesa de conversarle. Si en vez de Don Juan apareciese Don Luis, también estaría la novicia enamorada. ¿Y las demás conquistas donjuanescas? Las demás debemos creérselas bajo la fe de su palabra. Setenta y dos en un año. ¿Quién lo garantiza? Un papel del mismo Don Juan. Poesía, aunque no pura.

Tal vez ello se deba a que Zorrilla fué superior como poeta lírico que como dramaturgo. El hijo de Homero dormita a veces, como su padre.

¿Y la conversión de Don Juan? Ya lo pregunto al principio.

Es posible que un hombre descreído acabe creyendo; pero los caminos de la fe, los caminos más fáciles para un hombre heroico, ¿deberán ser los del miedo?

No se diga que Don Juan era valiente con los hombres, pero temeroso de Dios. No. Ha de-

safiado a los vivos y a los muertos. Ha dicho precisamente en una escena macabra de cementerio que si de las tumbas allí presentes se levantasen sus enemigos los sabría obligar a volver al sepulcro. En *El burlador de Sevilla,* de Tirso, llama Don Juan precisamente al Comendador:

...buen viejo, barbas de piedra.

No es un tímido. Al contrario.

La divinidad no le infunde mayor respeto que los muertos. Lo asegura varias veces en el drama de Zorrilla. ¿Cómo es que a última hora, porque el Comendador le amenaza con el Infierno, Don Juan claudica y cae de rodillas e invoca a Dios?

Todo tiene su explicación, no en el carácter de Don Juan, sino en el de Zorrilla. Zorrilla, como psicólogo, valía poco. Mucho menos que como poeta. Católico fervoroso, poeta de la fe, le pareció muy bien que Don Juan, ya que no vivió a pan y manteles con la Iglesia, muriera casi casi en olor de santidad. Y crea aquel último acto fantástico y absurdo en que el poeta está vivo y está muerto; oye decir que para su fallecimiento faltan pocos instantes y ve pasar su propio entierro.

Ya conocemos la teoría del poeta para convertir a Don Juan:

Un punto de contrición
da al alma la salvación.

Es también la teoría de la Iglesia. Un dramaturgo más dramaturgo que Zorrilla, D. Pedro Calderón de la Barca, nos legó el bandido teatral que a última hora, por obra de su fe, gana el cielo. Filosofía inmoral, por cierto: puedes ser un bandolero toda la vida; pero si a la hora de la muerte resultas un buen católico, ganarás el Paraíso.

Agradezcámosle, con todo, a Zorrilla que no hizo de Don Juan un familiar del Santo Oficio. Aunque mal psicólogo, era demasiado poeta para tanto. Lamentemos, con todo, que no le haya bastado, por exceso de catolicismo, lo que su instinto de poeta le apuntó certero: la redención por el amor. Fué lo que hizo Goethe.

V

"DOÑA INÉS", DE AZORÍN

I

Azorín no se atreve a bautizar novela a su libro *Doña Inés*. Sin embargo, novela se propuso escribir y novela ha escrito. En esta novela de *Azorín* no sucede nada, o casi nada. Los personajes son más bien entelequias que seres de carne y hueso. *Azorín* no es un creador de vida ni de caracteres. Su arte, exponente de otras virtudes literarias, no luce menos claro.

Coinciden el temperamento y la educación espiritual de *Azorín* con la reacción actual contra el naturalismo y contra el simbolismo. Se tiende, dentro de una anarquía mansa y por caminos innumerables, como los del mar, a una renovación de procedimientos. Los poemas se convierten en series inconexas de imágenes. En la novela, elementos inesperados aparecen en primer plano.

Se procura crear novelas casi sin ilación, casi

sin fabulación. Hay un novelador admirable entre los novelistas contemporáneos. Este novelista ha contribuído a descubrirnos zonas enteras de nuestro mundo interior. Freud enseña que algunos de nuestros sentimientos son mero disfraz de otros sentimientos. Proust consigue arrancar algunas caretas. Pues bien, ¿cómo crea Proust sus densísimas obras? Por acumulación de detalles y descubrimientos psicológicos. La fabulación se ahoga, a lo largo de las páginas, sumergida en océano de pormenores, cada uno de los cuales suele ser un pequeño tesoro descubierto. La obra se convierte en almacén de minucias, algunas muy grandes. Otros poemizan la novela. Otros la deshumanizan.

Se habla de la muerte de la novela, en vez de hablar de sus asesinos. Se habla de la muerte de la novela. También se habló de la muerte de la poesía cuando no hubo poetas, cuando sólo actuaban como poetas retóricos helados. Pero vino un poeta, sopló sobre los rescoldos una racha de poesía, y ardió el mundo lírico, como en los mejores días del romanticismo. ¿Es la novela un género agotado? Tal vez no, todavía. Más bien un género en evolución. Los agotados parecen algunos noveladores y algunos críticos.

En España se discurre con frase un poco truculenta sobre la *deshumanización* del arte. En Italia, aunque tal vez con más restricto sentido, también, y antes que en España, se tocó el punto. Des-

humanizar el estilo preconizaba Marinetti. "En lugar de *humanizar* los animales, los vegetales, los minerales, pudiéramos animalizar, vegetalizar, mineralizar, electrizar o liquefiar el estilo..." (*Les mots en liberté futuriste,* página 43, Milán, 1919.)

Virtudes esenciales del arte, la verdad, la vida, el calor de humanidad, no podrán ser desterrados nunca del arte por completo.

Ni en los libros de Morand, ni en los de Giraudoux, menos aun en los de Proust, en los de Joyce, existe *deshumanización,* en el sentido de que la humanidad, tal como es por esencia, resulte ajena a ellos, o siquiera desfigurada. Lo que existe son nuevas maneras de asimilarla como materia de arte.

¿Desterrar la verdad, la vida? En puridad, no existe ni existió jamás dentro del arte que perdura tal destierro. A lo sumo, una generación posterga aquello de que la generación antecesora abusó, exprimiendo el limón. Pero la mata produce otros limones. La vida no se detiene. Ni el espíritu creador tampoco. La naturaleza y el genio diversifican sus formas, conservando la esencia: el aliento vital.

El arte, obra humana, cosa de humanidad, ¿cómo podría deshumanizarse? "La realidad es el hilo con que se tejen los sueños", dijo Shakespeare. ¿No se recuerda cómo explicó Edgar Poe la creación de su desbozalada fantasía *The raven?*

Sí; *Doña Inés*, de *Azorín*, es una novela, aunque *Azorín* no la nombre tal, como hayan de considerarse por novelas, según quieren los autores, algunas obras modernas: *Juliette au pays des hommes*, de Jean Giraudoux, por ejemplo.

II

¿Qué es *Doña Inés?* Historia de amor, advierte el poeta que le insufla vida. Esta historia de amor se reduce a breves miradas que se cruzan, en una torre de Segovia, un poeta y una dama, y a un beso, uno solo, que se dan en una iglesia aquella mujer y aquel hombre. Nada más. Con esta nadería repleta *Azorín* 277 páginas. Y, sin embargo, ¡qué libro tan interesante!

Lo interesante, sobre todo, viene a ser el arte de *Azorín*. No tiene el autor muchas cosas que decirnos; pero lo que nos dice nos lo dice de manera encantadora. Nos preguntamos después de la lectura: ¿Pero no es más que esto? Y advertimos que con aquella poquedad estamos satisfechos, contentísimos.

Veinte páginas emplea para pintarnos a una señora que cruza las afueras de Madrid y penetra en casuca arrabalesca. Cuatro para informarnos de que la dama recibe una esquela.

No existe acción tramada, la novela, la vida. Los personajes no son seres palpitantes, existen-

tes, sino muñecos, maniquíes, figuras de cera. Los paisajes, por lo común, son paisajes abstractos: un caminito que lleva a un pueblo, unos álamos negros, una fuente. Los cuadros, lo mismo: abstractos. "En el piso principal hay anchas salas, cuartitos, pasillos; las camas están deshechas, con los colchones doblados." (Pág. 52.)

Aquí está el busilis. Con esos cuadritos imprecisos, esos paisajes inconcretos y esos personajes casi inverosímiles, *Azorín* crea obras primorosas. Esos paisajes y esos cuadritos juegan un papel importantísimo en su literatura y guardan uno de los secretos de su arte.

¿Podríamos descubrir tal secreto?

El secreto de *Azorín* consiste en sugerirnos por medio de sus paisajes y de sus cuadritos el estado de alma de sus personajes y sus emociones personales de autor. Se vale también de sus cuadritos, sus paisajes y sus ficticios personajes para remover en nosotros, los que leemos, nuestra emoción de seres humanos. *Azorín,* que describe tanto, nunca describe para pintar, sino para sugerir. Nuestra emoción de lectores no nace de lo que presenciamos, sino de lo que presentimos. La emoción que despierta en nosotros y la emoción que se transparenta en sus muñecos no es de exaltación ni de goce, sino de melancolía. Gama melancólica que va desde lo modoso y epidérmico hasta lo más generoso y profundo.

Por donde puede concluirse que *Azorín* es él

mismo un espíritu melancólico, y que es, en cuanto prosista, escritor habilísimo.

III

El estilo, en efecto, logra máxima eficacia en el arte de *Azorín*.

Entre el espíritu y el estilo del autor existe armoniosa adecuación. Escudriña con frecuencia el pasado, remozándolo: se trata de un espíritu, por sus ansias y curiosidades, moderno. El estilo también es moderno, desnudo de arcaísmos de construcción, pero abundante en voces arcaicas, evocadoras. A veces exagera. *Azorín*—obsérvese—no describe en presente, sino en tiempo pasado. No dirá: "Fulano se sienta, coge un libro y lee." Dirá: "Fulano se ha sentado, ha cogido un libro y ha leído..." Majestad antañona. Correlación verbal y mental.

No es un escritor espontáneo y abundante. Todo lo contrario: mosaísta paciente, premioso. Su arte puede encerrarse en dos palabras: gusto, sencillez. Cualquiera supondrá que la sencillez de *Azorín*, patente en cuanto produce, es la espontánea sencillez de la ingenuidad. La creo, al revés, obra del más meticuloso artista, logro de un arte erudito, flor de técnica. Su naturalidad me parece muy complicada. Aun en vida—caso raro, si no único—, puede considerársele como a un clásico.

Entre los escritores de su país y de su tiempo, sólo Valle-Inclán y Ortega y Gasset, en cuanto estilistas, pueden rivalizar con él. Valle-Inclán más generoso, más nervioso, más vario, posee también mayores dotes de creador. Ortega—que se dispersa demasiado—, más sensualidad y suntuosidad en la expresión. Ninguno lo supera en estudiada sencillez, en gusto. Tiene, con todo, atroz debilidad: el rebusque y excesivo empleo de palabrejas vetustas. Digo excesivo... Es decir, más allá de lo necesario. Estas añejas voces estorban a menudo al lector; y el lector, en venganza, se dice que este clásico no es más que un académico.

El mal humor confirma su juicio atrabiliario cuando tropieza con alguna expresión de pergeño deficiente, o ambiguo, o desusado que, como a todo el mundo, pueda escapársele o pueda seducir a tan alerta y pulcro hablista. "Entre paredones desmochados de corrales..." (pág. 122). O bien: "ni en la escalera ni en la estancia de arriba no había nadie". (Pág. 161.)

Y el lector, amostazado, se pregunta:

—¿Estoy leyendo a *Azorín* o al Excmo. señor D. Julio Casares, de la Real Academia Española?

IV

Un personaje nos interesa sobre manera en *Doña Inés*. El personaje se llama Don Pablo. Nos

interesa porque nos ha parecido descubrir en Don Pablo al propio *Azorín*. Siempre será espectáculo digno de atención el de un autor que pone ideas y emociones—verdad cordial, en suma—, en un personaje que es otro y que es él mismo.

Confesión embozada, sinceridad de enmascarado el día de Carnaval, voz desconocida en el teléfono, actor que representa un papel que es su propia existencia y pone en el papel ímpetu vital, diario póstumo: a todo ello agucemos el oído... Conoceremos partículas de la verdad íntima que no se conocerían de otro modo.

¿Que Don Pablo nada tiene de común con *Azorín?* Puede ser. Pero como *Azorín* dibuja a Don Pablo nos figuramos los demás a *Azorín.*

"El caballero se nos aparece alto y recio... El sano color rosado de la cara, cuidadosamente afeitada, resalta sobre la nitidez de la camisa... En la comisura de los labios se marcan dos arrugas, que indican desdén. Desdén por muchas cosas preciadas de los hombres, que él no estima... La soledad le es necesaria. Paulatinamente, el caballero va extremando su retiro. Sin el apartamiento del mundo, Don Pablo no podría trabajar... Don Pablo quisiera gustar el goce violento de la acción. Hace esfuerzos entonces por salir del círculo en que se halla encerrado, y se arroja bruscamente a la vorágine del trato humano en la política y en los negocios. Y a poco se percata con inquietud de que no puede pensar... Y de

pronto rompe todas las ligaduras que se había fabricado y torna a su soledad y a su silencio..."

"No puede ver Don Pablo los muebles en distinto lugar del que están ocupando durante años, ni un centímetro más allá ni un centímetro más acá. Los papelitos y tamos del suelo los recoge con cuidado el caballero. El silencio ha de ser profundo en su casa."

"Don Pablo vivía tanto en lo pasado como en lo presente. Poseía una prodigiosa memoria de sensaciones; su arte de escritor encontraba su mayor fuerza en esta singular rememoración."

Como ocurría al cuentista alemán Hoffmann, "Don Pablo no podía gozar de la felicidad presente. Cuando realizaba un acto, su imaginación le representaba las posibles desgraciadas contingencias del hecho..." "Un pormenor en la civilidad diaria por él olvidado le torturaba durante días..." "Lo que más ama el caballero es su sosiego. Desea que nadie rompa su paz interior... No le interesan los lances y episodios de las guerras..."

"No puede trabajar casi el caballero. Necesita para trabajar tomar mil precauciones. Se siente profundamente cansado."

¿Qué ideas profesa Don Pablo?

"El soez materialismo de una burguesía iletrada es el mayor corrosivo del orden social."

VI

UN LIBRO ESPAÑOL SOBRE LETRAS EXTRANJERAS

No lo puedo negar: las injusticias me sublevan... A veces creo que todas, cualesquiera que sean su carácter y su motivo. Pero la justicia medida a cordel, la justicia gélida, también suele sublevarme. Por donde vengo a deducir que hay justicias e injusticias que me gustan y otras que me desagradan. Esto mismo ocurre, de seguro, a todo el mundo; pero nadie lo confiesa. Es decir, todos somos injustos. Cada uno tiene su vara de medir.

El hecho de que M. Jean Cassou, erudito en letras castellanas y vocero de hispanismo en París, dedique sólo 33 líneas de miserable noticia bibliográfica *(Les Nouvelles Littéraires,* 19-IX-1925) a una obra española de 400 páginas, en que se trata por manera minuciosa y sapiente de la más joven literatura de Francia, me parece desdeñosa injusticia. Es decir, una injusticia de las que me son antipáticas.

Más valía callar. Monsieur Jean Cassou no

supo callarse. Tampoco se puede afirmar que haya hablado. Tartamudeó breve información. Eso es todo. Como el bravucón de Cervantes,

Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

Hasta la censura es mejor moneda de pago que la indiferencia. Nada. Que los franceses tratan a los literatos españoles con el mismo tono de superioridad desdeñosa con que algunos pedantes e imbéciles de España piensan que pueden tratar la literatura de Hispano-América. Bien guardadas todas las proporciones, los franceses, naturalmente, tienen más motivos para su mirada altiva sobre los españoles del día, que los españoles de atufarse el bigote borgoñón—ahora ausente—al mirar hacia la América que tan a menudo suele superarlos.

* * *

¿Merece el libro de D. Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia,* semejante desdén?

No lo creo. No lo creo, aunque a mis aficiones literarias y a mis procedimientos críticos suceda, con respecto a los que demuestra el Sr. Torre, lo que sucede a dos paralelas: no coinciden jamás.

Y es natural que así ocurra: él es de su tiempo y yo soy del mío.

A principios del verano leí, parte en Madrid, parte en la costa vasca, *Literaturas europeas de vanguardia.* Ahora—que escribo en el Château de Catillón, en el Norte de Francia—siento no haber hecho aquella lectura lápiz en mano. Algunas notas no son apoyo malo para una evocación.

Recuerdo que ni complacencia ni interés dejaron de acompañarme mientras se internaba mi curiosidad en el intrincado mundillo del joven don Guillermo. Interés, porque todo esfuerzo humano lo merece; placer, porque se trata de un viaje divertido al través de la inquietud de algunos contemporáneos nuestros.

Estos contemporáneos nuestros son literatos, algunos de ellos jóvenes; otros, que escriben y piensan como si lo fueran. Los menos, un Apollinaire, un Marinetti—los que trajeron las gallinas—, pasan ya por la novedad de ayer. Sin embargo, poseen el doble mérito de la iniciativa y del talento. ¿Los nuevos? Agrupados en escuelas gritonas, no se oye sino el confuso guirigay de la añagaza. Por encima de los grupos se destacan algunas cabezas, pocas. Lo demás es el patio de butacas, en noche de precios populares, visto desde la galería. ¡Qué uniformidad! Sólo que la uniformidad aquí es la del vacuo pedante que grita la excelencia de su mercancía. Creeremos en

su talento cuando produzcan obras que lo demuestren. Nada por el momento autoriza a augurar, entre los escandalistas de *Dadá,* por ejemplo, a nadie que pueda hombrearse con Paul Verlaine, con Edgar Poe, con Rubén Darío, con Gabriel D'Annunzio. De los demás grupos que estudia—mejor dicho de que da noticias—*Literaturas de vanguardia* pudiera decirse otro tanto.

La inquietud de estos hombres no resulta espiritual casi nunca, aunque lo parezca, sino formulista o simplemente formal. A los literatos calificados con epíteto militar de "vanguardistas" no parecen preocuparles problemas éticos, sino arambeles esteticistas; no el alma, sino el verbo; no el hombre, sino el traje. A lo eterno se suplanta con la moda. La epidermis juega papel de profundidad. Hay de ellos que proclaman lo ceñido de la expresión, lo complicado de las imágenes. Peter Altenberg, el austríaco, iba más lejos: aspiraba a concretar en una frase todo un mundo de sensaciones; Mallarmé, a veces, lo conseguía. Ellos, no: se contentan con un grito desde sus alturas imaginarias, como el cóndor de los Andes, o, en su oscuridad, con el ademán obsceno del gorila.

¿Carecen de todo mérito las escuelas y los hombres que con talento y paciencia estudia don Guillermo de Torre? ¿Nada nuevo traen al arte?

En justicia tienen el mérito de representar una sensibilidad nueva. Su obra, hasta ahora, no es

más que el tanteo de una nueva sensibilidad estética que busca adecuada expresión. Por ellos, como por cada generación que trae mensajes desoídos, queda más rico el mundo, esta vez en su aspecto artístico. ¿Qué fué el cubismo, por ejemplo? La conciencia artística de una recién percibida realidad; de una realidad inexistente antes para el ojo de los pintores.

Cada época logra su fórmula peculiar de expresión. A veces surge un hombre o un grupo de hombres eminentes que la impone, como ocurrió en el romanticismo; otras veces, como ahora, se difunde en medio de exageraciones, tonterías y chanzas de mal gusto; por medio de grupos sensibles al cambio expresivo, sin que sea menester que de entre esos grupos vibrantes brote ninguna encina ni eche a volar ningún águila.

Pero no se trata de las nuevas corrientes literarias, sino del buen libro que un joven castellano les dedica; libro que es un esfuerzo digno de comentario atento, no de chupadas de labio despectivas.

* * *

¿Qué es la obra *Literaturas europeas de vanguardia?* Un libro español de crítica extranjera. ¿De crítica? Más bien de crónica literaria. Información, más bien que análisis. En suma, un noticiario.

La crónica panegírica, aun cuando no sea simple chismografía de vecindad, ¿podríamos confundirla con la crítica? Historiar, narrar, cotejar, en vez de analizar, ha sido casi siempre la actitud crítica de España. El espíritu español, rico de tantos dones, entre ellos el don máximo, el de la creación, flaquea como analítico. Aun los críticos profesionales más eminentes, enterados y dignos del homenaje de los pósteros, a los que enriquecen con legaciones de valer, ¿qué han sido a menudo? Menéndez y Pelayo, por ejemplo, fué lúcido expositor de las ideas estéticas, a veces con atisbos magníficos, más que crítico. Hoy mismo existen figuras de primer orden en la investigación erudita—un Menéndez Pidal, un Américo Castro—; pero ¿abundan críticos? Los Gabriel Alomar, ¿cuántos son? El mismo Alomar, ¿ha dado todo lo que podía?

En España sobran pasión e individualidad: nadie sale de sí mismo. Por eso faltan, proporcionalmente a lo que España es, buenos actores, buenos historiadores, buenos críticos. No se olvida a *Azorín,* no se olvida a Díez-Canedo, no se olvida a Ortega y Gasset, no se olvida a Cansinos-Asséns, no se olvida a Gómez de Baquero, no se olvida a Pérez de Ayala... ¿Existen críticos en el mismo grado que poetas, pintores, comediógrafos, novelistas? Alguno de los mencionados, Pérez de Ayala, póngase por autor, aunque de espíritu zahorí y escrutador de ideas, parece supe-

rior como novelador que en cuanto crítico. Díez-Canedo poeta no cede ante Díez-Canedo censor. Ortega y Gasset se complace en el pulimento de su mórbida prosa tanto como en jugar con las ideas. Su pluma, como la paloma del Arca, trae en el pico la rama verde, la novedad. Aristocraticista como Nietzsche, artista y pensador como Renán, más que crítico, es un viajero ameno por el país de la meditación; y tan afortunado, que hasta sus habituales impugnadores, fantasmas evanescentes, hacen aparecer más sólido su zócalo de mármol. Cansinos-Asséns, docto comentador de libros, es, más que todo, poeta de espíritu y pulso generoso.

Quedan sólo *Azorín* y Gómez de Baquero. Gómez de Baquero se entusiasma con dificultad, y a su perspicuidad ponen sordina la cortesía y la benevolencia. ¿Qué piensa *Azorín* de sus contemporáneos? Nadie lo sabe. Este crítico no critica. Su oficio es hacer milagros, resucitar a los muertos. Olvida el pulquérrimo *Azorín* que Jesús, levantando de la huesa a Lázaro, resulta menos útil para la humanidad—ya lo insinuó Barret—que un médico cualquiera que nos impida morirnos. El remedio vale más que el milagro.

El autor de *Literaturas europeas de vanguardia* sigue las huellas de sus mayores: historía más que analiza. No descenderé a detalles. No entraré, hacha en mano, en el tupido bosque. Desgajaría hasta el título... No se trata allí sólo de

literaturas europeas; a menos de considerar a los americanos del Norte y del Sur como europeos, lo que, literariamente, no sería tan absurdo. Prefiero permanecer planeando de generalidad en generalidad. En rigor, auque trate hasta de checoeslovacos, *Literaturas de vanguardia* es un libro español de crítica francesa; y, con más propiedad, parisiense. Todos esos checoeslovacos, rumanos, polacos, americanos del Sur y del Norte, han sido vistos al través del objetivo de París. Esta obra pertenece a la literatura satélite. Toda esa literatura de reflejo podría llevar un título englobador: *Ravages de Paris.*

En libros de esta índole sobre literaturas exóticas nunca fué muy pródiga España. Algunos se publicaron en América cuando la época del modernismo y merecieron indiferencia o censura, a veces acre censura, en la Península. Los censores españoles tuvieron entonces casi siempre, y desde cierto punto de vista, razón. Es decir, tuvieron razón para censurar, pero sus razones— en general las del misoneísmo—no eran las buenas. Las buenas serían otras, éstas: antes de conocer a los extraños conviene que sepamos cómo somos nosotros mismos.

* * *

He dicho que mientras leía el libro de Guillermo de Torre me acompañaron el interés y la

complacencia: tanto me pareció ameno, valiente, erudito.

Tampoco dejaron de acompañarme durante aquella lectura de verano el buen humor y la sorpresa.

¿Cómo no sorprendernos de un crítico para quien la humanidad comienza con sus contemporáneos y la literatura con sus amigos? Una imperceptible sonrisa corrige la sorpresa, y todos encantados.

Buen libro vibrante, su principal defecto se convierte en seducción, como el lunar o el hoyuelo en cara de mujer bonita. Ese defecto principal consiste—¡qué fortuna!—en ser obra de joven. O mejor, no existe acaso imperfección alguna: sentimos desconcierto leyéndole. El desconcierto proviene de que un poeta juvenil haya empleado su talento y su tiempo en producir obra de paciencia, de madurez.

En cada individuo ocurre, en pequeño, lo que ocurre a la humanidad: primero aparece la edad espontánea, mítica, imaginativa, creadora. Luego sobreviene la época de análisis. El hombre, como la humanidad, poetiza en la mocedad; en la madurez razona. Puede despuntar más o menos temprano en el hombre la facultad investigadora; existen inteligencias de excepción, como la de Pascal, que frutecen y florecen casi a un tiempo. Lo común es la regla, aun para espíri-

tus específicamente analizadores. Y ciertas reglas no se violan impunemente.

La pasión baña en sus fértiles linfas todo el libro de Guillermo de Torre. Nada de imparcialidad. Injusticia pura casi siempre, e injusticia de la buena, de la primaveral, de la espontánea, de la que surge del entusiasmo y no de la impotencia o de la envidia.

El autor palmotea a cuanto encuentra de nuevo, o brillante o simplemente ruidoso: cubismo, futurismo, unanimismo, dadaísmo, creacionismo, ultraísmo, surrealismo... El apretado estudio informativo que dedica a algunas escuelas o tendencias—de las que acaso no quedará ni el título—y a algunos autores—que no merecen mención sino en alguna historia cómica de la imbecilidad humana—, ¿qué es, en definitiva, sino obra de entusiasmo juvenil: himnos de neófito, aplausos de discípulo, panegíricos de convencido, reverencias de epígono?

Lo que no sea esas *Literaturas de vanguardia* no ha existido, no existe. ¿La antigüedad grecolatina? Cero. ¿Las grandes literaturas europeas contemporáneas? Cero. ¿Las grandes cumbres del pensamiento humano? Cero. Todo empieza con el cubismo. A mucho conceder, todo empieza con Whitman.

Se trata del Whitman descubierto por los parisienes a fines del siglo pasado o a principios del actual en una edición del *Mercure de France.*

El mismo D. Guillermo se imagina Adelantado, o poco menos, en lengua castellana, de aquel Nuevo Mundo de poesía. Olvida el Adelantado, y, lo que es peor, lo olvida adrede, que los dominios de la lengua de Castilla son vastos... En la época del modernismo se habló mucho de Whitman en nuestra América. "Todo es tuyo, demócrata Walt Whitman", dijo Rubén. Y no sólo se habló... Un poeta uruguayo, el señor Vasseur, recogió en su herbolario de Montevideo todas las *Hojas de yerba* del formidable novomundano.

No se esperaron en América las revelaciones del joven D. Guillermo para conocer y admirar a ese liróforo de diamante y acero, auténtico ser humano—es decir, de la Humanidad, para quien nada de la Humanidad fué indiferente—, apóstol de inflamado verbo, ante quien el mismo Víctor Hugo parece un poeta de provincia.

No; nada de Colones después del 12 de octubre de 1492.

* * *

Literaturas de vanguardia estudia escuelas más que personalidades, y se complace en detalles de cronicón más que en lo substantivo de las teorías estéticas. ¿Quién cree en escuelas? Las escuelas son meros trampolines: lo que salta en el aire es la personalidad. Hay escritores y aun familias intelectuales o sensitivas de escritores y artistas. Pero no hay escuelas. Las academias

tampoco existen, y los congresos son cosa de que nadie ha oído hablar. ¿Congresos, academias, escuelas? Tres o cuatro señores que hacen o piensan lo que les da la gana, en medio de varias docenas de sujetos que, en el fondo, ni piensan ni hacen nada, aunque aparentemente escriban, intriguen, peroren, suden en perpetuo ajetreo.

Los talentos, si son de dieciocho quilates, están por encima y por fuera de las escuelas literarias y aun de los partidos políticos. Nada que los cohiba les agrada. Tienen sobra de savia. En ellos y de ellos viven parásitos: ellos no han menester sino del sol, del aire, de un pedazo de tierra. En suma, de que se les permita, en libertad, la expresión de sí mismo. En cambio, los arbustos cobran valer en grupo; sólo así son algo imponente: el bosque.

¿Escuelas, academias? Rebaños... El prestigio de la comunidad prestigia a los mediocres. La bandera cubre la mercancía.

Los naturalistas estudian a los animales por especies. Pero hay quien cree que la historia de la Humanidad es la historia de unas cuantas docenas de hombres.

* * *

En suma, la obra de Guillermo de Torre es un libro joven sobre cosas viejas. ¿Viejas? Sí; viejas aunque de ayer y de hoy. El autor piensa lo

contrario: se ha propuesto meternos por los ojos la última novedad estética y decirnos: he aquí lo definitivo. Pero nada es definitivo. Lo nuevo puede ser en ocasiones—y ésta es una de ellas—tan antiguo como el mundo. La esencia de novedad en las tendencias literarias que estudia el libro es el afán de renovación. Y el afán de renovación cuenta la edad del hombre: nació con él.

Cada artista digno de este nombre tiene algo que decirnos, y la reunión de estas voces, en apariencia discordes, representa el mensaje que cada época lanza al futuro, en el diálogo eterno de los muertos con los vivos.

Nada es bueno ni es malo porque sea joven o porque sea viejo, aunque a menudo lo nuevo, por la mera circunstancia de serlo, signifique ya una excelencia. Vivan las piernas ágiles y los pulmones anhelantes que trepan montaña arriba en busca de oxígeno.

Todo, menos negar o combatir el esfuerzo humano por renovarse. "Las ondas del espíritu—escribió Liszt—no son como las del mar; nadie les ha dicho: de aquí no pasaréis."

El mismo Liszt, en una de sus claras sinfonías, comentario musical a la obra de Goethe, interpretaba a Fausto, a Margarita, a Mefistófeles... "Yo soy el que niega", dice Mefisto.

Odioso e inútil papel. Más vale ser, como Margarita, la persona que ama, o, como Fausto, la que investiga.

CUARTA PARTE

MÁS AUTORES ESPAÑOLES

I

UN ESCRITOR DE ESPAÑA QUE RESUCITA EN AMÉRICA

Un día, años atrás, cayó bajo mis ojos por casualidad un trabajo lleno de corazón—lleno del corazón de un hombre fuerte—donde se hablaba del dolor paraguayo: de la ignorancia, la superstición, la esclavitud de pueblos infelices, y de la explotación más exasperante y violenta del hombre por el hombre en América. El nombre del autor me era desconocido. Pero había allí un hombre "transido de compasión para el dolor humano".

En principio, nada nuevo, sino el dato paraguayo, se traía a mi conocimiento. La despiadada, la inicua esclavitud del proletario indígena en toda esa infame y cruenta América esclavócrata que blasona de igualitaria, no era un secreto para mí.

La había presenciado—y combatido—en los cauchales del Orinoco, del río Negro, del Casi-

quiare... En todo el Territorio del Amazonas, donde parten límites Venezuela, Colombia y el Brasil.

Conocía los horrores del Putumayo, en el Perú, llegados a tan horripilante extremo, que provocaron la protesta de Inglaterra, en nombre de la Humanidad, y la del Pontífice de Roma, en nombre de la Caridad.

No ignoraba la destrucción sistemática del indio—proletario o no—en los Estados Unidos y la imitación de tales procedimientos en la Argentina, donde a los arrasadores de rancherías se les titula "héroes del desierto".

Me constaba el drama del indígena en Bolivia: Alcides Arguedas lo pinta *d'après-nature* más infeliz que los animales de carga. Había leído la historia de Méjico, país en donde con excepción de breve minoría, el que no es indio es mestizo, y país en el cual casi todo el mundo—comenzando por el sanguinario mestizo oaxaqueño Porfirio Díaz—ha sido lobo para el aborigen.

Recordaba que un insigne hombre bueno, en el Ecuador, D. Juan Montalvo, esculpió esta frase: "Si mi pluma tuviese don de lágrimas, escribiría un libro, *El indio*, y haría llorar hasta a las piedras". Sabía que otro escritor del Ecuador, Jaramillo, ha publicado un libro de gran fuerza emotiva y convincente sobre tan luctuoso tema. No olvidaba tampoco la *Ramona* saxo-

americana, novela que mereció el honor de ser traducida por nuestro San José Martí.

En suma, no desconocía que las Repúblicas ultraliberales y declamatorias de la América independiente, sin una sola excepción, han sido hasta ahora tan feroces—en el sentido de explotar, envilecer y destruir por exceso de trabajo, de rigor y de injusticia a los proletarios indios, por proletarios y por indios—como los más crueles encomenderos de antaño bajo el rey absoluto.

Sabía todo eso. Pero calentaba las páginas del escritor ignoto sobre la esclavitud en los yerbales y en la vida del Paraguay tanto fervor de justicia, tanta piedad hacia los desvalidos; repercutía tan sañudo el restallar de la tralla contra los explotadores; resplandecía todo tan sincero y, literariamente, tan hermoso, que admiré a aquel desconocido.

Lo admiré por sus sentimientos en cuanto hombre y por su estilo en cuanto escritor. Busqué—y busqué en vano—otros escritos suyos. Supe que había publicado, en favor de la humanidad perseguida, *El terror argentino*, e innúmeros artículos en diarios del Plata. Se dolía de que el hombre fuera lobo para el hombre aquel cazador de lobos. "De Méjico al Cabo de Hornos—asegura con razón—reina una tiranía de mercaderes." Y desprecia en aquellos pueblos "el desdén del pobre, el asco del obrero, la delicia de atormentar al débil".

Lo creí paraguayo. El nombre—Rafael Barrett—no decía nada en contrario. ¡Tantos ingleses dejan su nombre y sus hijos en nuestra América! ¿No exclamaba él: "Paraguay mío", traspasado de dolor por los sufrimientos de aquel pueblo?

¿Quién era aquel Barrett? ¿Había producido algo más? Por fin me llegaron dos obras del mismo autor, ambas editadas en Montevideo. Estos libros se titulaban: *Cuentos breves,* el uno, y *Moralidades actuales,* el otro. ¡Qué dos libros tan hermosos! ¡Un escritorazo, Barrett! Ceñido en la expresión, hondo en el pensar; y con el don de extraer del hecho diario, minúsculo, ideas generales. Quise ponerme en relación con el autor y requerir su permiso y sus condiciones para publicar algún libro suyo en Madrid.

De Montevideo me escribieron sobre el autor. El hombre era una incógnita. Había muerto sin dejar familia; las obras podían considerarse como del dominio público. Se le haría un servicio a la memoria de aquel excelente y veraz escritor editándolo en Madrid y dándolo a conocer en España y el resto de América que lo ignorase. En este mismo sentido escribió a su hermano Andrés, desde el Brasil, Pedro González Blanco. Y aun agregaba que Editorial-América debía publicar a Barrett.

Yo pensaba lo mismo. Editorial-América publicó los *Cuentos breves* y las *Moralidades ac-*

tuales, de Rafael Barrett. Busqué alguien que pusiese algunas líneas de presentación al frente de aquellos libros. No encontré: nadie lo conocía.

Cuando aparecieron los *Cuentos breves*, un periódico de París—no recuerdo cuál en este momento—tradujo y publicó alguno de aquellos relatos, rebosantes de ciencia de vida, de amargura irónica y de hermosura literaria. Como parece que para el francés—caballero condecorado que ignora la Geografía—no existe otra América sino los Estados Unidos, Rafael Barrett, de quien se publicaban las obras en una Biblioteca americana, debía de ser yanqui.

El periódico en cuestión, al publicar el cuento de Barrett, participó a sus lectores que se trataba de "uno de los más eminentes humoristas de los Estados Unidos". Escribí *in continenti* a mi amigo Manuel Gahisto, autor de la traducción, que aclarase el punto: que Barrett era americano, en efecto; pero no yanqui, sino del Paraguay.

El Paraguay, donde vivió de 1904 a 1908, tiene encima la crueldad de haberlo deportado. ¿Qué hizo allí de malo? Ser profesor de Matemáticas y conferencista. Enseñar números e ideas en su cátedra y justicia social en su tribuna. También Buenos Aires le fué hostil. No le perdonaban *El terror argentino*. "La Argentina—dice Barrett—sentada sobre sus sacos de oro, ganados por el *gringo*, llora de ser tan hospitalaria..." El paraguayo Barrett era un español. De Madrid ha-

bía salido muy a comienzos del siglo. Fué a la Argentina. A Paraguay llegó en 1904 En 1908 lo encontramos en Montevideo. A fines de 1910 muere en Arcachón. Aun no había cumplido cuarenta años. Desgraciado en todo, parece que hasta se ha perdido el manuscrito de su obra *Filosofía de las matemáticas*. Dos veces muerto.

* * *

¿Por qué tales recuerdos? Los evoca la lectura de la obra de don Armando Donoso, *La otra América*, recién editada por Calpe, y un artículo de D. Ramiro de Maeztu, en *El Sol*.

Donoso, ponderado escritor de Chile, hace justicia a Barrett, informándonos de su triste vida, de su oscura muerte y de lo sincero y bravo de aquel espíritu. Maeztu, por su parte, cuenta la infamia que lo condujo a las rutas de América. Rafael Barrett, hijo de inglés, era español, de Algeciras, asegura Donoso; de Santander, cree Maeztu. Me inclino al parecer de Donoso, autor que procura siempre informarse concienzudamente antes de emitir opinión. Y, además, porque su madre era andaluza y no castellana.

El estudio que se consagra en *La otra América* a Rafael Barrett, aunque fragmentario, pone de relieve a este artista, a este pensador. En Amé-

rica, donde los más viles o mediocres gacetilleros suelen adinerarse con el editorial ampuloso en que se adula a los mandones o las croniquillas insubstanciales donde se halaga la vanidad de cada país o se disculpa la insolencia de poderosas Empresas, Rafael Barrett, escritor de primer orden, vivió muriéndose de hambre y echándose encima el odio de todos.

No cejó nunca. Fué, como refiere Donoso, "el caso insólito de un hombre que ha hecho sentir la cabal conciencia de la dignidad humana. Nada temió perder ni aguardó nada"... "El solo recuerdo de la vida de Rafael Barrett constituye su mejor elogio." "Pensó en la imposibilidad de aguardar el advenimiento de la justicia entre los hombres"; pero, "rústico, violento, ásperamente primitivo, siempre dejó oír la voz destemplada de un hombre evangélico arrebatado por las exaltaciones de un nuevo Ezequiel".

Nadie sintió más el dolor ajeno; nadie hizo más por consolarlo y por destruirlo. Su primer grito era de conmiseración; el segundo de admonición y de combate.

En sus conferencias a los obreros paraguayos les dice un día: "Donde la mujer no es respetada ni querida, no hay patria, libertad, vigor ni movimiento..." "Prostituta, hermana nuestra..." "Piedad para las mujeres pobres... Si las abandonáis, abandonaréis el mundo a la casualidad; y la casualidad no tiene miras... Amad y seréis divi-

namente compasivos." Y también: "debajo del mal está el bien; y si no existe el bien lo haremos existir y salvaremos al mundo, aunque no quiera."

"Hay algo más terrible que conquistar la Naturaleza; conquistar el hombre. Para el capitalista la mujer es sencillamente una bestia más barata que el hombre, y el niño una bestia más barata que la mujer."

Ante la resignación del borrego humano se indigna el hombre justo: "Jamás leemos en los diarios uno de esos buenos homicidios que refrescan el alma."

Un día lo ponen preso en su casa, con un centinela en la puerta. Barrett le escribe una carta al juez; carta modelo de ternura hacia el infeliz centinela, de energía hacia el juez de los capitalistas y de generosa doctrina de un socialismo digno de Jesús. El preso, el injustamente condenado por usted—dice Barrett, más o menos, al funcionario—es el pobre hombre condenado, en mi puerta, a la intemperie. Yo, no. Yo estoy en la comodidad de mi casa. Usted obra así porque yo soy un burgués y el centinela un desvalido. Usted juzga solo en favor de los burgueses, contra los proletarios. Por culpas mías, si las hay, castígueme a mí y no a ese pobre soldadito.

Jamás en pecho humano hubo mayor desbordamiento generoso, humanitario, ni más energía

para sufrir, ni más altivez para desafiar a los fuertes en nombre y en servicio de los débiles. Un día un oscuro tiranuelo lo amenaza, revólver en mano, con hacerlo tragarse un papel que Barrett había escrito. "Lo creía a usted todo menos cobarde", fué la respuesta estoica de Barrett. El hombre lo dejó ir tranquilo. Personaje quijotesco, apostólico, de la familia moral y desinteresada de Son Francisco, de Jesús, pero con más energía y sin esperar nada de ningún Dios.

En América nadie le tendió la mano sino José Enrique Rodó, que era hombre para comprenderlo y estimarlo. También—recordémoslo—el poeta uruguayo Frugoni. Tal vez conoció en Argentina a Palacios, a Ugarte, a Alberto Ghiraldo, revolucionarios y escritores como él; pero en general, el medio le fué hostil. Hoy la Argentina, tierra generosa, le ha hecho justicia por pluma del escritor socialista Alvaro Yunque, al cual debemos un magnífico folleto sobre Rafael Barrett.

Vivió errante, triste, pobre, paseando su tuberculosis y su máscula hombría de bien de país en país. No tuvo más escarcela que su pluma de periodista, comentadora de la vida cotidiana. De su contacto con la vida de todos los días nacieron sus *Moralidades actuales*. ¿Cuántos periodistas de nuestra lengua, ya en América, ya en España, serían capaces de libro semejante?

Luego he sabido, por Donoso: tuvo un hijo en su mujer paraguaya. Parece que adoraba a su

hijo, de quien la enfermedad primero y la muerte después, iban a separarlo. Dejó trabajos inéditos. El hijo de aquel ácrata se ha hecho soldado en la Argentina. No lo culpemos: hay que comer. Sólo son superiores a la comida las naturalezas heroicas como Rafael Barrett.

Enfermo y pobre se restituyó a Europa, a ver de curar.

"Cuanto más segura se acercaba la hora inevitable, más sentía él la necesidad de vivir." "Iba con su valija apretada de originales." Rodó le ayudó a conseguir, para el viaje en pos de la vida, unos tristes dos mil pesos. Se fué a Arcachón. "Una mañana, en su precario cuarto de alquiler, lo encontraron rígido." Era el 14 de diciembre de 1910.

"Se necesita tan escasa energía para mover la pluma que escribiré hasta el fin", había dicho él. Así fué, agrega Yunque. La vida y la obra de Barrett esperan una gran pluma que, en estudio dilatado, las comente (1).

Pobre Barrett, "sobre cuya memoria pesa un silencio preñado de cobardías", concluye Donoso.

* * *

La nube de cobardías empieza a disiparse.

(1) El folleto de Alvaro Yunque acarrea materiales para esa futura estatua o biografía crítica.

El tiempo y hombres de buena voluntad reivindican poco a poco la memoria y la actuación intelectual de aquel hombre, que pareció haber nacido bajo el signo de Saturno.

Maeztu mismo, escritor burgués, impermeable a toda sensibilidad, panegirista y servidor de dictaduras militares, contribuye a la reivindicación, aunque su propósito, al recordar a Barrett, sea muy otro: de simple cronista. Lo pinta como hombre físicamente bello. Aquel joven alto, rubio, tan bien apersonado, "hubiera podido servir—dice—para modelo de un Apolo romántico".

Figuró Barrett en los círculos de la aristocracia desde su arribo a Madrid. Demasiado soberbio, no consintió en venderse a alguna señorita ricachona; pero las damas lo miraban con ojos golosos. Era el señor y dueño de las sonrisas femeniles. Los hombres, naturalmente, le declararon la guerra. Belleza, inteligencia, altivez, juventud, salud...: era demasiado. Debía caer el Apolo romántico.

¿Cómo desprestigiarlo?

Sordos rumores anónimos empezaron a correr. El Apolo era casi una Venus. Barrett, un anormal, vicioso contra natura. Entonces, aquel joven impetuoso, leal, quiso cobrar caro, por sí mismo y de manera insólita, la ofensa inmerecida. Hizo reconocer su masculinidad por varios próceres del protomedicato madrileño, y con su certificado en el bolsillo buscó al duque a quien

creía divulgador de la calumnia, le restregó el papel en los hocicos y le cruzó el rostro a fustazos. Le estuvo dando hasta que se le cansó el brazo (1).

Después se ausentó de España para siempre. El nombre de España nunca volvió a su boca ni a su pluma con resonancia de simpatía. Aun a los autores de España los cita, cuando no puede menos, con evidente repugnancia.

Se había repetido en la Península el caso del *Quijote:* los duques haciendo befa del ideal.

¡Parece mentira que tan nauseabundas y desleales tretas prosperasen en las más brillantes zonas de una sociedad culta, con acendrado espíritu crítico! Armas de tal jaez debieran ser patrimonio exclusivo de aquellos pueblos de América de más refinada barbarie. Allí donde la política lo envena todo, incluso el hogar, y se atreve a todo, incluso el honor.

---

(1) Debo reconocer en esta nota que mis informes, en lo que respecta a pormenores del incidente, no eran exactos. Primero me lo hizo saber por carta nuestro ilustre compañero en la Prensa de Madrid D. Alvaro Alcalá Galiano. Después, el anciano duque de Bivona me hizo el honor de venir a casa con documentos y explicaciones convincentes. El duque de Arión, hombre vigoroso y enérgico, atacado por Barrett en un teatro, se defendió con gallardía y devolvió golpe por golpe, no quedando a deber nada. Esa es, según el testimonio de personas veraces, la exactitud de lo ocurrido. Me complazco en reconocerlo por amor de la verdad y en obsequio del duque de Arión.

¿No se vió años atrás en alguna de esas barbarocracias a envilecidas plumas de alquiler al servicio de un tirano, escribir un folleto anónimo; al Gobierno de la República imprimirlo en la Imprenta Nacional, y a ministros diplomáticos, cubiertos de condecoraciones, repartirlo profusamente en el Extranjero? Y todo, ¿para qué? Para calumniar, como a Barrett, a hombres puros, a enemigos intachables, de vida diáfana, de existencia de sacrificio y altivez. A hombres a quienes nada pudiera reprocharse ostensiblemente; los mejores entre los buenos, la flor de la tierruca.

La justicia tarda; pero al fin llega. Ya apunta para Rafael Barrett. Plumas honradas se emplean en acelerar el advenimiento del resplandor justiciero.

Desde Abel hasta Juana de Arco, y desde Juana de Arco hasta Barrett, la historia es la misma. Primero, la quijada del asno, la hoguera, la calumnia... *Les plus grands hommes d'une nation sont ceux qu'elle met à mort,* ha escrito Renan. Después, aunque a veces muy tarde, el homenaje de admiración y reconocimiento para los que fueron seres de virtud, seres de veracidad, seres de sacrificio, naturalezas heroicas.

II

LA VIDA LITERARIA

I

Los galgos de G. C.

Nos vamos acostumbrando a buscar en *El Sol* las dos iniciales de un nombre nuevo: G. C., al pie de ágiles comentarios de literatura.

El par de mayúsculas aparecen, ladran y aun muerden como dos galgos oscuros en la estepa gris de *El Sol.*

¿A quién muerden ahora? Muerden a un pobre diablo errante, anónimo. Y han creído los bellos galgos malévolos clavar los dientes, malévolos y agudos, en las pantorrillas de una gorda burguesa.

Giménez Caballero, el dueño de los animalitos, los azuza sin parar mientes en las carnes que vayan a desgarrar. ¿Qué sabe él sino de sus propios sueños de belleza? El de los demás, ¿qué importa? El mundo comienza cada mañana. Y

el que abre por vez primera los ojos a la luz no supondría—si supusiese algo—que nace para el mundo, sino que el mundo nace para él. Se logra antes conciencia de sí que de los demás. Aunque nuestra conciencia, para despertar, necesite el contraste con cuanto es—cosas, seres—otro que nosotros mismos. Aunque no tan arbitrario como Baeza, mira ciertos esfuerzos y ciertas obras con menor simpatía, penetración, que un Cansinos-Assens, un Díaz Fernández, un Arconada o un Espina.

Giménez Caballero azuza sus galgos, desde su mecedora de ensueños. ¿Contra quién? Contra la literatura americana. Pero resulta que los perros muerden a un español. Giménez Caballero ha confundido a un joven español, de Santander, llamado Benjamín Taborga, con la literatura americana. En Berjamín Taborga, muerto—creo que en Buenos Aires—antes de cumplir treinta años, y de quien *Calpe* publica dos tomitos—las obras completas—, encarna Giménez Caballero la literatura de la lengua española, fuera de España. Es decir, que para Giménez Caballero la literatura de Hispano-América consta de dos volúmenes; y todo el espíritu y todo el arte del Nuevo Mundo se encierran en lo que pensó y en cómo dijo lo que pensó un joven montañés. Un joven montañés que, sobre ser español, no inventó la pólvora.

II

El criticón criticado o el tío fingido.

Lo más hermoso que existe sobre la tierra es la justicia. Es también lo más raro. Esa equidad maravillosa del espíritu que nos eleva por encima de las pasiones, de los intereses, de cuanto es humano e impuro, sublima al hombre apareándolo con la divinidad. Entre los atributos de la divinidad colocamos la justicia; y al hombre justo le atribuímos tal superioridad sobre los demás hombres que lo empinamos hasta los dioses.

La injusticia, por su parte, nos subleva. En la medida que la injusticia nos subleve, en esa medida somos superiores al vulgo indiferente.

Mala observación ésta para la conciencia literaria de Madrid. La reprobación unánime que debió merecer la irreverencia de un escritor de quinto orden, el señor Icaza, contra Emilia Pardo Bazán, recién muerta, se ha condensado solo, que yo sepa, en dos escritores: D. Alvaro Alcalá Galiano y D. Fernando López Martín.

¿Plagió la Pardo Bazán a un escritor francés, que no tuvo más mérito sobre ella sino haberse enterado, por medios directos, de la evolución de la novela en Rusia? Es posible. La Pardo Bazán mandaba desde París esos artículos sobre la

novela rusa, a manera de crónicas informativas, a un diario madrileño. Le faltó sinceridad, o le sobró desdén hacia su público para citar la fuente de sus informaciones. ¿Es por ello censurable? Sí. ¿Puede y debe echársele en cara su voluntario olvido? Sí.

Entonces, ¿en dónde está la injusticia del criticastro? Lo pérfido, lo repugnante de este censor de muertos consiste: primero, en hozar en las tumbas recién abiertas, ejercer oficio de hiena y regalarse como los buitres con cadáveres.

Después, en escupir sobre una mujer, por tan pequeña indelicadeza, por una tontería sin trascendencia, olvidando adrede de cohonestar el insulto con el respeto que se debe a un escritor de obra tan personal, tan longa, tan brillante.

La vara de medir no puede ser la misma para un buen escritor que para un escritorzuelo. ¡Qué diremos cuando el escritorzuelo se atreve al escritor! El señor Icaza acusa a la Pardo Bazán, y nos subleva, máxime cuando él no ha rebatido satisfactoriamente la censura de apropiación que se le hizo de los bienes realengos de otro muerto, el mejicano señor Troncoso. Y si le quitan al señor Icaza lo traducido o copiado, ¿qué le queda? Bastaría, en cambio, a la Pardo Bazán con los *Cuentos de Marineda*, con su *San Francisco de Asís*, con dos o tres de sus novelas, para que tan insigne personalidad quede a salvo del buitre y de la hiena, de la envidia y de la impotencia.

Agrava la injusticia, sobre el motivo donde origina, el desnivel intelectual entre la víctima y el victimador. ¿Qué fué Pardo Bazán? Pluma vivaz, creadora de belleza y de vida. Espera que sus pares la juzguen. Ese juez que vaya a juzgarla no puede ser un caquéctico, un erudito, un gusanillo sin luz. ¿Qué es un erudito? La negación del espíritu de creación; lo contrario del espíritu de crítica; la antípoda de un comprensivo. No se trata, claro, del erudito a la manera de Menéndez y Pelayo, o de Gastón París, o de Andrés Bello, que sobre el polvo removido de los siglos echaron su espíritu y vivificaron el polvo. Se trata de eruditos de chismorreo. De los que ahitos del comadreo cotidiano, sobre la vida y milagros del vecino, comadrean en las bibliotecas, averiguan los chismes cubiertos de polvo y de olvido y los divulgan con deleite. Erudito de tal jaez resulta mero chismógrafo, tal vez nunca envidiado, pero sí, a menudo, envidioso. A esa familia de roedores y cuenteros pertenece el pobre y audaz señor Icaza, gloria arqueológica del porfirismo. ¿Qué nos importan *La tía fingida* ni el tío fingido? De la tía fingida, que se ocupen sus sobrinos más o menos apócrifos. Lo que nos importa es crear nueva hermosura. Crear, por ejemplo, el *Sganarelle*, de Molière, o el *Cocu Magnifique*, de Crommelinck. ¿Podría verse, sin protesta, que la baba de la impotencia y del rencor mancille la albura de un gran nombre?

III

GÓMEZ DE BAQUERO

¿Eduardo Gómez de Baquero? Un caso y un hombre extraordinarios.

Admiramos en él que, a medida que avanza en años, crezca en juventud, en espíritu mozo y apolíneo. Nos sorprende también Gómez de Baquero porque su mundano *savoir vivre* no excluye la severidad del juez. Lo que está exento de su obra es el palmetazo del dómine pedante.

Más que el aduanero de las letras con los cien brazos de Briareo, que no deja pasar nada de contrabando, es el espíritu lúcido con los cien ojos de Argos, que no deja mérito sin amiga mirada ni frente sin hoja de laurel. No conoce la envidia. ¡Cuando digo que es un caso y un personaje extraordinarios!

Gómez de Baquero, crítico por antonomasia en la España del día, divulga y analiza ideas, teorías literarias, criterios de gobierno, y estudia y revela de preferencia obras nacionales y extranje-

ras que van apareciendo y la personalidad que traducen.

Alguien—prurito de comparaciones y de motes absurdos—lo ha llamado el Sainte-Beuve español. Por la sutileza, la amenidad, el fervor de apariencia frío, sí, tal vez, en cierto modo. Estos parangones, a veces demasiado arbitrarios, son modos retóricos, inexactos, de apreciación. No pueden aceptarse sino en cuanto simplificadores. La cultura de Baquero, tan de *scholar* como la de Sainte-Beuve en cuanto formación universitaria y post-universitaria, no se redujo luego, como la del francés, a sólo y estrechamente lo nacional. En Gómez de Baquero adquirió la humanística nuclear matices modernos, heterogéneos, universales. Es decir, su horizonte de lector y de crítico se ensanchó más que el de Sainte-Beuve: abarca más área del mundo. Todo lo conoce y todo lo interpreta. Esa amplitud de horizonte, magnífica en sí y preparadora de pareja amplitud del juicio, no basta para que la calidad esencial de un espíritu crítico, la penetración, sobrepase la de otro espíritu. La sobrepase ni siquiera la alcance.

A Sainte-Beuve lo roía la envidia, morbo específico del escritor. Envidioso, luego antipático. En Baquero, hombre de generosidad, bulle la simpatía: la siente y la inspira.

No lo comparemos con Sainte-Beuve ni con nadie. No proceder como los poblanos, que comparan la torre de su pueblo con la torre de cada

pueblo que conocen. Nos contentamos con saber que tenemos en Baquero un hombre ejemplar. Ejemplar hasta en la evolución política de su pensamiento: de la derecha hacia la izquierda. Maestro, porque mucho nos enseña de continuo; sobre todo la virtud primordial del hombre enterado: sofrosine, filosofía viviente, elegancia de espíritu (1).

EN LA MUERTE DE BAQUERO

Ya tú conoces,
maestro, el libro
que nadie glosa,
terror de críticos.
Has contrastado
tu claro espíritu
con las incógnitas
del negro Abismo.

*

¿Amar debemos
nuestro martirio,
antes que al polvo
volvamos rígidos?
¿El viaje es vano
viaje de círculo:

(1) Estas líneas, con alguna que otra variante, las envió el autor desde Toulouse a D. Pedro Sáinz Rodríguez (verano de 1929), quien se las pidió para acompañar algún tomo de las *Obras completas* de Baquero. Estas *Obras,* como se sabe, las está editando la *Compañía Ibero-Americana de Publicaciones,* bajo la dirección del profesor Sáinz Rodríguez.

Por una equivocación aparecieron en uno de los tomos de Baquero—el consagrado a los poetas—con la firma ilustre de Ramón Pérez de Ayala. *El Socialista,* de Madrid, las publicó después, en su edición de Año Nuevo (1930), con mi nombre.

todo esperanzas,
todo suspiros,
todo quimeras,
todo lo mismo?

*

Desde una rama
responde un pío;
y desde el claustro
materno, un niño.

IV

LAS LETRAS YANQUIS Y LA EUROPA "TABU"

El vuelo de Lindbergh no pone de moda a los Estados Unidos, siempre sobre el pavés de la atención universal, sino les confirma, con la fidelidad de la fortuna, en la superioridad de que gozan.

De que gozan en casi todos los órdenes, con la excepción evidente del orden literario. Y ello sólo en cuanto a calidad. En cuanto a cantidad y en cuanto a beneficio, el productor literario yanqui supera al de cualquier otro país. La comedia de miss Anne Nichols, por ejemplo—esa triste cosa titulada *Abie's irish rose*—, le ha producido en sólo un año, según cuentan, más de siete millones de pesetas. Al Dante le produjo menos *La Divina Comedia*, y a Ibsen le han producido menos, de seguro, todas sus obras juntas.

Autores de más mérito literario que miss Nichols ganan menos, aun en los Estados Unidos;

pero siempre a estos autores yanquis la sombra de su gran país los ampara y los prestigia. El excelente novelista anglo-americano Henry James ocupa puesto de culminación en las letras actuales de Inglaterra y es uno de los niños mimados de la sociedad londinense: "Oh, Harry, my dear". Lo debe, naturalmente, en primer término, a su mérito literario y a su personal simpatía; pero ¿será extraño al caso el brillo de la bandera estrellada? Ningún escritor hispano-americano goza ni gozó jamás en España de semejantes preeminencias.

Exito reciente y asombroso de otro autor yanqui ha sido el de mistress Emerson o miss Loos, autora de *Los hombres prefieren a las rubias*, o, en la lengua originaria, *Gentlemen prefer blondes*.

Nuestro compañero en la Prensa D. Ricardo Baeza—excelente traductor, abominable crítico—ha publicado en castellano (Atenea, Madrid) una traducción meritísima de esta obra, con el título de *Los caballeros las prefieren rubias*. En el prólogo nos informa Baeza de detalles que nos dejan boquiabiertos. "En menos de año y medio, cerca de dos millones de ejemplares vendidos."

¡Pobre Valle-Inclán, que cree haber logrado mucho porque de un libro estupendo, como *Tirano Banderas*, se han expendido 10.000 ejemplares en pocos meses! ¿Dónde queda el escándalo de *La Garçonne*, esa porquería en trescientas y

tantas páginas, de la que se colocaron 150.000 ejemplares en menos de un año?

La mayor o menor venta, claro, no da ni quita mérito a una obra. Parece, con todo, el éxito de librería sanción pública del propio valer. La venta produce tranquilidad económica y espiritual, de que tanto necesitan los autores, aun los más modestos. ¿Por qué ha de estar a menudo el éxito de librería en razón inversa del mérito de los escritores? ¿Es justo que cualquier pornógrafo venda por kilos y Pérez de Ayala por dracmas?

¡Los caballeros las prefieren rubias! No parece tan destituído de virtudes literarias, como se ha dicho, este libro de éxito. Al contrario: para lo que se estila en los Estados Unidos, me parece muy bien. En los Estados Unidos, cientos y cientos de mujeres casi iliteratas producen cada año cientos y cientos de novelas muy malas y ganan cientos y miles de dólares muy buenos.

En *Los caballeros las prefieren rubias* puede haber carencia de arte, no de talento. Y el talento se muestra allí en dos formas simpáticas: la del humor y la de... ¿cómo decirlo? Vamos, una cosa absolutamente contraria al paletismo. El paletismo es algo muy vago, difuso y extendido para que su ausencia nos sorprenda. Cuando vemos un *pollo pera* que va a Londres y regresa empapado de britanismo, podemos estar seguros: es un paleto. Cuando un profesor, por más jactan-

cioso que sea y mejor dotado de auténticos dones que lo comprendamos, hace unas cuantas excursiones por el pensamiento alemán y luego nos abruma con sus descubrimientos, no cabe duda: paleto. El viajero que de Italia nos trae arte y de Nueva York negocios: paleto.

Pues bien: Anita Loos no posee un ápice de paletismo. Es el mismo caso del peruano Alberto Guillén: sería bueno recordar aquella obra, que tanto escoció en España, *La linterna de Diógenes*. Anita Loos va a Inglaterra, a Alemania, a Francia; las ve, las comprende; advierte lo grotesco en cada sociedad y lo ridiculiza, como quien no quiere la cosa, con habilísima, discretísima sorna. Desde luego, no tan feroz como la Guillén con algunos literatos de Madrid. Los franceses resultan en la obra de Anita Loos los peor librados. Lo merecen. Son los mayores cortesanos de Yanquilandia.

Los europeos, unos han reído, otros han callado. Con excepción de nuestro querido compañero José María Salaverría, que ni se ha reído ni se ha callado.

Salaverría se indigna. Ha sido el honrado y quijotesco paladín de Europa, campeón de Europa peso pluma.

No tengo a mano el artículo de nuestro querido y eminente Salaverría; pero lo recuerdo. Lleva a mal el que Anita Loos se burle de Europa. ¡Cómo! ¡Burlarse de Europa, continente sagra-

do, *tabú,* una persona de otro continente! ¡Qué osadía! ¡Eso no pueden hacerlo sino los americanos, siervos rebelados contra los antiguos señores!

No hay tales esclavos, ni tales amos, querido Salaverría. Y si los hubiese, no serían los Estados Unidos, en el momento actual y con respecto a Europa, los esclavos. Ellos no le deben a nadie, ni le mendigan a nadie, ni están de rodillas ante nadie.

Lo más raro del caso es que la actitud de Salaverría es generosa, de buen quijotismo. En el fondo estamos con él. Los Estados Unidos no tienen derecho ni razones para despreciar—no digo combatir, sino despreciar—a Europa como la desprecian y a cada momento se lo hacen sentir. Aunque la culpa es íntegra de Europa. Los Estados Unidos le plantan el pie en el pescuezo, le escupen la cara. ¿Qué hace Europa? Se contenta con limpiarla, después de sonreír, casi agradecida.

Como Europa no da muestras de indignación ni de defensa, el amigo Salaverría salta al ruedo y se pone en jarras.

Está bien que salga de las provincias vascongadas el campeón de Europa, peso pluma, y desafíe a combate singular al pugilístico Tío Sam; pero no está bien que, antes de poner al Tío Sam k. o. Salaverría, llame a los Estados Unidos esclavos rebelados. Y no está bien, porque no es verdad.

A menos que se crea que porque dos millones de yanquis fueron colonia británica hace siglo y medio, la gran nación levantada sobre los cimientos de aquella colonia deba mantener siempre un espíritu colonial.

V

¿LORITOS A MÍ?

Don Luis de Oteyza, ex director de *La Libertad,* me ha hecho el honor de dirigirme una carta abierta en los periódicos del sábado. No la he visto hasta ayer lunes. Hoy, martes, le contesto.

En la carta aparece un poco enfurruñado contra mí. Don Luis me niega en su escrito el dulce título de amigo.

Me he quedado vacilante. ¿Le contesto? ¿No le contesto?

No deseo darle la callada por respuesta y dejar con la palabra en la boca y la pluma en la mano a un escritor a quien estimo personalmente, y a quien no debo sino atenciones, como él recuerda en su epístola.

Pero, al mismo tiempo, ¿por qué escribirle, si don Luis no desea ser mi amigo, si supone que yo he roto la amistad por no haber asentido a una humorada suya sobre un pueblo en cruz? No se escribe sino a los amigos. Corresponder para decirse perrerías me parece de mal gusto.

Opto por el artículo de periódico, a un tiempo impersonal y cortés.

La carta y el enfurruñamiento de Oteyza se originan en un errorcillo de interpretación. Don Luis, aunque humorista, toma las cosas en serio, y a veces hasta en trágico.

Me parece que ahora ha confundido la amistad con las ideas y con actos políticos.

He citado con desabrimiento una frase amena e inoportuna de D. Luis cuando los yanquis ocuparon, hace ya muchos años, la isla de Santo Domingo.

A esto lo supone D. Luis un acto inamigable, y se amosca.

A D. Luis, en aquel dramático momento, no se le ocurrió sino este responso sarcástico: "Sólo sabemos de Santo Domingo que es un país donde hay muchos loros". Sin embargo, aquella isla un tiempo se llamó La Española, y sirvió de núcleo a los descubridores para la colonización de ambas porciones del continente.

La frase, muy graciosa en sí, era a la sazón tan inoportuna, que hasta los cocoteros de la isla, que conocen la lengua castellana desde el primer viaje de Colón, abatieron su penacho, desilusos, y luego, reaccionando, furiosos, dejaron caer unos cuantos cocos sobre la cabeza de un comerciante español que, perseguido por crecida patrulla de yanquis, huía con su mujer y sus hijos de los invasores, e iba diciendo:

—¡Malditos yanquis! Primero nos hacen salir precipitadamente de Cuba y Puerto Rico, y ahora nos desalojan también de otra isla donde vivimos y prosperamos tan a gusto, aunque no dispongamos de las aduanas.

La frase de Oteyza era también un acto político, por cuanto asentía indirectamente a la Ocupación. ¿Que no? ¿Que no se tuvo tal propósito? Es posible. Pero cuando se maneja una pluma hay que poner cuidado. La pluma pincha. Un movimiento brusco, impensado, puede sacar el ojo al vecino.

* * *

Don Luis me da en su carta ciertas noticias interesantes. "He escrito centenares de crónicas comentadoras, artículos informativos, juicios críticos y estudios históricos ocupándome de los pueblos de América."

Es verdad. Innecesaria la ostentación de esa brillante hoja de servicios. La conozco. "Además, a los compañeros americanos que a España vinieron por gusto o por necesidad, concediéndoles la más alta consideración, los atendí siempre que pude y los serví en cuanto me fué posible. De esto, asimismo, sabe usted algo y aun algos."

Más valía precisar, Oteyza: van a creer que

yo le he pedido dinero. Por lo demás, exactísimo. Recuerdo que Oteyza, estando yo preso en Madrid por la Dictadura, publicó mi retrato y palabras encomiásticas en *La Libertad,* de la que era director. En ello demostró D. Luis valor cívico y espíritu de compañerismo. Fué un servicio oportuno, que no olvido ni olvidaré. Don Luis es hombre abierto, hospitalario, cordial. Pero no se ensoberbezca, D. Luis, por sus virtudes, ni se suponga por ellas un ser de excepción. Lo mismo que don Luis, hacen ahora con los ultramarinos casi todos los compañeros madrileños. Y lo mismo se hace por allá con los de por aquí. Lo mismo, y, a menudo, algo más.

Estas son cosas naturales, y lo extraño es que no haya ocurrido siempre así.

Dice Oteyza que yo lo he felicitado por algunos de sus importantes estudios históricos, y hasta he hecho reproducir algunos de sus juicios críticos. Le parece, en consecuencia, una traición el no haber saboreado ahora su frase de los loros. ¿Loritos a mí?

No poseo excelente memoria; pero recuerdo que era Oteyza cronista de *El Liberal* cuando a mí me gustaban mucho sus escritos.

Entonces hizo un artículo sobre Bolívar. Yo le pedí autorización para hacerlo reproducir, como se reprodujo, en varias publicaciones.

También recuerdo los juicios críticos de Oteyza en aquella lejana época. Eran deliciosos. Con

el olvidado rebenque de Valbuena o con una baqueta propia, zurraba de lo lindo y con mucha gracia a una porción de poetastros americanos. Los dejaba como no digan dueñas. Empecé a considerar a Oteyza como a un benefactor social. Le animé cuanto pude a proseguir en su buena obra de saneamiento, a baquetazo limpio, y hasta le suministré, si no me equivoco, periódicos donde pudiera espigar barbaridades y cursilerías. ¡Con qué gusto lo veía sacudir su alegre látigo sobre las melenas alborotadas de tanto poetilla!

Y no sólo enardecía yo la férula del crítico por egoísmo, es decir, porque me placiesen las tundas que solía aplicar con donosura, sino en obedecimiento a un espíritu calculista y patriótico: nosotros necesitamos en América de brazos para la agricultura. Aunque nadie tome en cuenta por allá a semejantes poetillas, Oteyza prestaba un servicio nacional desprestigiándolos. Después de los tremendos y jocosos vapuleos no había duda: las víctimas iban a cambiar la lira por el azadón.

Lo único malo de todo aquello era que, después de tan imponentes flagelaciones, Oteyza incurría en algunos versitos propios.

Los humoristas son terribles. ¿Iba Oteyza a dirigir el látigo contra sí mismo, como aquellos disciplinantes de la Edad Media que por humildad y amor de Dios se flagelaban en público?

Por fortuna, no ocurrió el anacrónico espectáculo.

* * *

Nunca supuse, lo confieso, que fuese Oteyza a amoscarse porque no me pareciera de perlas su frase de los loritos. Es decir, su frase me parece feliz, espiritual, como de Oteyza. Lo que me choca en ella es el momento en que se produjo y la intención que, sin tener, pudiera suponérsele.

A la mera suposición de que Oteyza o cualquier otro periodista español, por amigo y por ilustre que sea, se regocije al ver cómo los yanquis acogotan a un pobre diablo de pueblo, hijo más o menos natural de España, se me encabrita la pluma.

Tanto peor si se pierde un buen amigo por salvar un sentimiento o por servir una idea.

VI

UN LIBRO ESPAÑOL SOBRE MÉJICO

Alegrémonos de que un europeo haya escrito *La revolución mejicana, sus orígenes, sus hombres, su obra.* Alegrémonos, mayormente, de que ese europeo sea español.

Ya era tiempo de que algún español contemporáneo escribiera sobre América una obra de calibre.

—¿Cómo es posible—me he preguntado con pena tantas veces—el que gente seria, valiosa, unos en letras, otros en filosofía, otros en política, cuando discurren sobre cosas de América se pongan en completo ridículo?

En efecto: se cree en España poseer con respecto al Nuevo Mundo una misteriosa ciencia infusa. Sin estudiar nada se piensa poder juzgarlo todo. Y menos mal cuando la mala fe no es de la partida. Aún se recuerda el libro de Blasco Ibáñez sobre *El militarismo mejicano.*

Sin salirnos de la literatura, abundan casos cu-

riosísimos: un joven castellano prepara su viaje al Plata; va a casarse con una rioplatense; quiere ser grato al país donde va a instalarse. Publica un artículo con tal fin: conocemos la tolvanera del meridiano madrileño. Otro hombre joven, de muchísimo talento y generosa intención, de esos que opinan que los literatos no deben ocuparse en política—como si lo literato suprimiese lo ciudadano—, reseña un libro de Italia sobre la República Argentina. ¿Qué dice? Habla el crítico de España con el escritor de Italia como hablarían Chamberlain y Briand sobre minúscula región del Africa ecuatorial que se disputasen Inglaterra y Francia.

Oigamos al crítico:

"El autor es un italianizante a ultranza. Un espíritu que va a lo suyo. Lo suyo es *la latinidad.* Todo el libro está lleno de latinidad. Yo me temo mucho que mientras los italianos no apeen ese término, equívoco y peligroso, vamos a hacer pocas migas los españoles con ellos. Tal vez el secreto de una inteligencia hispanoitaliana en América esté en ese leve *quid;* suprimir la palabra *latinidad.* Si ellos, los italianos, nos piden la supresión de *iberoamericanismo,* yo no veo, por mi parte, ningún obstáculo."

¿Es un brillante literato, un joven autor, sin haberse especializado en política internacional, don Ernesto Giménez Caballero, quien discurre, o es Chamberlain que discute con Briand? Ni lo uno

ni lo otro. Es el canciller de hierro, es Bismarck, vencedor todopoderoso, que dictamina sobre la suerte de los pueblos.

* * *

Pues bien, *La revolución mejicana,* de don Luis Araquistain, viene a romper esta tradición de vacuidad, indocumentación y charlatanismo. Se trata de un libro serio sobre la evolución política, económica y social de Méjico; y el estudio de esa evolución de cuatrocientos y más años tiene una finalidad: la de poder llegar al conocimiento y análisis de la actual transformación de aquel país. Ese país, en efecto, atraviesa un período digno de estudio: se está desprendiendo heroicamente de su pasado como la serpiente de su piel. Mejor: no se está desprendiendo, se ha desprendido.

Aún se debate con adversidades y oposiciones, que toda honda revolución de una sociedad encuentra antes de transformarse de ideal en hecho consumado. Máxime en el caso de Méjico, que ha tenido en su contra factores de oposición muy poderosos: el capitalismo nacional e internacional, el latifundismo, la ignorancia y secular esclavitud del indígena, la teocracia imperante en aquella sociedad, la herencia de una feroz

dictadura. ¡La misma riqueza del suelo y del subsuelo era un peligro! Había que defenderla y defender al mismo tiempo la nacionalidad, y defender el espíritu de la revolución contra el imperialismo, contra el capitalismo, contra la inercia nativa, contra el espíritu del pasado y contra los privilegios.

La lucha ha sido heroicísima, ejemplar. Esa transformación—y la brega de los hombres que han contribuído a realizarla—es el objeto de esta obra de Araquistain. Apresurémonos a aplaudir al autor. Ha cumplido su obra con un espíritu que se cierne sobre los acontecimientos, dominándolos, comprendiéndolos. La labor del expositor no vale menos que la del observador. En una prosa noble, clara, objetiva, sin histerismos, ni apasionamientos, ni manchones de colorista, va narrando muy bien lo que tan bien ha sabido ver: las fuerzas sociales en lucha y la orientación que, en medio del caos aparente—lo único que alcanzan a divisar cegarritas y charlatanes—, van siguiendo las clases, los partidos, los grupos, los hombres.

Por fin nos damos cuenta: ha triunfado en toda la línea una gran revolución. El indio no será el ilota de antaño; la tierra será dividida entre los que la cultivan por siglos de siglos, sin poseerla; el capital extranjero se someterá; la Iglesia católica no será un Estado dentro del Estado; las leyes que dicte la revolución serán acatadas por

propios y extraños. El autor concluye: la revoción de Méjico es la primera revolución de veras que ha llevado a cima un pueblo hispánico.

* * *

¿Ha producido Araquistain una obra de improvisación? No. Estaba preparado para escribirla. Tenía a su favor para escribirla una previa capacidad, no una previa preparación. Esta preparación la ha ido adquiriendo poco a poco en contacto con el mismo pueblo cuya revolución analiza; en el estudio del pasado de ese país, en la sagaz observación del presente, en la relación personal, directa, con los prohombres representativos y los factores primordiales de la revolución.

Pero esto solo no bastaba. Ni bastaba siquiera, aunque ayudase, el haber convivido con otros pueblos hermanos de Méjico. No bastaba el haber estudiado los problemas de otros pueblos americanos como en *La agonía antillana,* ni el problema general de Hispano-América en *El peligro yanqui.* Era menester más. Era menester poseer las virtudes personales e intelectuales que otorgan autoridad a los juicios del Sr. Araquistain: una serenidad, una ecuanimidad a prueba de contrastes, una perspicuidad que a veces llega a la intuición, un espíritu curioso, estudioso, una conciencia vigilante, una generosa hombría de bien y un enérgico valor cívico de opinión.

Han creído algunos que este libro se ha publicado con el propósito de ser grato a los actuales magnates de Méjico. Sus opiniones y modos de ver la revolución y las distintas faces que ésta asumió las compartimos con frecuencia. Dada la ideología del autor, parece natural que así fuera. No lo acompañamos en su juicio sobre el presidente y caudillo Venustiano Carranza y lo que Carranza representa en la evolución del proceso revolucionario. No parece que Carranza fuera lo que creen Obregón, Calles y Araquistain. Carranza fué un momento bien caracterizado de la revolución, y a su recia voluntad se debe el triunfo de ésta en un momento angustioso. Nadie podrá olvidar su energía inquebrantable ante los Estados Unidos. Nadie, que obra suya fué en gran parte, la Constitución de 1917. Otros reparos, pocos, podrían oponerse a la obra de Araquistain.

Este libro, con tal cual salvedad, debiera traducirse a otras lenguas y difundirse por Europa. El español, el europeo que lo haya leído y comprendido no podrá ya fantasear sobre la revolución de Méjico. Ya será imposible a la mala fe pretextar ignorancia. Ya no diremos que se persigue a la Iglesia. Ni que se arruina a los capitalistas.

Este libro, aunque no sea polémico, endereza muchos entuertos y pone muchos puntos sobre muchas íes.

QUINTA PARTE

EL ESPÍRITU EXTRANJERO EN RELACIÓN CON ESPAÑA

I

LIBROS SOBRE ESPAÑA

Los franceses, vecinos tan vecinos de España, ¡qué poco la conocen! O, por lo menos, ¡qué mal la interpretan! No es, naturalmente, por incapacidad de los intérpretes ni porque el alma española necesite de esoterismos y claves únicos. Los que han penetrado civilizaciones remotas, desaparecidas—la de Egipto, la de Caldea—, al través de datos someros, ¡cómo no iban a poder explicarse y explicar a un pueblo vivo, colindante, con algunas raíces etnológicas comunes, con características sociales muy parecidas y con quien se ha tenido un estrecho contacto histórico de siglos y siglos!

Las razones son otras. Entre ellas, la del español que no aprende nunca bien la lengua italiana: le parece este idioma tan fácil, tan próximo al suyo propio, que rompe a hablarlo sin estudio y se imagina adquirirlo por ciencia infusa. Las quejas de España contra Francia, a este respecto,

son constantes; y ya de simples quejas se ha convertido en burla.

* * *

Ahora mismo, en lo que va de año, acaban de publicar libros franceses sobre España una señora muy conocida en su casa—que nos presenta *L'Andalusie sentimentale*—y un escritor conocido por su especialidad cabaretiera y burdelesca: Francis Carco.

La Andalucía de la buena turista comienza en El Escorial, en la Casita del Príncipe, "*rendez-vous* de amor", y su primer andaluz resulta Felipe II. Asegura la escritora que Don Felipe "detestaba el ruido de los besos". Sin embargo, si no nos equivocamos, el distinguido andaluz tuvo varias señoras, y en materia de mujeres le gustaban hasta las tuertas.

No conozco la obra de esta apreciable dama, que ha querido mostrar a España, y, de paso, algún talento, no habiendo conseguido, según parece, ni lo uno ni lo otro. Conozco sólo referencias de un crítico; pero éstas, sustanciosas. La profundidad emotiva y cerebral de la escritora no se puede poner en duda. ¡Qué interesantes sensaciones y reflexiones con motivo de la Alhambra! "La Alhambra no se describe: se siente, se respira, se oye." ¡Muy bien!

El crítico afirma que el libro es muy agradable. Tal vez más de lo que el crítico supone. Debe de ser muy agradable, sobre todo hacia el final: primero, porque se acaba, y luego, porque la escritora lo cierra con broche de oro. "Concluye —dice el crítico—con algunas notas y aforismos sobre España, en los que la sensibilidad y la ironía se entremezclan en proporciones felices."

* * *

El libro de Carco es ameno. Pero qué pobres fuentes y qué turbias parecen para estudiar a un pueblo la única relación con intérpretes, rufianes, prostitutas y prostitutos. Aunque Carco no quiera estudiar nada, sino se contente con observar —por amor al arte—la mala vida. Aberración del olfato, se complace en los sitios pestilentes. Allá él...

Lo mejor del libro de Carco son los comentarios de Montherlant, especialista en españología. Según Montherlant, los esfuerzos de España hacia "el progreso" sólo sirven para que los demás pueblos se rían de ella. Y él, a su turno, se ríe del rascacielos español, de un rascacielos único, blanco, que se levanta sobre la ciudad "chata". El tono de Montherlant no quiere ser burlesco, sino patético. El error consiste

en dar importancia de símbolo a cosas que no la tienen, para el espíritu español, ni siquiera como detalle. Un poco más alto que el rascacielos de Madrid y que todos los rascacielos de Nueva York está el espíritu de España. Y está su magnífico desdén. Por lo demás, el autor se conoce hasta cierto punto: "En realidad—dice—, no he hablado nunca de España en mis libros sino muy superficialmente... Las burlas de *La petite infante de Castille* pertenecen al género de chistes de turistas".

El error de Montherlant consiste en suponerse ahora preparado para más.

* * *

Qué diferencia entre autores todo cáscara, todo superficie, todo una sola dimensión, autores tan cercanos y tan remotos, con autores más lejanos en el espacio, pero de curiosidad más profunda, y que no miran a la humanidad al través de las gafas ahumadas de sus prejuicios o de sus limitaciones nacionales.

El nombre de Waldo Frank viene a los puntos de la pluma y no por casualidad. En él pienso mientras comento a los escritores de Francia.

Waldo Frank, escritor de raza hebrea, nacido en los Estados Unidos, por judío, no por

yanqui, comprende a España, pueblo religioso, como el suyo; pueblo pasional, como el suyo; pueblo que ha sufrido, como el suyo; pueblo que se creyó un tiempo elegido de Dios, como el suyo; pueblo, como el suyo, viejo y que, a pesar de los siglos, conserva en medio de las desilusiones alguna vital y rosada ilusión.

Waldo Frank une a su predisposición de raza el estudio y las cualidades personales—entre ellas, la intuición—para comprender a España. Su libro *Virgin Spain* es una de las interpretaciones más conspicuas de esta España que sus hermanos en raza contribuyeron a formar, y con los cuales el catolicismo político español, rompiendo las antiguas tradiciones de tolerancia de este país, ha sido tan intransigente y tan ciego.

La reciente obra de un escritor nacional, Manuel L. Ortega, *Los hebreos en Marruecos,* pone a la orden del día la cuestión de los judíos en relación con España, no sólo del punto de vista puramente histórico, sino del punto de vista moral y de conveniencia y política del momento. Existe cantidad de judíos en Marruecos que reconocen por patria a España, no sólo por sentimentalismo, sino por interés político. Existen otros en Oriente que, aunque posean otra nacionalidad, conservan como idioma del hogar la lengua española de sus abuelos, perseguidos y expulsados por la Inquisición y la Monarquía de los Austria. Estos judíos representan una gran fuerza

dispersa. ¿Conviene reintegrar a la patria de origen esa fuerza hispanizante? Si conviniera, ¿se podría? ¿Conviene disciplinarla y aprovecharla? El libro de D. Manuel L. Ortega, libro de una erudición asombrosa, al que parece no ser extraño nada que se relacione con los hebreos, plantea, aunque no resuelva, problemas de varia índole en las relaciones de España con sus distantes descendientes hebreos.

Un profesor de la Universidad madrileña explica, si no exculpa, en el prólogo de esta obra, la expulsión de los judíos españoles por la necesidad de formar la unidad nacional a base de la unidad religiosa. El patriotismo no necesita de patrañas. D. Pedro Sáinz Rodríguez sabe que la unidad nacional estaba formada por las armas cuando se expulsó a los hebreos y a los árabes. Que España se desangró sin beneficio. Todos los pueblos del mundo han cometido errores y crueldades. Lo peor no es cometerlos, sino exculparlos o persistir en ellos. ¡Con qué cara defiende un hombre moderno, justo y de ideas avanzadas, los crímenes históricos de su país!

En cuanto a Waldo Frank, ha escrito una de las más felices interpretaciones de España, por ser uno de aquellos cuyos hermanos en raza—los sefardíes—han conservado como lengua del hogar la de Castilla, como solaz del espíritu los romances españoles de la Edad Media, y que antes de emprender el inicuo éxodo a que los condena-

ron—el segundo y triste éxodo de su milenaria historia—, "antes de marchar de España, iban a los cementerios donde dormían el sueño eterno sus abuelos y pasaban días enteros llorando sobre las tumbas".

Esto sirve más, mucho más, para interpretar el alma de un pueblo, sea con criterio de odio, sea con criterio de amor, que habitar un país cercano, con los Pirineos de por medio. Con los Pirineos y algunos prejuicios.

II

LA EPOPEYA BIZANTINA DE LOS ALMOGÁVARES

Miembro del Instituto, don Gustavo Schlumberger acaba de publicar un libro sobre la expedición a Oriente de catalanes y aragoneses, el siglo XIV.

El señor Schlumberger es un erudito. Como erudito conoce la obra clásica del catalán Ramón Montaner sobre la expedición a Oriente: la ha sabido aprovechar. En el fondo no ha sabido otra cosa.

De tiempo atrás, aunque parezca mentira, había leído yo a este académico francés, que publicó y prologó las *Memorias del Comandante Persat,* un soldado napoleónico, atrabiliario y fanfarrón, que estuvo un poco de tiempo con Bolívar. De vuelta en Europa el comandante, se complacía, por apuesta, en falsificar noticias contra la Revolución de América.

Somos, pues, viejos conocidos el señor Schlumberger y yo. Apreciable académico, no inventó la pólvora. Lo que no quiere decir que sea tonto.

No lo es: ahora saquea la obra de Ramón Montaner, ese Bernal Díaz del Castillo de la expedición trecentista.

Los franceses gustan de prestar a los catalanes una personalidad colectiva, una nacionalidad diferente de la española, como si en lo catalán no estuviese implícito lo español. Eso hace el señor Schlumberger.

Aragoneses iban casi a par de catalanes en aquella expedición, y en menor número, baleares, navarros. ¿No recuerdan los franceses que hasta gente del Rosellón, del Languedoc y de Cerdeña se encontraban entre los españoles de la expedición oriental? Aun aventureros griegos y jinetes turcos se unieron, más tarde, a los hispanos de la gesta bizantina. Pero ninguno de estos aportes extranjeros supedita, ni menos descaracteriza, al núcleo primordial de cátalo-aragoneses.

Tal vez Ramón Montaner, historiador y héroe de la epopeya de los almogávares en Oriente, sea causa de que se patronimice catalana a la expedición. Tal vez porque su obra fué escrita en lengua de Cataluña y no de Castilla se confiere a la expedición una exclusividad e independencia catalanas.

Ello probaría una vez más que los mayores triunfos son de la inteligencia, que los fastos de más lustre no perduran sino por la pluma que los narra y el arte que los decora y ennoblece.

* * *

Una de las más asombrosas páginas de la Historia española fuera de España es la expedición de aragoneses y catalanes a Oriente a comienzos del siglo XIV.

¡Serie de aventuras magníficas! Las realiza un grupo errante de aventureros españoles entre 1302 y 1311, en Asia Menor, Tracia, Macedonia, Tesalia...

Aquellos aventureros deslumbran con sus hazañas el Imperio bizantino. En Anatolia obligan a recular a los turcos invasores. Su sola presencia detiene a los búlgaros, que amenazan Constantinopla. Desde el mar de Mármara hasta el mar de Jonia huían despavoridos los ágiles jinetes turcomanos al grito de "¡Aragón, Aragón!", lanzado por baturros de picas insaciables. Magnesia, Efeso, los vieron triunfar. Destruyeron a los alanos, mercenarios al servicio de Grecia, en los Balkanes; derrotan en Valaquia al *Sebastócrator*, Juan II; toman a Heraclea, en Tracia, y pasan a cuchillo la población. Las llanuras de Tebas, en Beocia, orearon sus laureles.

¿Es todo? No. Aquellos nueve o diez años de empresas militares fueron muy bien vividos. Jamás se hizo más por tan poca gente, en una década, en tierra extraña y contra gentes tan numerosas y diversas.

Catalanes y aragoneses se hacen llamar, se hacen pagar, se hacen honrar y se hacen temer.

Por su crueldad, por sus rapiñas, por su inso-

lencia, inquietan y atemorizan a los últimos Paleólogos, *basileos* o emperadores de Bizancio, a quien sirven. Los barones de Morea, del Atica y del Archipiélago, sucumben a sus manos. Destruyen los principaditos que erigió la cuarta Cruzada. El ducado de Atenas fué su presa.

No se contentan con menos de hacer elevar a la dignidad de megaduque o gran almirante de la flota imperial a Roger de Flor, su primer capitán, brillante y audacísima figura del medioevo. Parece poco. Roger de Flor aspira a la mano de una sobrina del emperador Andrónico, y la obtiene. Simple aventurero anónimo, alcanza como esposa a una Porfirogeneta. La misma fortuna que a Hernán Cortés y Napoleón le permite compartir su tálamo democrático con una princesa de sangre real.

Los almogávares no lo nombran sino el César Roger. Y cuando Miguel Paleólogo—Miguel el pérfido—asesina a Roger de Flor, a los postres de un festín, ante los ojos aterrorizados de la *basilisa,* aquellos españoles lo vengan cumplidamente. Ponen la sanción de su venganza por encima de la lisonja y de los intereses, ellos tan vanidosos, ellos tan amigos del oro, del botín.

El sucesor de Roger en el comando, Berenguer de Entenza, ya no sólo adopta un vago título de César pretoriano, sino que se reconoce a sí propio, "por la gracia de Dios", megaduque de Ro-

mania, señor de Anatolia y de las islas del Imperio.

Este bandido heroico, imperator "por la gracia de Dios" y de los españoles de aquella gesta, vence en Gallípoli, con solo tres mil guerreros, a un numeroso ejército de mar y tierra de los griegos; y Bizancio, que tiembla ante el peligro de catalanes y aragoneses, debe la salud a la carencia de aptitud política en aquellos jefes y soldados, tan capacitados para la guerra.

Después de Entenza continúa llevándolos por caminos de triunfo un tercer jefe: Rocafort. Como los grandes jugadores, los grandes guerreros son insaciables. Los almogávares alcanzaron honores, poder, fortuna. Nada amaron como la guerra.

* * *

Estas aventuras de los almogávares a comienzos del siglo XIV tienen—aparte el sabor de época—un inconfundible sabor hispánico. El heroísmo personal y colectivo solo no se lo da: se lo da el heroísmo personal y colectivo en grado eminente, unido a otras virtudes y a muchas deficiencias: la falta de escrúpulos, la crueldad inútil, el generoso alarde caballeresco; ¿no van veinte caballeros españoles, jugándose la vida—que perdieron—, a desafiar al pérfido *basileo* Miguel Paleólogo por el asesinato de Roger de Flor?

Algo más impone sello hispánico a la epopeya bizantina de los almogávares: la carencia de capacidad política en aquellos héroes y la falta de contenido ideal de aquella máscula empresa. Algo más aún—otra virtud que emparenta a catalanes, aragoneses, navarros y baleares del siglo XIV con castellanos, extremeños y andaluces de la conquista de América en el siglo XVI—: el vigor de cada personalidad, la individualidad magnífica, la iniciativa de cada quién para acometer magnas empresas de audacia por cuenta propia, sin el apoyo del Estado. Y no sólo de acometerlas, sino de acometerlas y saberlas realizar.

Esto último es una de las características de la conquista de América por los españoles. No la realiza el Estado—es un absurdo ridículo y servil llamar a Isabel la Católica la Reina Madre de América—. La conquista la realizan audacísimas y sorprendentes individualidades, hombres del pueblo sin nexos palatinos, guerreros natos, no militares de Academia ni de cuartel, seguidos de cortos grupos de hombres afines.

* * *

Tan de raíz hispánica resulta la maravillosa aventura de los almogávares del trescientos, que, en más reducida y opaca escena, la han reprodu-

cido otros españoles, o hijos de españoles, en la América del siglo XIX.

Cuando el general Antonio José de Sucre fué electo primer presidente de Bolivia, el Libertador le dejó varios cuerpos de tropas colombianas. Entre estos cuerpos, unos escuadrones de llaneros de Venezuela. La caballería de los llanos de Venezuela había sido el asombro de América en las luchas de entonces. "*Dadme cien mil llaneros venezolanos*—escribía el general don Pablo Morillo al Gobierno de Madrid—*y me paseo por Europa en nombre del Rey de España.*" Nada era igual en osadía a los llaneros de Barinas, del Guárico, de Apure. Nada era tampoco igual a su barbarie.

Un comandante Matute, hijo del Guárico, se disgustó con Sucre, hombre de orden y limpieza moral. El bárbaro Matute, so pretexto de reunirse a Bolívar—que estaba en el Norte—, tomó camino del Sur con sus escuadrones guariqueños, y se internó en la República Argentina. Allí redivive, en reducida escala, a Roger de Flor, Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort.

Unas veces al servicio militar de los güelfos, otras al servicio de los gibelinos, siempre triunfa en los campos de batalla argentinos el partido a quien favorecen las tremendas lanzas del Guárico. Aquellos soldados desinteresados de la emancipación se convirtieron en mercenarios de las guerras civiles. Saquearon, se enriquecieron, gobernaron provincias. Fueron árbitros. La lisonja

y el temor los rodeaban. Podían ser felices. No lo fueron. Seguían guerreando: no sabían otra cosa.

Iban mermando en número a cada combate. Llegó un momento en que sólo queda Matute con un puñado de bárbaros. El famoso argentino Facundo Quiroga, al frente de sus tropas, exterminó a los once últimos guariqueños—no quisieron rendirse—en la acción del Rincón. (Véanse los *Recuerdos de la guerra de la emancipación americana,* por F. Burdett O'Connor, y las *Cartas de Sucre,* publicadas en Bolivia.)

Casi nadie recuerda las hazañas inútiles de los llaneros de Venezuela en la República Argentina. Esas hazañas reproducían, sin embargo, en escala reducida, las aventuras de los almogávares en el Imperio de Bizancio.

La empresa de los almogávares era tan española—repítase—, que sólo españoles, o hijos de españoles, iban a reproducirla, aunque en pequeño, siglos más tarde.

* * *

¿Qué mucho que nadie se ocupe del oscuro oficial de los caballerías del Guárico si casi nadie se ha ocupado tampoco del brillantísimo condotiero de la Edad Media, aquel Roger de Flor que se levanta por su esfuerzo victorioso hasta emparentar con los emperadores de Bizancio?

Centurias han corrido sin que la epopeya de los almogávares haya encontrado el historiador o el artista que la eleve a las nubes. El arte la ignora: ni mármoles ni bronces la recuerdan.

¡Por qué olvida el mundo la estupenda historia de aquellos estupendos guerreros de Cataluña y Aragón? La olvida, tal vez, principalmente, porque aquella actividad y aquel valor únicos, tan pródigamente derrochados, no estuvieron al servicio de un ideal.

Sin un grande y generoso ideal, que mueva los cerebros, los corazones y los brazos, toda actividad humana, por sorprendente que parezca, carece de sentido. Los hombres tienen sobre todo la memoria de las ideas. No nos inclinamos reverentes sino ante símbolos.

III

ITALIA Y ESPAÑA: SU ACERCAMIENTO LITERARIO

España ha crecido después de la guerra, tanto por desgaste de las demás potencias, como por propio desarrollo económico, demográfico etc. Italia fué uno de los primeros países en advertirlo, y, desde lejos, sonrió a la península hermana.

Esta vaga simpatía tuvo su repercusión en las letras. Los italianos empezaron a leer—y a traducir, naturalmente—, a los autores españoles. España, a su turno, empezó a traducir y a leer a los autores de Italia. En poco tiempo, diversas Compañías italianas han visitado los teatros españoles. El triunfo de Pirandello en España es tan estruendoso como no se ha conocido aquí, en parecidas circunstancias, otro igual.

Suponiéndose Italia defraudada por Francia y por Inglaterra en sus aspiraciones norteafricanas, volvió los ojos a España, que también iba a ser

sacrificada en la cuestión de Tánger. Se realizó el viaje de los Reyes de España a Roma. Se espera el viaje de los Reyes de Italia a Madrid. Y aun cuando estos viajes no lograsen ningún acuerdo político, ni siquiera algún matrimonio dinástico, entre uno y otro Estado, sirven para acrecer el relativo acercamiento literario.

Esta avivada curiosidad recíproca entre uno y otro pueblo bastaría para justificar las cortesías, los apretones de manos, las sonrisas de Estado a Estado. Entraña, además, desde el punto de vista exclusivametne literario, una lección. Esa lección puede traducirse en estas palabras: hay que tener amigos.

El aislamiento político de un pueblo, en efecto, repercute en otros órdenes de su vida, máxime en el intelectual. ¿Quién reveló al mundo la novela de Rusia sino Francia, interesada por su alianza política en conquistarse la amistad de los intelectuales rusos? ¿Por quién conocemos el teatro escandinavo? Por Alemania. El aislamiento es un anticipo de la tumba. Del muerto no se ocupan sino los gusanos que lo devoran.

En las relaciones literarias entre Italia y España no ocurre lo que entre Escandinavia y Alemania, o entre Francia y Rusia. Ni España posee una lengua tan brumosa e inaccesible como los moscovitas, ni Italia es hoy, bajo el dogo latino, una potencia tan formidable y expansiva como Alemania bajo el Káiser teutón.

Las revelaciones literarias, pues, entre estos países, son de nación a nación.

Este anhelo recíproco de conocimiento intelectual desvía un poco la atención de ambos pueblos de la literatura francesa. Y eso está muy bien. Traer a las letras de cada país, en conjunto, los tesoros de las demás literaturas equivale a empobrecerla; equivale a reducir el espíritu nacional al estado de satélite. Eso ocurre en España con respecto a Francia.

* * *

¿Quiénes son los escritores de España que penetran en Italia? En primer término, Unamuno. Los italianos saben lo que hacen. En la novela, Blasco. Como poeta, Antonio Machado. Otros podrían citarse, entre ellos algunos americanos: Nervo, por ejemplo. El profesor Ezio Levi, de Florencia, ha publicado una obra muy sugestiva y meritoria: *Figure della letteratura spagnuola contemporanea*. Estas figuras literarias fueron escogidas, adrede, en distintos campos. Ezio Levi se propuso mostrar la variedad de una literatura, en el cultivo de la novela, y no sólo presentar a unas cuantas personalidades de primera fila. Por eso vemos allí junto a Unamuno, el maestro, a Concha Espina; junto a Blasco Ibáñez, el inevitable, a Hoyos y Vinent, y aun aparecer a un america-

no—cuyo nombre no necesito citar—y que trae á este concierto de desemejantes su nota propia y exótica.

No todo, claro, es obra del viaje de los Reyes. Este libro de Levi, por ejemplo, es de 1922.

Nosotros, a nuestro turno, hemos traducido a sus novelistas ya célebres: Giovanni Verga y Grazia Deledda. Del primero, *Eva;* de la segunda, *La niña robada, La vuelta del hijo.* Hemos traducido a sus buenos críticos: Benedetto Croce, Federico Olivero, Francesco de Sanctis; a pensadores como Giovanni Papini (*El crepúsculo de los filósofos, Historias inverosímiles*), como Virginio Gaida (*La convulsión rusa*); a excelentes novelistas jóvenes: Alfredo Panzini, Mario Puccini, otros (1).

¿Han llegado estos autores a ser familiares a nuestro público? Tal vez no ha habido tiempo. Sin embargo, uno de los más débiles, el novelista Verona, una especie de Felipe Trigo de por allá, se filtra en la mesocracia por razones no siempre literarias.

* * *

No existe autor italiano, en cambio, de más

(1) Menos la obra del gran Croce, las demás las he hecho traducir yo para *Editorial-América.*

accesible recuerdo en los círculos intelectuales de Madrid que Mario Puccini. Los diarios y el público "municipal y espeso", sólo parecen ignorarlo. ¡Qué injusticia! ¡Y qué poco gusto!

Mario Puccini, el amigo más fervoroso de las letras hispanas, es también uno de los más conspicuos noveladores de la Italia de la postguerra. Posee el espíritu crítico, la penetración psicológica, el don verbal. Construye sus novelas, sin complicaciones inútiles, de manera sencilla y maestra. *Dove é il peccato é Dio*, por ejemplo, alcanza los aledaños del *capolavoro*.

"Donde está el pecado está Dios", dice Mario Puccini. *El milagro* es la glosa novelesca de esa audaz filosofía.

Se trata de un seminarista con la vocación invencible del sacerdocio y la pureza espiritual de un místico. Imagina que su abuela, vieja zurcidora de voluntades, es el obstáculo para que Dios se le revele a él, para su conjunción con la Divinidad, a cuyo servicio va a consagrar la vida. Fué malo por bondad. Deseó la muerte de la anciana; un día que la pobre señora fué a visitarlo al seminario, casi la mata en la sombra desierta de la capilla. No respiró feliz sino cuando la vió entre cuatro cirios. Ante el lecho de muerte de la alcahueta, en el antro del pecado, se le reveló la Divinidad. La Divinidad realizó "el milagro" de matar a la vieja y penetrar en el corazón del nieto, apaciguándolo. *Dove é il peccato é Dio*.

Así contado el asunto, parece la novela de Puccini bien poca cosa. También parecería bien poca cosa al que le dijesen que la Venus de Milo es sólo una mujer desnuda. Pero ved el mármol y leed la novela. Si poseéis el sentimiento de la hermosura, el don de la emoción estética, sentiréis el encanto (1).

Puccini ama los grandes asuntos. Otra de sus novelas, por ejemplo, *¡Viva la anarquía!*, es un estudio del aspecto mental de la sociedad italiana, a raíz de la guerra. Se dice que esta novela de Mario Puccini no fué extraña a la formación del espíritu fascista.

Saludemos en este amigo generoso de España y de las letras españolas de ambos mundos a uno de los más interesantes novelistas jóvenes del Mediterráneo, en los días que vivimos. Un novelista que todavía no ha dado todo lo que de seguro nos dará.

---

(1) Cipriano Rivas Cherif ha traducido admirablemente esta admirable novela con el título de *El milagro*.

IV

EL PUESTO DE ESPAÑA EN EL TEATRO CONTEMPORÁNEO

I

Hace poco se ha publicado en lengua inglesa, y por autor de mucho mérito—Mr. Isaac Goldberg—un libro sobre el carácter del teatro contemporáneo. Se titula *The drama of transition;* y ese título es quizás lo único malo de este buen libro.

Estúdiase en la obra el teatro de los autores nuevos de Alemania; el teatro de los nuevos dramaturgos de Italia. Evoca el autor figuras del moderno teatro ruso, como Nicolás Nikolaievitch Evreinov, en torno de cuyo combatido nombre y de cuyo arte—que algunos califican de pueril y pretencioso, mientras otros lo diputan por magnífico—alaza elegante capítulo jaspeado de opiniones. En el incipiente teatro de Sur-América, admira y hace admirar la fuerte y joven figura malograda de Florencio Sánchez. A propósito de Francia, sucita un antiguo y nuevo p roblema hasta ahora insoluble: el problema de teatro para pueblo; es decir, arte para las masas.

Conviene que, de paso, al exponer los asuntos del libro, comentemos éste: el de arte para multitudes. El arte puro es un lujo de nervios y espíritus refinados por la naturaleza y la educación. El arte popular tiene que ser algo inferior y, desde luego, las masas poseen su teatro, el teatro que les gusta, el teatro melodramático; y un espectáculo mudo—es decir, en que no habla directamente el espíritu—, espectáculo episódico, entre sentimental, pintoresco, ingenuo y violento: el cinedrama divulgado por los yanquis, y que las masas de Europa, más cultivadas que las de Yanquilandia, devoran, sin embargo, con fruición.

¿Quiere esto decir que el pueblo no pueda elevarse a delicadas sensaciones estéticas? No. Sólo que, en cuanto se elevaba, deja, por ello mismo, de ser multitud. No conviene, pues, abajar el arte, buscándole nivel democrático; es preferible elevar las masas populares. Baste añadir que las masas populares suelen, en cierto sentido, empezar en las Academias.

Otro de los capítulos de *El drama de transición*, el más interesante quizás, es el consagrado a los autores judíos, al drama *yiddish*.

Esta gran raza hebrea, tan de pasión y de gusto; esta raza tan apta para el arte, y a la cual pertenecen algunos de los nombres más excelsos del siglo XIX, en poesía, en música y en pintura, ha producido en una lengua absurda, el guirigay

llamado *yiddish,* una fuerte literatura dramática. Por medio del mismo autor de *El drama de transición* ya conocíamos en inglés lo mejor de ese teatro: obras de David Pinski, de Sholon Asch, de Pérez Hirschbein.

* * *

También se trata de España, con mucha conciencia y mucha ciencia en *El drama de transición* Como ningún crítico, ni siquiera ningún cronista, en España ha dicho nada, hasta ahora, ni del libro ni del autor, nos aventuramos a presentarlos el uno y al otro.

Según se advierte por las líneas precedentes, no se produce obra semejante—contribución tan copiosa al estudio de modernas literaturas comparadas—sin poseer un caudal de conocimientos en varias lenguas vivas, una vigorosa capacidad crítica y un hábil y difícil poder de condensación. El autor, míster Isaac Goldberg, posee, en efecto, esas y otras virtudes literarias. Por esas virtudes literarias, míster Goldberg puede ser considerado como uno de los más culminantes entre los que forman la joven escuela crítica en los Estados Unidos; y uno de los más capacitados, principalmente en lo que respecta a las literaturas contemporáneas de las lenguas romances.

No estamos, pues, en presencia de un hombre

ni de un libro improvisados. Agreguemos que el autor de este libro es superior a su obra.

* * *

¿Qué dice míster Goldberg del teatro español contemporáneo en *El drama de transición?* Antes de responder, o para responder, conozcamos primero el método de trabajo de míster Goldberg. Este método consiste en escoger algunas figuras representativas, las más altas generalmente, del momento literario que quiere exponer; y desentrañar de esas figuras las ideas rectoras y las ideas y sentimientos del instante que estudia o del país a que pertenecen. Todo contrastado con la ética, la estética y las observaciones del autor. Míster Goldberg obtiene con su método resultados óptimos, sin pujos de pedantismo y con indeclinable amenidad.

Así, pues, lo que opina míster Goldberg del teatro español contemporáneo se desprende de lo que, prescindiendo de figuras secundarias o excéntricas, descubre en tres figuras máximas que estudia: Echegaray, Galdós y Benavente.

Del teatro popular español—que a menudo cae en lo ridículo y en la caricatura, pero que a menudo muestra un corazón jugoso y tan típico, no dice nada—, con error, a nuestro juicio, si se quieren conocer en su totalidad las manifestaciones del teatro en España. También prescinde, qui-

zás con menos desacierto, del teatro en verso, que Marquina, los Machado, Villaespesa, Ardavín y algunos más, pocos, están redimiendo en mínima parte del absoluto y merecido descrédito en que cayera.

Reduzcámonos a exponer, en resumen, lo que dice míster Goldberg de las tres figuras que estudia. No olvidemos que las presenta en contraste con otras figuras de otros pueblos, como figuras universales de la dramaturgia contemporánea. Las aprecia, no tanto como valores absolutos, sino como valores literarios de relación.

II

ECHEGARAY

Empezó a los cuarenta y dos años su carrera de autor dramático—dice—. Llegó a la escena con el conocimiento maduro de la vida. "Vió en el drama, más que un vehículo de arte, una forma adecuada a la belleza de expresión, el medio para exponer sus propios principios morales. Es un dramaturgo de *problemplays;* y debemos confesar que en la mayor parte de sus obras predominó la tesis con detrimento del arte dramático superior."

¿En qué concepto se tuvo en España y en el mundo a Echegaray? "Es el primero de los mo-

dernos dramaturgos españoles a quien se le conoce ampliamente fuera de los límites de su país." El crítico lo atribuye a la preocupación de Echegaray por problemas de orden universal, no sólo locales. "Mientras casi todos los dramaturgos de España se contentaban con ser españoles, Echegaray, en sus mejores piezas, fué europeo."

Encuentra que Echegaray es más justo, menos exigente respecto a la mujer y su conducta que la mayor parte de los autores de España. El fatalismo de su raza habla por su boca cuando expone: "El Hado ha escrito más tragedias que los autores". Un estrecho estudio de Echegaray permitirá ver que el Hado es, para el dramaturgo, un simple fenómeno social: la inevitable oposición entre la sociedad y el individualismo.

En las mejores obras de Echegaray aparece el autor, según Mr. Goldberg, por encima de sus teorías. Pero "ha creado pocos caracteres". "Inconsiderable como poeta, es apenas superior como prosista dramático, aunque no falte vigor en su fraseología... Carece de autocrítica y de finura técnica. Fué una fuerza moral más bien que un espíritu artístico."

Al juicio que extractamos añade Mr. Goldberg, al pie, una cruel nota de cinco líneas, que lo completa. Esa nota es el descabellamiento de Echegaray. Dice que trató de Echegaray en una tesis universitaria de 1912, y añade:

"Consideraba poco a Echegaray en aquel tiempo; ahora lo considero menos."

PÉREZ GALDÓS

El Sr. Goldberg demuestra una profunda simpatía por nuestro bueno, grande y querido Galdós. Descubre, al través de apologistas del maestro, como Ayala y Manuel Bueno, la influencia de Galdós en los espíritus liberales de España.

"Se confunde al artista con la personalidad social."

La observación es buena. La gratitud patriótica hacia el autor de los *Episodios,* la simpatía hacia el combatiente contra toda injusticia, su vejez de ideas jóvenes, su bondad, le crearon prestigio. En estas personalidades vigorosas, como Galdós, no es posible desligar al autor del hombre. Además, fué profesor constante de liberalismo.

Pudo ir más lejos Mr. Goldberg en su acertada observación: en esos mismos críticos o apologistas del maestro contribuyó éste a formar —no sólo a desarrollarse—una conciencia generosa, exenta de dogmatismos.

Le parecen absurdas a míster Goldberg las comparaciones que los señores Manuel Bueno y Pérez de Ayala hacen a veces, de paso, entre Shakespeare y Galdós. "*Let us be moderate, gentlemen*". De acuerdo. Galdós, que tenía las alas

grandes, no menudeaba, sin embargo, grandes vuelos. En sus novelas, a menudo, no se alza por sobre los aleros familiares. Pero de cuando en cuando, para probar su fuerza—que no sólo era cuantitativa—, solía remontarse al espacio; y en *El abuelo,* por ejemplo, aunque no se le compare con Shakespeare, ni sea conveniente compararlo, alcanzó Pérez Galdós alturas vertiginosas.

La generación del 98, observa con perspicacia Mr. Goldberg, no consideró a Galdós como un viejo, sino como un precedente compañero. Lo mismo ocurrió en Italia con Giovanni Verga. "Prudente generación de jóvenes—dice Goldberg con expresión feliz—aquella que mira más allá de las fechas y recuerda que la juventud es un atributo del espíritu más bien que una data de calendario."

BENAVENTE

Considera la producción de Benavente en varias series de obras. A cada una de estas series atribuye distinto valor literario. Una de estas series la califica de obras menores. Coloca en la serie más importante *La gobernadora* (1901), *La noche del sábado* (1903), *La princesa Bebé* (1905), *Los intereses creados* (1907), *Señora ama* (1908), *La Malquerida* (1913).

Admira la variedad de asuntos y de tipos que aparecen en las obras de Benavente. Reconoce

en el comediógrafo "inquietud, cinismo, dualismo emocional"; y trata de explicarse "el cambio de actitudes, el desprecio por lo convencional y la creadora instabilidad" de Benavente. Las obras del comediógrafo madrileño, con tan tenues fábulas y tan abundantes diálogos, le recuerdan aquellas páginas del Talmud en que una isleta de texto aparece sumergida por un océano de comentarios. Sufre el comediógrafo español "exceso de intelectualismo". "No hay moralidad ni inmoralidad en Benavente, que es amoral."

Como se advierte, ocupa España en *El drama de transición,* por medio de comediógrafos y de dramaturgos representativos, un lugar distinguido, en medio del teatro universal de nuestros días. Ocupa, en efecto, el sitio que le corresponde por su larga y nutrida historia literaria, por su inexhausto vientre productor y por sus eminentes hombres de teatro contemporáneo.

No podemos aquí, en las ceñidas columnas de un diario, sino dar noticia escueta. Pero añádase que el puesto de España en esta obra no se debe al azar, ni a la simpatía del autor, sino a la altísima conciencia literaria de Mr. Goldberg, a su admirable erudición, a ese valor con que siempre estampó sus opiniones, a tantas virtudes literarias que se juntan en este escritor yanqui y que lo autorizan como conspicuo divulgador y uno de los mejores críticos estadunidenses de literatura extranjera.

V

SEVILLA EN PODER DE LOS INGLESES

I

SEVILLA EN LA CALLE

Sevilla se asoma a sus miradores o dardea los negros ojos tras de las celosías taraceadas para ver pasar al turista. El turista también coquetea con la ciudad. La encuentra muy a su gusto. Blanca, blanca, pulquérrima, con su sonrisa andaluza, sus negros ojos árabes, su manto de jardines, su manzanilla, su baile y su copla.

Pero todo no se reduce a copla, baile, vino, agua corriente y cantante, sensualismo oriental, paredes encaladas y patios de finas columnitas de mármol. La ciudad de la molicie suda también, en el ajetreo de constante labor. Con torres y alminares alternan en el paisaje chimeneas de fábricas que ondulan sus penachos grises. La gen-

te no se estaciona en las calles, como pensamos, ni duerme la siesta, ni se regodea más de la debido ante las copas de manzanilla; anda presurosa por las calles, vaca a sus ocupaciones, llena comercios, entra a los Bancos, repleta los tranvías, compra los periódicos, produce una sensación de actividad, de modernidad.

II

SEVILLA DESDE UNA TORRE

Muchas de las ciudades americanas, fundadas por andaluces, fueron y aún son trasuntos ultramarinos de Sevilla. Así Lima, así Caracas. Los mismos patios, las mismas fuentes, en el centro del patio, entre flores; el mismo derroche de azulejos. Para los americanos de esas ciudades el prestigio y el encanto de Sevilla se complican con el encanto y el recuerdo de la tierra nativa. Muchos podían repetir con el poeta andaluz:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla.

Desde una torre contemplamos la ciudad. El aire es tibio. El sol, dorado. El otoño se prolonga en flores. Blanquean alminares, muros, y entre los muros aparecen penachos verdes, y entre los

penachos verdes, naranjas de oro. El Guadalquivir desarrolla su cinta de latón. La Giralda erige su torreón cuadrado, la catedral grisea, los encantados jardines moros del Alcázar tienden su espalda de malaquita vegetal; cien esbeltas torrecillas levantan al cielo, siempre azul, graciosas cupulitas de color, que recuerdan al viajero las cúpulas bizantinas de Rusia. A lo lejos se adivinan los palacios de piedra y de ladrillo, recién salidos de la nada, en el Parque de María Luisa...

III

SEVILLA EN PODER DE LOS INGLESES

En Sevilla hay siempre turistas británicos. Pero ahora no son ingleses los que privan en Sevilla: son hispano-americanos. Con todo, Sevilla se debate en manos de los ingleses. Estos ingleses no son los acreedores, ni los otros: son los autores de Inglaterra y de los *english-speaking countries*.

A ver, acerquémonos, en la calle de las Sierpes, al escaparate de alguna librería. Curioseemos y sepamos qué leen nuestros sevillanos y nuestras sevillanas.

Leen lo siguiente, de seguro, puesto que se lo venden: *La señorita de la tienda,* por C. N. &

A. M. Williamson; *Grandeza de alma,* por Delly; *Las solteras indignadas,* por W. Boogs, y las obras completas de un presbítero andaluz: Juan F. Muñoz y Pavón. Todo ello lo admiramos entre fotografías de Sevilla y de su Exposición, un Atlas, un Baedeker, una *Ortografía de la Lengua española,* una *Crestomatía latina,* muchas plumas estilográficas y algunas imágenes de santos.

"¿No existen autores españoles en España?", se pregunta uno delante de aquella vidriera, y la misma vidriera, cortés, responde con hechos: "No, no existen."

"Será casualidad, poca suerte", piensa uno, y se acerca a otra librería. ¿Qué mira? Mira esto: en primer lugar, revistas de *cine,* de deportes, de telegrafía; de todo menos de literatura. También mira gran copia de tarjetas postales, unos cartones con plumas estilográficas en el primer plano y varias novelas inglesas.

No puede ser. Busquemos otra librería, la mejor: postales, revistas de toros, plumas estilográficas. En esta librería hay también libros. Algunos, pocos, editados en Madrid o en Barcelona: *Poesías de Espronceda, Chascarrillos andaluces, Seis cuentos y uno más, Sobre los accidentes graves de la enfermedad de Addison,* por el doctor G. Marañón; *Los valores históricos de la Dictadura española, Apuntes de Sevilla,* revistas de *cine,* de deportes, y las consabidas obras inglesas: *El ángel de Peribonka,* por P. O. Curwood; *Los*

botones del soltero, por E. Burke; *Beau ideal* (novela inglesa), por P. Ch. Wren; *Pimpinela y Rosa María,* por la baronesa de Orczy; *Cómo asaltaron el poder los bolcheviques,* por John Reed... ¿Ningún nombre español? ¡Ah, sí! En un rincón se alcanzan a ver, como asustados, apretados unos contra otros, dándose las manos, a Joaquín Arderíus, Vidal y Planas y el conde de Romanones. ¿Es todo? Todo.

Y uno se pregunta:

¿Cómo pueden conservar su *esprit* sevillanos y sevillanas con la distracción diaria de esos autores ingleses más o menos insignificantes?

Y uno mismo se responde:

Quizá no lean ni a esos inofensivos ingleses. En todo caso, la Naturaleza dotó tan bien a los andaluces, que el chisporroteo de su espíritu resiste a todo: hasta a la lectura de esos autores yanquis e ingleses.

IV

HUMORADAS

Los sevillanos tienen tan buen humor, que hacen chistes sin saberlo. Aun en las oportunidades más solemnes se les sale un chascarrillo. En mármoles y bronces ríen, sin proponérselo, por la

buena costumbre de la risa. Eso ha ocurrido en una lápida en honor de Cervantes: por fortuna, Cervantes era otro gran reilón. Al ver la lápida que en la calle de las Sierpes le han colgado los sevillanos, se habrá reído a su sabor en las barbas del Padre Eterno.

La lápida dice así:

"*En el recinto de estas Casas, antes cárcel real, estuvo preso (1597 y 1602) Miguel de Cervantes Saavedra... La Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó perpetuar este glorioso recuerdo.*"

VI

AMÉRICA EN SEVILLA

I

"IBEROS" DEL SIGLO XX

Hace un siglo, España y las Repúblicas americanas de lengua española estaban a matarse. A la guerra de las armas seguía la guerra de las plumas. Es decir, la beligerancia se iba prolongando en otro campo.

El año de 1829 justamente se publica en Madrid, en la imprenta de León Amarita, el virulento libro de un mal venezolano: *Recuerdos de la rebelión de Caracas.* Aquel autor—José Domingo Díaz—no tenía fe en su país, ni en las ideas liberales, ni en la justicia social; no tenía fe sino en la cachiporra, en el rebenque y en el dinero; es decir, en la infinita abyección humana que cede al temor por un lado y cede al interés por otro. No creía en las ideas, ni en el Derecho, ni

en la abnegación y el heroísmo de que el hombre es capaz; creía en las reales tesorerías, en la sacra real majestad y su derecho divino, en la justicia oficial y en la fuerza en que ésta se apoya. Su fe era para el Pasado.

Aquello que siempre vió triunfante lo representaba en la época Fernando VII. José Domingo Díaz llama a Fernando en 1829—es decir, cuando el rey felón ya había dado la medida de su felonía—"el más humano y justo de los reyes", "nuestro adorado rey y señor". La obra del foliculario era un dicterio contra sus paisanos, contra los liberales, contra los libertadores, contra el Libertador. No podía quedar sin premio. Fernando VII le pagó a José Domingo Díaz acogiendo y publicando oficialmente los desahogos feroces de aquel gacetero ultramontano y dándole el cargo de Intendente en Puerto Rico.

Ese mismo año—1829—también se publicó en Madrid, y también bajo los auspicios de Fernando VII, la *Historia de la Revolución de América,* en tres gruesos volúmenes, por el absolutista español D. Mariano Torrente. Aquella historia no es sino un libelo. No tiene mala pluma el autor, antiguo geógrafo; pero en cuanto a mentalidad, ¡qué triste cosa! Explica el fenómeno social de la revolución por la ingratitud de los americanos para con "el mejor de los reyes, el más paternal y augusto de los monarcas".

Ha pasado un siglo, apenas un siglo. En 1929 el

respeto mutuo, la mutua comprensión, el mutuo afecto y el mutuo interés, estrechan hoy a España y a América. Las Repúblicas americanas, independientes, acuden a la voz de España y se congregan en Sevilla. España se da el lujo de convocar a su parentela trasoceánica, una familia de naciones.

¿Sucede algo nuevo en el mundo? Algo nuevo debe de haber ocurrido, por lo menos en las conciencias. Ha pasado un siglo, apenas un siglo. Las ideas de pugnacidad e imperio con respecto a América se han cambiado para la mayoría de los españoles en ideas de colaboración, en espíritu de cordialidad, con vistas al porvenir, a futuras obras comunes, que se presienten más que se divisan.

España bautiza "ibero-americana" a su Exposición de Sevilla, señalándole, adrede, sentido restricto. No queda duda. Se trata de una fiesta de familia. De la familia de los pueblos hispánicos: euro-hispánicos y américo-hispánicos. ¿Pero por qué ese "ibero"? Llamar ibero-americana y no hispano-americana sencillamente a la Exposición es abusar un poco de las palabras. No hay tales iberos. No olvidemos, con todo, la artificiosa amplitud de ese vocablo para comprender a los pueblos de Portugal y Brasil.

Lo cierto es que las fracciones de habla española se congregan en Sevilla, como quien dice en casa de la abuela. Allí se saludan, se reconocen, se muestran con recíprocas sonrisas corteses y al-

guno que otro inevitable chismorreo el fruto de los esfuerzos de cada uno.

¿Y qué advertimos? Advertimos primero que lo republicano no suprime lo óptimo, y que el óptimo y republicano Portugal, por ejemplo, puede subir por la escala hasta donde suban los mejores. Advertimos, luego, por lo que se refiere a nuestra América, que la prosperidad, en mayor o menor grado, acompaña a todos los nietos de Sevilla. Que si bien en lucha abierta—algunos en lucha desesperada, con circunstancias y destinos adversos—, el triunfo les va sonriendo a casi todos.

También sacamos esta lección de Sevilla: que no basta con ir viviendo, con dejarse ir viviendo, dormir la diaria siesta y alegrarse con tequila, aguardiente de cocuy o ron de lás Antillas para entregarse luego a las delicias de la rumba, del pericón, de la zamacueca o del joropo; es necesario crear, producir, llenar cada día de esfuerzos, cada hora de actividad. Los que salieron primero van delante y hay todavía que andar mucho para alcanzarlos.

Though your duty may be hard
Look not on it as an ill;
If it be an honest task,
Do it with an honest will.

II

LOS PABELLONES AMERICANOS

Entre los pabellones los hay óptimos, los hay buenos, los hay mediocres y los hay ruines.

Los mejores pertenecen, naturalmente, a los países más prósperos. Los más modestos no pertenecen a los pueblos más miserables, sino de más miserables Gobiernos. Lo que no es lo mismo.

Un Gobierno escéptico, que haga las cosas por salir del paso y no por creer en la eficacia de la acción, no concurrirá sino por fórmula. Lo que exhibe no es el país, sino su propia indolencia.

Signifícanse, en primer término (se habla sólo de pabellones americanos), los pabellones de Méjico, Argentina, Perú y Brasil. Después vendrán los de Chile, Uruguay, Colombia, Cuba y Estados Unidos. Por último—los últimos—, los de Venezuela y Guatemala. El peor, el de Venezuela.

Para evitar confusiones hablemos primero de los pabellones en sí, en cuanto arquitectura. Aprovechemos lo que nos dicen, sin proponérselo, aquellas piedras; el espíritu que de ellas se desprende.

Después observaremos lo que ocultan entre sus muros, la verdadera exhibición, el producto de la industria humana y los productos naturales de cada zona.

Los Estados Unidos—que, según parece, se han invitado por sí mismos—han construído un pabellón que no armoniza con la riqueza y los adelantos de tan enérgica y principal nación. Su pabellón parece un cinematógrafo aldeano. El de Guatemala, recubierto de azulejos, parece un cuarto de baño. El de Venezuela, una cárcel. También podría ser un matadero. No es extraño. En Venezuela, bajo el gomezalato, no se construyen sino prisiones. Todo el país es una enorme mazmorra, un vasto matadero de reses en dos pies.

Los más típicos pabellones en cuanto arquitectura, resultan el de Méjico y el de Perú. Aquello es algo distinto de lo europeo y lo yanqui. Aquello es algo nativo, inconfundible. Aquello es americano. Aquello es un nuevo arte que nace, hijo de un arte muy viejo: el arte de los grandes Imperios azteca e incaico. Y como estos dos grandes Imperios —y el arte que cultivaron—eran entre sí bastante diferentes, la arquitectura nueva de Méjico y la arquitectura nueva del Perú son diferentes, aunque tengan una raíz común: el deliberado intento, en uno y otro país, de crear una arquitectura moderna a base de motivos del arte aborigen tradicional.

El pabellón más hermoso de todos es quizá el de Perú. La arquitectura neo-peruana, de que resulta muestra espléndida el palacio del Perú en Sevilla, consiste en un maridaje armonioso, que los siglos han ido preparando, entre el arte constructivo que poseían los aborígenes y el que introdujeron en el

país los españoles. De este matrimonio de razas y estilos han nacido el gracioso pabellón de Sevilla y muchos otros palacios de Lima. No se trata del capricho de un artista. Se trata de un arte de creación deliberada e instintiva, pero nuevo: del arte neo-peruano.

La arquitectura neo-mejicana—y el pabellón que en Sevilla la representa—es más radical en sentido aborigen. Lo europeo no se alía a lo indio en las mismas proporciones; desaparece absorbido por un arte fuerte, absorbente, excluyente.

En el pabellón del Perú predomina quizás lo hispano: los patios castellanos, con severo aspecto de claustros (aunque los preciosos pilares sean incaicos), la abundancia de mármoles, las celosías andaluzas colgadas en los muros, que más que celosías son miradores taraceados en maderas preciosas. En el pabellón de Méjico predomina lo mejicano.

En cada uno de ellos se traduce el carácter nacional de cada país: el mejicano, vigoroso, cruel, orgulloso de su sangre indígena y de sus tradiciones autóctonas, que sabe que la cultura de su raza es una de las más viejas y auténticas culturas, y que orgullosamente repite en piedra, en el frontispicio de su palacio, en Sevilla, las palabras de su Universidad: *Por mi raza hablará el espíritu.* El peruano, principalmente el de Lima, más suave, más flexible, generoso, caballeresco; si no olvida la tradición del Cuzco, tampoco olvida la brillante

corte de los virreyes, los días opulentos en que la Lima de Pizarro, rival de Sevilla y aun de Madrid, era de hecho la capital de la América del Sur.

En el pabellón de Colombia también se sorprenden en el frontón motivos indígenas, y en el de Chile—que más parece del norte africano que del sur de América—luce su férrea contextura sobre el techo, como pronto a defender la casa de Arauco, un Caupolicán de bronce.

Por donde se advierte cómo cuatro de los países donde vivieron las razas indígenas más cultas o más fuertes, Méjico, Perú, Colombia y Chile, conservan en su arquitectura el recuerdo y la influencia remota, ya disuelta con otras, de aquellas antiguas gentes de cobre.

Gracias a la supervivencia de lo indígena americano en la arquitectura de los pueblos del Nuevo Mundo, goza hoy Sevilla la fortuna de poseer monumentos que son índice de razas y civilizaciones diversas: árabes, españolas, quechúas y aztecas.

III

LA INDUSTRIA INCIPIENTE

En cuanto a lo que exponen en sus respectivos pabellones los países americanos, ¿qué decir? Los

pueblos de América son pastores, agricultores, mineros. Ahora empiezan a elaborar por sí mismos los productos naturales y a crear industrias nativas. Lo corriente ha sido trasquilar la oveja, enviar el vellón a Europa y que Europa devolviera la lana convertida en telas; matar la res, comerla y desperdiciar el resto: cuero, huesos, carne sobrante; sacar el petróleo, o la hulla, o el oro, o el diamante, o la esmeralda, y enviarlos en bruto al viejo mundo para que éste devolviese la materia prima convertida en esencia, en panela, en moneda, en joya. Y así de lo demás...

Pero aquellos países poco a poco van creando sus industrias con la intención de bastarse un día a sí mismos. Las maderas las convierten en muebles; el estaño, en espeteras; los huesos, en botones; el cuero, ya curtido, en zapatos, en sacos, en correas, en sillas de montar. Trabajan el oro, la plata, el cobre, el hierro, el bronce, la piedra, la madera; fabrican telas, perfumes, licores, cristales, muebles, coches, barcos, máquinas... En Méjico refinan su petróleo y extraen los aceites minerales; en Argentina exportan sus carnes, ya congeladas, ya en extractos alimenticios; Chile manufactura objetos de cobre; Uruguay, útiles de hierro; Brasil fabrica objetos de aluminio, cristalerías, medicinas; Cuba exporta su tabaco elaborado; Venezuela produce aceites, conservas; Ecuador y Colombia, sombreros de paja; Perú, tejidos de lana y de fibras. Las Repúblicas de mayor po-

blación—Méjico, Argentina, Brasil—poseen ya muchas y vigorosas industrias.

Es poco aún, con todo... Esos pueblos no atraviesan una edad industrial. Viven en lucha con la Naturaleza, acostumbrados a explotarla.

España los ha llamado a su hogar, los ha sentado a su mesa, oye la historia de sus esfuerzos por la cultura, y, por boca de Sevilla, prorrumpe:

—*Muy bien, zeñores.*

SEXTA PARTE

HECHOS

I

LA IDEA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

El excelente poeta y mal político D. Leopoldo Lugones dirige a D. Nicolás Urgoiti una carta que tiene el mérito de la sinceridad. En ella se declara nuestro poeta por Yanquilandia contra España y, naturalmente, contra América.

No sé cómo ni por qué esa carta ha podido causar extrañeza en Madrid... O mejor, sí sé.

Extraña, por el desconocimiento que existe aquí, en la mayoría, de la opinión americana con respecto a Europa en general, a España en particular y a los Estados Unidos. No parece adecuado al esclarecimiento de estas cuestiones la táctica de la censura dictatorial que nos amordaza: el impedir que en España se divulgue lo que pueda herir el orgullo, más alto que Osa y que Pelión, de los Estados Unidos. Hasta se da un caso curiosísimo: cosas que se publican en los Estados Unidos, contra los Estados Unidos, no podemos, bajo la dictadura de Primo de Rivera, más pa-

pista que el Papa, reproducirlas ni comentarlas en España.

¿Interesa en España conocer lo que se piensa en América de los Estados Unidos y de España misma? Es decir, ¿tiene España una política internacional americana? ¿Le conviene tenerla? Pues si le conviene tenerla o ya la tiene debe poner oído a la opinión; y para poner oído a la opinión le conviene dejarla manifestarse, en semejantes cuestiones, con absoluta libertad.

* * *

En América hubo siempre en cada República, desde los días de la Independencia, grupos más o menos conexos y vigorosos de gente afecta a España, guardadores de sus tradiciones, ensalzadores de sus ideales. Hubo grupos que le fueron adversos y buscaron norte en otras culturas y renovación para sus ideas en otras ideologías.

Los partidarios de España en América, fueron hasta el presente los amigos de la fuerza, los tradicionalistas, los católicos, los académicos. En una palabra: los conservadores. Los admiradores de los Estados Unidos, los liberales.

Pero ahora resulta este fenómeno: los conservadores se inclinan hacia Yanquilandia, convertida de República libérrima en nación imperia-

lista, en Imperio esclavócrata. Los partidarios de España, en América, van siendo los hombres de espíritu abierto y liberal.

¿Por qué? No porque los hombres de espíritu liberal en América se hayan vuelto lechuzas de El Escorial; sino porque han descubierto una España civil, una España democrática, una España científica, una España de intelectualidad moza, una España evolucionada, una España socialista, una España sin grandes ejércitos, sin grandes escuadras. En suma, una España a la cual podemos no temer... ni material, ni ideológicamente.

El golpe de Estado de 1923, la subsiguiente dictadura, la creciente influencia del clero, las restricciones a la libertad de enseñanza y el predominio de la Corona sobre las formas legales de una Democracia, han producido enorme desilusión. La desilusión se acentúa cuando se advierte que España—la España dominante—, a semejanza de los Borbones, no aprende nada ni con el tiempo ni con el infortunio. Persiste en ser un Estado retardatario, opuesto a todo lo que implique libertad y represente porvenir.

Antes del retroceso de 1923 los espíritus generosos principiaban a creer de veras en la Democracia española.

Entretanto, los amigos de la cachiporra, los que están al sol que más calienta, los conservadores, tornaban y siguen tornando los ojos a pueblos más fuertes, más prestigiosos, más ricos, y si no más

brutos, más brutales. Han encontrado la concreción de su ideal en los Estados Unidos.

¿Se extrañará ahora que Lugones sea partidario de los yanquis y abominador de España? También es partidario de la espada asesina para dirigir las sociedades y apologista esforzado de la dictadura. Con su antigua costumbre de poner su retórica rimbombante al servicio de las ideas ajenas—porque en su cerebro no ha nacido jamás una idea propia—, Lugones acaba de proclamar en Lima, las ideas de D. Laureano Vallenilla Lanz, campeón del gomezalato, propugnador en Caracas del "Gendarme necesario" y de la política del mandador.

Y en su carta al Sr. Urgoiti no dijo apenas el Sr. Lugones lo que piensa de España. En Lima fué más explícito.

"A mí me parece también excelente—afirmó—la vinculación con España; mas no le veo realización política esperable, por cuanto aquella nación no es potencia autónoma..."

* * *

Los implantadores de la censura sacan buena, desgraciadamente, la opinión de Lugones respecto a mediatización de España. Una Prensa en que

no se puede hablar del fascismo, porque se queja la Embajada de Italia, ni de religión, porque se queja el Nuncio, ni de imperialismo yanqui, por que se queja el embajador de los Estados Unidos, ni siquiera de tiranuelos americanos, porque se queja la Legación de Venezuela, ¿no parece una Prensa mediatizada?, ¿no parece la Prensa de un país intervenido, sin propia autonomía?

¿Se pensaba en España que todos éramos ibericanizantes, panhispanistas, partidarios de una estrecha amistad con la nación española? Tal vez. Por eso no se toman en cuenta a las aisladas voces que profieren respecto a España palabras de amor, dentro de la verdad, y hablan este lenguaje nuevo en América o para América. Nuevo en absoluto. Porque aun los antiguos amigos de España en nuestro mundo de Ultramar lo eran—y tenían razón—estelar, platónicamente... no para vinculaciones de carácter político. España fué una amenaza para América mientras en América poseyó colonias. Aquello, por fortuna, pasó.

Pero si hay quienes sueñan con un acercamiento político a España y aun con oponer Madrid a Wáshington, hasta donde sea posible, que Madrid se conserve de pies. Que no pueda repetirse, como dice Lugones, que "España no es una potencia autónoma". Que se nos permita en la Prensa libre discusión de candentes cuestiones. Que se pueda opinar sobre cualquier potencia, por fuerte y rica que sea, con absoluta libertad. De

lo contrario, tendremos que rendirnos a la evidencia y renunciar a quimeras (1).

---

(1) La Censura contestó con su hecho brutal: se negó a la publicación de este artículo. Véase la carta del director de "La Voz".

"El director de LA VOZ.

Sr. D. Rufino Blanco-Fombona

Mi querido amigo:

Tengo el sentimiento de devolverle su último artículo, porque la Censura lo ha tachado completamente, como ya suponía.

Le ruego con todo encarecimiento que no se obstine más contra lo inevitable y que no me envíe cosas en las que directa o indirectamente se aluda a los Estados Unidos, pues es lamentable que con tanta frecuencia pierda usted su trabajo y yo mi composición.

Sabe que le quiere su buen amigo, q. e. s. m., E. FAJARDO.

5 mayo, 1925."

II

LITERATOS EN CAMISA

La Fiesta del Libro, hasta ahora, suele pasar calladita, casi avergonzada. Nadie o casi nadie la toma en cuenta. Y el pobre libro, que es tímido de suyo y conoce su propia insignificancia, rojea de vergüenza con sus tapas bermejas. Algunos volúmenes, tristes del bien ajeno, recuerdan el Carnaval, la Semana Santa, la Fiesta de la Flor, las corridas de toros, y amarillean de envidia. Los menos, orgullosos, palidecen; y se diría que gritan desde sus blancas cubiertas: no queremos fiesta ninguna... ¡A guardar esas bengalas y esa retórica! Déjenlo todo para la fiesta de la raza.

En efecto, los libros preferirían a tan lúgubre espectáculo sentir la mano de una mujer sobre el lomo de tafilete o cartón o ruin papel, y las pupilas del estudiante o del senador en lo más íntimo del seno.

Como se advierte, los libros suelen ser exigentes. Mire que pedir ahora, en plena dictadura militar, senadores que lean... ¡Ni siquiera se con-

tentan con pedir sólo senadores! La insociabilidad los ha puesto bobalicones. Con todo, tienen razón. Una caricia, una connivencia, la intimidad diaria del hombre y de la mujer con lo impreso y encuadernado sería para los libros el mejor festejo. ¿Para qué un Palacio, la soberbia Casa del Libro? Un sitio frecuentado en bibliotecas modestas bastaría.

Pero a falta de pan buenas son tortas. Los volúmenes se resignan a vegetar, intocados como vírgenes inútiles, en la soberbia Casa del Libro; y a oír todos los años que se les llame necesarios, sin que nadie los necesite.

Este año han recibido una sorpresa. Vinieron a visitarlos, a acompañarlos por unos días en su casa de la Avenida de Pi y Margall unos fantasmas de aspecto venerable: manuscritos de autores famosos. Eso fueron un día todos ellos: papel escrito a mano, borrador premioso, lonjas de espíritu manchadas de tinta.

¿Cómo pudo ser? ¿Quién trajo a ellos lo que ellos menos pensaban encontrar: su propia mocedad? Porque los expuestos manuscritos eran también libros, libros en potencia, en puericia. Aquellos pobres manuscritos eran el origen de estos ricos volúmenes. ¡Y ellos, los volúmenes de la casa, que vivían y corrían, mundo adelante, alejándose cada vez más de su origen, como los ríos del manantial que les dió la vida!

* * *

¡Cuánto tesoro! La estrofa de Campoamor, trémula de la vieja mano y del espíritu de libélula que le insuflaron la existencia. La alta página de Unamuno, ríspida, erizada de paradojas, llameante de sinceridad. Y la indescifrable caligrafía de *Azorín,* contraste de un prosador tan lineal, tan claro, y un calígrafo tan revesado y oscuro.

En general los españoles carecen de esta buena educación de la escritura. Hay letras que sólo las entienden Dios y el autor de los garrapatos. Y, pasado algún tiempo, quizá sólo Dios. De semejantes escrituras endiabladas sobran ejemplos en la Exposición; pero no faltan armoniosas caligrafías, como la del poeta andaluz Manuel Reina.

Una Exposición de manuscritos enseña más, si se la estudia bien, que un curso de literatura. No hablo de manuscritos preparados para ser exhibidos, sino de los auténticos y virgíneos originales de un autor.

En ellos advertimos la vacilación del pensamiento que nace, o su ímpetu resuelto. Cuando la pasión no empuja con violencia, o no tratamos de asunto que se domina, el pensamiento, al irse vistiendo de formas, suele titubear entre asumir éstas o aquéllas. Hasta suele morirse de desgana de brotar.

Esa lucha entre el pensamiento y su forma suele descubrirse en los manuscritos. Un crítico

sagaz puede seguirle la pista con la precisión y el olfato de un sabueso.

La espontaneidad o lo premioso del alumbramiento salta a nuestra vista. También se patentiza el trabajo de poda y ortopedia, cuando sucede al trabajo de creación.

A veces, la creación surge perfecta, como Palas de la cabeza de Júpiter o la frase de los labios inspirados del orador. Entonces la obra del gusto y la obra del pensamiento han sido simultáneas. El borrador brilla limpio de tachas y limaduras. Aunque puede también brillar limpio de enmiendas, no por perfecto, sino por imperfecto: porque el autor, poco artista, se contenta con cualquier cosa y no castiga su estilo.

¿Qué significa esta Exposición de manuscritos contemporáneos en la Avenida de Pi y Margall? Significa que a los autores contemporáneos, en cuanto autores o espíritus puros, puede vérseles en camisa y aun sin camisa en la Casa del Libro.

¿Quién ha sido el audaz que procura semejantes exhibiciones? La audacia ha sido de *La Gaceta Literaria;* o, con más propiedad, el audaz ha sido el director de *La Gaceta Literaria,* ese D. Ernesto Giménez Caballero, hombre de muchas idas y venidas, de muchas vueltas y revueltas, encarnación de la Inquietud. ¡Admirable y peligroso D. Ernesto! Lleva en las manos, en su camino por el mundo, una tea encendida. Puede alumbraros el camino más oscuro, acompaña-

ros generosamente, defenderos en un mal trance; pero puede también prender fuego a vuestro pajar, a vuestra casa y a vuestras convicciones. Tened cuidado. Es un artista atrabiliario y contradictorio. Este hombre representa en la pacífica España la Inquietud.

III

EL CINE YANQUI Y ALGUNOS DE NUESTROS PUEBLOS

¡Qué revuelo ha levantado cierta película yanqui antiespañola, aun antes de exhibirse en España la tal película!

El Gobierno, en nota discretísima, comunica a la opinión nacional que se propone averiguar lo que exista de cierto. En caso de ser deprimente para España la película yanqui, se tomarán las sanciones al alcance.

¡Muy bien, muy bien, muy bien! Creo que el Gobierno español merece esta vez aplauso, aun de los más adversos—como yo—a su origen y procedimientos. Lo aplaudo de todo corazón en mi calidad de ciudadano del mundo; y, como ciudadano del mundo, con voz, si no siempre con voto, en las cuestiones que al mundo interesan.

Lo aplaudo y me explico su actitud. No se puede—pensará el Gobierno—alardear de rigorismo en las cuestiones internas, para escurrir el bulto

y callar ante una ofensa o supuesta ofensa extranjera.

No se dirá esta vez que la opinión pública no se ha encabritado con la gratuita mortificación que se inflige al amor propio nacional. Aun antes de conocer la incriminada cinta, cinta si no injuriosa por lo menos de intención aviesa, en todo caso perjudicial, ya la opinión se desazona: la Prensa toda ha tratado el punto; las autoridades de Barcelona protestan con energía, y resuelven impedir la proyección de la película en los cines barceloneses.

Pero ocurre que ha bastado la actitud del Gobierno para que sobre quienes, por llevar la contraria a los Poderes constituídos, se pongan a quitarle importancia al asunto, aun antes de poderlo juzgar. No tenemos hasta ahora para enjuiciar otro dato efectivo que la protesta de los españoles de Nueva York y otras ciudades de los Estados Unidos. Conociendo la sensibilidad y la ideología de aquel país, esos ciudadanos españoles residentes en los Estados Unidos pueden valorar mejor que nadie lo que perjudica y ofende allí, aunque en otras partes se consideren sólo aquella ofensa y aquel perjuicio como leves motivos pintorescos y meras especulaciones de empresarios.

La colonia española de Nueva York recordará algo más, que en España puede olvidarse, o no saberse.

Recordará la colectividad española de Nueva York que el cinematógrafo, como los cables, son, en los Estados Unidos, industrias políticas; y que en las conveniencias y en los odios de la política nacional se inspiran. Ambas son poderosísimos agentes de propaganda nacional y arietes formidables contra los otros países a los que se desee desprestigiar, ya ante los Estados Unidos, ya ante el mundo entero. Por todo el mundo, en efecto, se divulgan la divertida industria peliculera de Yanquilandia y su poderosa acción cablegráfica. Ambas son informativas, y muy a menudo tendenciosas.

Pueblo tan grande, tan rico, tan fuerte, tan prestigioso y tan decisivo en las cuestiones internacionales como Inglaterra, que se podía creer fuera del alcance del alegre ataque cinematográfico de los yanquis, ha tenido que fruncir el entrecejo ante la campaña de descrédito disimuladamente organizada contra Inglaterra por los peliculeros de los Estados Unidos.

¿Y habrá España de cruzarse de brazos ante un ataque semejante? De la época de la hegemonía española en Europa queda un ejemplo de lo peligroso que es para un pueblo ignorar o despreciar. Por cruzarse de brazos despectivamente, o por ignorancia, ante las agresiones literarias de Holanda, Inglaterra y Francia, se encontró España un día con una leyenda odiosa que no ha podido destruir y con la antipatía del Mundo.

No faltarán ahora escépticos que con razones especiosas y en muy relamidos párrafos le aconsejen encogerse de hombros. Otros dirán que se trata de la opinión respecto al país de un mero industrial. Otros, que un actor y una actriz, sin pérfida intención, sólo han buscado motivos pintorescos para lucirse y ganar dinero.

Creo que son las colectividades españolas de Nueva York y otras ciudades de Yanquilandia quienes tienen razón; y que sin conceder a este asunto carácter dramático—que desde luego no merece—, conviene precaverse.

Voces informativas no han faltado. Poco tiempo atrás publicó *El Sol* una correspondencia de D. César Falcón, su redactor en Londres, respecto al carácter político de la propaganda yanqui por medio del cinematógrafo. Decía el señor Falcón, con insuperable acierto:

"Las películas norteamericanas son las más baratas y las más estúpidas. Son, además, el mejor instrumento para embrutecer a los pueblos. Tienen una moral: la fuerza bruta; una técnica: la vieja técnica de los folletines; un objeto: LA PROPAGANDA DE LOS ESTADOS UNIDOS; y cuatro personajes: el yanqui, el inglés, el español y el mejicano.

Las gentes sencillas están aprendiendo con las películas norte-americanas que EL ESPAÑOL ES UN SER HOLGAZAN, FANFARRON Y COBARDE; el mejicano, asesino, ladrón y trai-

dor; el inglés, un dandy amanerado, elegante y sinvergüenza, y el yanqui, un mozo fuerte, audaz, honrado y valiente.

Como esta enseñanza se da sistemáticamente y divertidamente a las gentes menos aptas para analizarla y rechazarla, ha llegado a ser un evidente peligro para la educación espiritual de los pueblos, aparte de UNA CONSTANTE DIFAMACION DE TRES GRANDES NACIONES: INGLATERRA, ESPAÑA Y MEJICO."

* * *

En España, la gente aborregada no entenderá. "Ni estuviera bien que lo entendiérades", diría el clásico.

Los que se pasan de listos razonarán así:

—Es muy explicable que los Estados Unidos traten de desprestigiar a Inglaterra: Inglaterra es el tendero de enfrente, el rival. El mundo les parece poco para repartírselo a estos dos pueblos sajones de tan anchas tragaderas y tan quisquillosas ambiciones.

—¿Y Méjico?

—También parece lógico que los yanquis calumnien y desopinen a Méjico, pintándolo como un pueblo bárbaro, cobarde, malvado, a quien los Estados Unidos tendrán un día que ir a civilizar, apoderándose de paso, por vía de resar-

cimiento a los gastos de la campaña civilizadora, de las minas de plata, los pozos de petróleo y varios millones de kilómetros cuadrados de territorio. Y naturalmente descaracterizando, deshispanizando, desmejicanizando todo aquello, como se ha hecho en Nuevo Méjico, detentado por el yanqui.

—Puede...; ¿pero qué nos importa eso a nosotros, los españoles?

Y añadirán:

—¿Qué interés pueden tener los yanquis contra España? Al contrario, demuestran por diferentes medios su simpatía: aprenden español, viajan por la Península como turistas, nos ofrecen regalos para fundaciones, nos prometen capitales para nuestras industrias.

—Sí, en efecto, puede contestárseles. Los yanquis aspiran a exportar capital a España, como a los países balcánicos y a la América Central y del Sur; no por altruísmo, ni simpatía: saben lo que hacen. Cada quién exporta lo que tiene de sobra: ellos exportan dinero... Aun a cañonazos, como en Honduras y Santo Domingo, se abren los yanquis mercados para esta mercancía. El pueblo trabaja y las Compañías cobran. De los turistas no hablemos: viajan por divertirse, no por favorecer a los pueblos a donde van. El español, lo aprenden, sí; por las mismas razones que los franceses aprenden alemán y los alemanes francés. España no entra para nada en ese aprendizaje. ¿O

alguien supone que estudian español para leer las novelas de *El Caballero Audaz,* conocer el teatro de Linares Rivas o escuchar los discursos de Vázquez de Mella? Si algún autor moderno les interesa, o ha sido ya traducido o pueden hacerlo traducir. ¿Por los clásicos? Los clásicos españoles que viven están en todas las lenguas de Europa, desde Cervantes hasta Calderón y desde Lope hasta Quevedo. No hay que hacerse ilusiones. Cuanto a las fundaciones, obedecen a todas las razones que se quieran y puedan aducir, menos a la simpatía o el amor. A Méjico, a quien no aman evidentemente, le ofrecen muchos millones para desenterrar los monumentos y las ciudades indios, precortesianos, de Yucatán.

—¿Entonces?

—Entonces lo que se busca es perpetuar un equívoco con respecto a España y demoler su prestigio como pueblo moderno. Se trata principalísimamente de dañarla en el afecto y el respecto de los hispano-americanos; se trata de contribuir a que pierda el puesto que en la vida y el pensamiento de aquellas naciones empezaba de nuevo a conquistar tan valiente, discreta y laboriosamente. A pesar de la mayoría de sus escritores, comenzando por los filósofos...

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. Ciegos son los que no ven. Para verdades, el tiempo.

* * *

La opinión pública española, con el instinto del peligro, hace bien en alarmarse; y el Gobierno español demuestra una clara conciencia de su deber disponiéndose a estudiar el caso.

En circunstancias idénticas se encontraron Inglaterra y Méjico, y tanto uno como otro pueblo han tomado medidas defensivas.

El Gobierno español puede esgrimir un arma de primer orden. Yo se la brindo. Si la sabe blandir con éxito no sólo anulará en mucha parte la mala intención extranjera, sino que demostrará al mismo tiempo que su influencia internacional crece. Demostrará también que no hemos perdido todos nuestro tiempo en propagar sentimientos de simpatía y acercamiento entre los pueblos hispánicos; y que este sentimiento de acuerdo, ya puesto a prueba, puede servir para mejores ocasiones.

El arma es ésta: solidaridad. Que el Gobierno español invite a todos los Gobiernos hispano-americanos—a todos, sin excepción alguna—a que no permitan en su territorio la exhibición de esa película ni de ninguna película donde no se trate con el respeto debido a cualquier pueblo de nuestra comunidad hispánica. Será un paso práctico, el primero, hacia la anfictionía con que soñó Bolívar, el Libertador.

IV

LA ACADEMIA DE LA LENGUA Y LA LENGUA DE LA ACADEMIA

¿Tiene alguna importancia el que se haya excluído en la Argentina, como libro de texto, la Gramática de la Real Academia Española? No lo creo.

En muchas otras naciones americanas ese texto no es válido. Se habla de este caso porque en España se presta atención preferente a todo lo argentino. Pero América es grande, aunque no tanto como Alá.

El acto de rechazar el texto—como el de no admitirlo otras Repúblicas—implica un sentimiento nacionalista, no de ofensa a la Academia Española. Precisamente, esta respetable institución—más respetable mientras más se modernice—pudiera ahora adoptar el símbolo de una vieja serpiente que muda la piel.

De algún tiempo a esta parte, en efecto, la Academia evoluciona. No hay que asustarse, aca-

démicos: muy lentamente; tanto, que parece no moverse.

Elementos de primer orden le dan nuevo realce: el primero, D. Ramón Menéndez Pidal, sabio de veras ilustre, que aporta, junto con su autoridad de filólogo, el tesoro de sus descubrimientos y un espíritu de madurez lleno de curiosidad científica. Gabriel Maura, Gómez de Baquero, no le han llevado, ciertamente, la aridez ni la estrechura intelectual. *Azorín,* Ayala, tampoco. Mañana, según parece, un Américo Castro, un Gabriel Miró, tal vez un Valle-Inclán, acrecerán las filas de los mejores. Pasaron los tiempos en que se le negaba a D. Juan Montalvo el inocente título de académico correspondiente porque D. Juan no iba a misa. La Academia guardaba centenas y centenas de papeletas americanas. Hoy ha recogido muchas en la reciente edición de su Diccionario manual e ilustrado.

Esa Gramática rechazada en la Argentina hará recordar cómo la mayoría de los hombres que piensan, escriben, hablan, leen, comercian, legislan y gobiernan en lengua de Castilla viven en un continente distante, de regiones varias; continente que no se puede ni se debe ignorar. Y no se puede ni se debe ignorar, sobre todo en cuanto creador de elementos que entran en el torrente circulatorio de la lengua.

La Gramática de la lengua es una, escrita o no por la Academia. La cuestión de textos, pues,

carece de importancia. La tiene, sí, muy grande, la de conservación y unidad de nuestro idioma. A ello debemos todos coadyuvar.

* * *

Y a la conservación y unidad, a que todos debemos contribuir—y no sólo con consejos negativos—, debe agregarse el empeño en la difusión de nuestra lengua y su prestigio. Que en todos los rincones del mundo encuentre un oído preparado nuestro armonioso idioma y unos ojos y un espíritu atentos el libro escrito en la lengua de Quevedo y de Góngora, de Baralt y de Montalvo.

Sabemos cómo se multiplican por todo el mundo, en nuestros días, escuelas y aprendices de idioma español. Luego tocará el turno a las bibliotecas. Primero, que haya quien lea; después, lo que haya que leer. Lisonjera perspectiva de universalidad para el espíritu expresado en lengua española, de la cual debe hacerse digno, olvidando intransigencias confesionales, patriotismos lugareños y estrechismos bereberes.

Caso, para mí, curiosísimo: en Praga existe un Círculo Español. Y lo más curioso no es que exista, sino que esté formado por elementos de nacionalidad no española. En la capital de Moravia se

está fundando otro Círculo idéntico. El profesor José Rogerio Sánchez informa sobre estas instituciones en la revista pedagógica que dirige, y transcribe un discurso del cónsul de Colombia en Praga, Sr. D. Alberto González, discurso en que este funcionario cumple el deber, no oficial, pero evidente, de contribuir a la difusión de nuestro idioma común.

"El habla de Castilla es nuestro mayor tesoro—dice el cónsul del país de las esmeraldas—. Esta lengua la guardamos nosotros con amor y con celo. En Bogotá comentaron el idioma castellano de manera admirable tres hombres cuyos nombres veneran las Españas: Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez."

Les desea, por último, el cónsul e hijo de Colombia que cada año se acrezcan los hispanistas de Praga, y agrega: "Que cada año os encontréis más animosos de seguir propagando el habla y el espíritu de España, de la España gloriosa del pasado y de la grande España del porvenir."

* * *

De la misma remota y convulsionada Rusia nos llegan resonancias de nuestro idioma.

El Sr. D. Sergio S. Ignatof escribe en caste-

llano al que estas líneas traza, desde Moscú, este mismo mes de diciembre: "Me alegro de informarle que el Centro Ibero-Americano en Moscú propaga la cultura artística ibero-americana y que el público empieza a interesarse más y más."

El Sr. Ignatof quiere leer una conferencia sobre mis libros y pide noticias de mi país.

No me extraña. Hay en todas partes cierta correlación imprescindible entre la patria política y la patria literaria de los autores. En español, no. Con independencia de nuestro país geográfico, somos espiritualmente miembros de una gran familia de naciones. Y así queremos que sea. Tenemos un público diseminado en dos continentes y dividido en múltiples patrias. La cuestión de patria política no nos preocupa literariamente. O es cosa por completo adjetiva.

¿Qué le impidió a Rubén Darío el haber nacido en un país microscópico para ser el mayor poeta de lengua española y ejercer influencia igual en América y en España? Pérez Galdós, hijo de las Canarias, fué el novelista nacional de la España europea y dejó en América decenas y decenas de imitadores y discípulos, muy malos, por cierto.

El haber nacido en el Uruguay no fué óbice para que el señor Fernández Medina haya contribuído como el que más a la reivindicación de Vitoria, sabio español precursor de Grocio.

En el país de Andrés Bello se desconoce la mayor parte de sus obras, escritas en el Extranjero, y, en cambio, en el generoso Chile y en otros países de nuestra lengua, se multiplican las ediciones de sus obras, y al maestro se le han erigido bustos y estatuas. Yo no tengo, ni deseo tener por el momento, nada que hacer con mi patria política. Vivo en la capital de nuestro idioma y me siento, literariamente, tan español como americano.

Se dirá que el idioma es uno y el pensamiento es otro. Verdad. Siempre sentiremos la fraternidad, el compatriotismo de los que piensan como nosotros. En España, para mí, este compatriotismo no existe sino respecto a poca gente. ¿Pero no sucede lo mismo en el país de mi nacimiento? El pensamiento une a los hombres más que el idioma. Ahora, si las mismas corrientes de pensamiento se expresan en la misma lengua, miel sobre hojuelas. Puede asegurarse que entre personas o pueblos que piensen y hablen de modo igual, existen lazos muy fuertes.

Resumo: la semejanza o igualdad de pensamiento une a hombres de distintas razas y distintos pueblos. Ello constituye la fuerza de los católicos y de los socialistas. Esa unión es muchísimo mayor si a la identidad de pensamiento se une la identidad de lengua. Y si la raza es la misma, o muy parecida, mejor.

En el caso de España y las Repúblicas de Amé-

rica, nuestro nexo de oro—aparte los de sangre—es el idioma. Como es de oro, vale. Nos conviene, hasta donde sea posible, pensar de un modo parecido. El esfuerzo mayor, en este sentido, le toca a España, país archiconservador, que debe ponerse a tono con América y con el porvenir. La República en España será, respecto a América, un poderoso aglutinante. Y la caída de la Iglesia, aun mayor.

Entretanto—repítase—, nuestro mayor nexo—no hablemos del nexo de sangre—es el idioma. Debemos, pues, de mancomún conservar el nexo de oro preciosamente. Y debemos, además, difundir nuestro idioma por cuantos sean los rincones del orbe, no sólo por egoísmo ni por orgullo, sino para sentirnos fraternizados con hombres de todos los pueblos y razas.

V

LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DE MADRID [1]

Los estudiantes madrileños—con la única excepción de la extrema derecha confesional—celebraron en el teatro de la Comedia un festival en honor de los estudiantes que América envía a la Universidad y escuelas técnicas de Madrid.

Esta manifestación de los escolares madrileños a los escolares de más allá del mar no es sino un símbolo. Ellos representan y en ellos se saluda al espíritu libre de América.

Hoy se explica todo el mundo perfectamente la actitud de los americanos en 1810. Entre ser siervos del poder absoluto y extranjero de Fernando VII o ciudadanos libres de Repúblicas soberanas y democráticas, prefirieron ser libres.

---

(1) La Censura suprimió parte de este artículo; deseo recordar, sobre todo, aquella en que se decía que los universitarios de Madrid quisieron celebrar con una manifestación pública el centenario de Ayacucho, y la policía de la Dictadura o, mejor dicho, de la Usurpación lo impidió (1929).

Su separación afectó principalmente a España en cuanto Estado.

Los americanos rompieron con el trono, se separaron de la potestad española, deshicieron el imperio fundado en la conquista; pero no renunciaron a la obra de España en lo que tenía de buena y anunciaba pervivir. Los libertadores supieron erigir el edificio de las nuevas sociedades sobre la heredada y secular cultura de España. Combatían por la independencia humanistas como Bello, economistas como Moreno, botánicos como Caldas, poetas como Olmedo, tribunos como Zea, diplomáticos como Gual, soldados como Sucre y como San Martín, un hombre de genio como Bolívar. Algunos de ellos hablaban y escribían una lengua que hubieran envidiado los maestros del Siglo de Oro.

Gracias principalmente al genio de Simón Bolívar—nunca se dirá bastante—, la América no fué india ni fué inglesa, sino siguió siendo hispana, aunque independiente.

Eso era y es lo esencial.

La obra de la raza española no desaparece con la emancipación de América. España, como una célula vital, se ha desdoblado en dos núcleos diferentes.

A cada una de estas dos Españas le ha tocado en nuestros días un papel distinto.

La España europea, con el fardo a cuestas de una gloriosa y luenga tradición, anda despacio

el camino. Va cuidando el tesoro que lleva consigo. La acompañan la experiencia, la Historia, hasta las preocupaciones del Pasado.

América va escotera, sonreída, descuidada, sin más anhelo que conquistar el porvenir. El tesoro que custodia no es la tradición, sino la libertad. Ninguna institución añeja entraba su marcha. Las horas más felices de su historia están en lo futuro. Y a toda prisa, sin volver los ojos atrás, se va América preparando el futuro con que sueña.

Quiero decir que la gente española cumple una doble misión en el mundo: la de velar por una cultura secular en Europa y la de ir creando nuevos tipos de cultura en América.

Ahora, ¿cuál es el deber de los hombres modernos de lengua española, ya nazcan en Europa, ya nazcan en el Nuevo Mundo?

El deber primordial, el deber de los deberes, es armonizar nuestra doble colaboración en la obra común de los hombres todos. La conciencia nos induce a estrechar las dos ramas de nuestra familia de pueblos. Debemos olvidar estúpidos y suicidas rencores, perdonarnos nuestras inferioridades, encomiar recíprocamente nuestras virtudes, unirnos en el esfuerzo, complementarnos en la Historia.

Ningún ideal mayor para los pueblos que, a una y otra orilla del mar, hablen la lengua de Castilla.

Tengamos confianza en el mañana, si sabemos adelantarnos hacia él, listos para recibirlo, teniendo en nuestro cerebro, como norma, el espíritu crítico; en nuestro universo político, como costumbre, la libertad, y en nuestras relaciones exteriores, como principio, la independencia.

Si así ocurriese, esperemos la sonrisa del triunfo en los labios. El jardín de las Hespérides nos dará nuevos frutos de oro.

VI

EL VUELO DE ESPAÑA

La hazaña queda cumplida. Europa y América, gracias a España, acaban de darse un abrazo casi estelar.

España es la primera nación que arriba a nuestra América por sobre el aire, como fué la primera que allí arribó por sobre el mar. Guión magnífico, vuelva a unir continentes.

Se ha comparado el vuelo de Franco con el viaje de Colón. Sólo hasta cierto punto cabe la paridad.

Ambos son héroes, el aviador y el navegante, pero de muy distinto heroísmo. Colón, principalmente héroe de pensamiento; Franco, héroe de acción. El marino tuvo el heroísmo de la concepción. Fué el genio cuyo cerebro descubre realidades que van a serlo para todos por obra y gracia del mismo pensamiento que las concibe. Franco y sus compañeros, hombres ejecutivos, se arriesgan a la empresa prevista y le dan cima con audacia muy hispánica. Su heroísmo es de la misma

esencia que el heroísmo tradicional de España: heroísmo de acción.

Esa audacia fortunosa de los españoles de ahora recuerda la de otros peninsulares de ayer: la del formidable energético Magallanes o la de Juan Sebastián de Elcano, otro energético casi mitológico, cuyo nombre queda unido a la verificación de un hecho científico: la esfericidad de la Tierra.

Con el vuelo de Franco se reanuda la tradición española de grandes aventuras. España, en efecto, fué siempre más allá, *plus ultra*, salvo en cosas del espíritu. En las cosas del espíritu, por el contrario, tuvo siempre limitaciones. La barrera no la encontró en deficiencias de su espíritu. A la audacia de su espíritu le cortaron siempre las alas el tremendo, el absurdo fanatismo religioso y sus propulsores políticos. El fanatismo acogotador tuvo a la monarquía absoluta como agente y la ignorancia como medio. A él se debe—y casi clusivamente a él—que España no tuviera dos alas de la misma longitud, y que al país de la audacia individual, al país del *plus ultra* en la acción, se le dijese, como al mar, en punto a pensamiento: "de aquí no pasarás".

* * *

¿Tiene el vuelo de Franco, el vuelo de España, hacia América finalidad inmediata, económi-

ca, política? No; por eso su idealidad y su trascendencia son mucho mayores. El tiempo lo dirá.

Dejemos a los carneros que rumien su mala hierba y a Sancho Panza que rumie sus sueños premiosos. Que crean politicastros hueros que van a conquistar *de facto* el Nuevo Mundo; que sonrían comerciantes de Barcelona y olivareros andaluces, pensando que todo va a traducirse y a quedarse en vender unos metros de casimir o unos barrilitos de aceituna.. No, ciegos, esto es más, mucho más.

Esto significa que euro-hispanos y américo-españoles, las manos en las manos, los ojos en los ojos y los corazones latentes al impulso de una misma emoción de futuro, suspiramos por que perduren, depurándose y ennobleciéndose, nuestra conciencia de raza—digamos, aunque decimos mal, de raza—y nuestra acción histórica.

PALABRAS ULTIMAS

LA FUERZA DEL ESPÍRITU

La Censura encuentra, a su turno, censores. También encuentra apologistas.

Yo no la censuro, ni la aplaudo. Puesto a escoger, más bien la aplaudiría. Aunque no precisamente por las mismas razones que el comediógrafo de *Los intereses creados*. Según éste, no se nos debe dejar decir nada, porque nada de bueno tenemos que decir. En el momento de suscribir tal opinión, quizás pensaba Benavente en el señor Pérez de Ayala.

Mi opinión respecto de la Censura—que la Censura, si posee el buen sentido que le supongo, dejará pasar—tiene otro fundamento.

En el fondo la Censura es un homenaje a la inteligencia. Bastaría eso para que nos fuera simpática a los escritores. ¿Qué nos demuestra? Nos demuestra que un Gobierno enérgico, sin trabas, rodeado de bayonetas, se preocupa, sin

embargo, de la pulgada de acero que puede tener una pluma.

Otros Gobiernos no se preocupan de la pluma, ni de la mano que sostiene la pluma, ni del espíritu que mueve la mano. Prefiero la Censura a la indiferencia; y la mordaza, a la sordera.

Este homenaje indeliberado a la pluma, ¿conseguirá dejarnos helados como témpanos?

Al censurarnos, se manifiesta asimismo un fervoroso respeto a la opinión pública. Se la desea mansa, propicia; se desea que nadie la extravíe, lo que vale decir la gane a ideologías que se suponen nocivas.

La agudización de este sentimiento de respeto a la opinión pública que demuestran aun los más fuertes, es bien moderna. En la última gran guerra hubo ejemplos ilustres: vimos a las naciones más influyentes, ricas y civilizadas de Europa gastar millones y millones para granjearse, no ya la voluntad de sus propios ciudadanos, sino la voluntad de los ciudadanos ajenos, en países pequeños y remotos.

Los escépticos y los llamados "hombres prácticos" reirán. Los hombres prácticos, como sabemos, son aquellos que no columbran sino las realidades cercanas; los que no miran más allá de sus narices.

—¡Perder prestigio en China!—dirá alguno de éstos—. ¡No gozar de buena opinión en el Canadá! ¡Ahí me las den todas!

Error. Fresco está el caso de Inglaterra; es decir, del más poderoso Imperio del mundo, ocupándose afanoso durante la gran guerra en conquistar la opinión de Repúblicas microscópicas, como el Uruguay, de población más reducida que la sola capital inglesa.

Pero esa pequeña República es una voz bien distinta en el concierto humano. Es decir, representa un alma. Cuando la inmensa y materialista Inglaterra procura congraciarse con aquel pequeño país, rinde homenaje, en definitiva, al espíritu.

Esto no lo supo practicar, o lo aprendió tarde, Alemania, demasiado imbuída en las preocupaciones kaiserinas y nietzscheanas de confiar sólo en la pólvora seca, en la cachiporra lista, en la brutalidad feroz. No lo supo, y perdió la guerra, aunque poseía el mejor Ejército de Europa.

Lo supo, en cambio, Inglaterra, y lo supo Francia. Francia no tuvo sino recordar a uno de sus más perspicuos espíritus: a aquel a quien la hija de un personaje de novela pregunta:

—¿Cómo cambiar el mundo?

Y obtiene esta respuesta:

—Con la palabra, hija mía... Sin ella, el mundo pertenecería a los brutos potentes. Los tiene a raya, sola, sin armas y desnuda, la Idea.

FIN

INDICE

TERCERA PARTE

AUTORES ESPAÑOLES

CUARTA PARTE

MÁS AUTORES ESPAÑOLES

Págs.

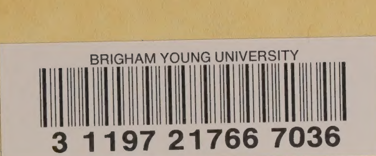
QUINTA PARTE

EL ESPÍRITU EXTRANJERO EN RELACIÓN CON ESPAÑA

SEXTA PARTE

HECHOS

PALABRAS ÚLTIMAS


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21766 7036



PRINTED IN SPAIN